

Acetone University Library



01 069164638



PROPERTY  
OF

PRINCETON UNIVERSITY

Vertical text or markings along the left edge of the page, possibly bleed-through from the reverse side. The text is extremely faint and illegible.



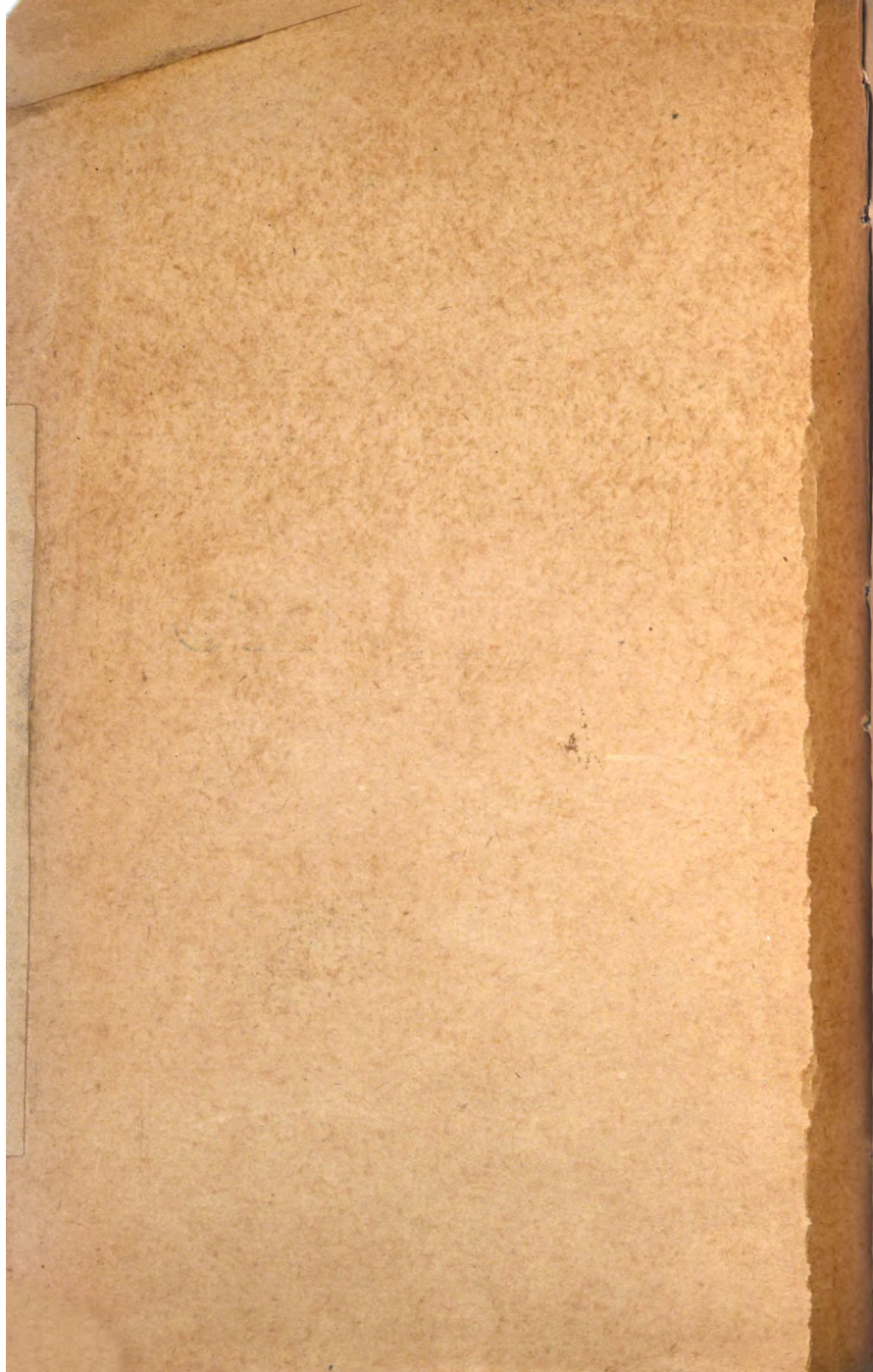
Property of  
Princeton University  
Library

Enrique Dickmann

*DEMOCRACIA*  
Y  
*SOCIALISMO*



EDITORES :  
SERAFÍN PONZINIBBIO Y CÍA.  
BUENOS AIRES  
1917



Enrique Dickmann

DEMOCRACIA  
Y  
SOCIALISMO



EDITORES :  
SERAFÍN PONZINIBBIO Y CÍA.  
BUENOS AIRES  
1917

**(RECAP)**

HX184

.D5

mon  
m  
ser  
port  
de  
m  
pens  
tr  
s  
s  
and  
es, e  
tra e  
tipot  
stru  
C  
de  
or ha  
atura



## PROEMIO

En la encrucijada de la historia universal, en el momento de la trágica y sangrienta liquidación de un pasado contradictorio y paradójal y de un presente que parece un callejón sin salida, frente a un porvenir envuelto en las más impenetrables brumas de incógnitas misteriosas, y cara a cara con todas nuestras ideas y todos nuestros ideales, sentimientos y pensamientos, ilusiones y utopías que parecen naufragar en un mar de lágrimas y de sangre, bueno es revisar objetiva y sintéticamente, sin amarguras inconducentes ni estériles reproches — en la serena región del análisis y de la crítica — todos nuestros valores políticos, éticos y sociales, para poder trazar rumbos a nuestra conducta individual y colectiva y establecer — aun hipotéticamente — reglas y normas para la marcha futura de la humanidad.

Como en la historia física de nuestra tierra la teoría de las “causas actuales” del geólogo inglés Lyell no ha eliminado del todo la teoría “catastrófica” del naturalista francés Cuvier, así en la historia política

1129 K 64517

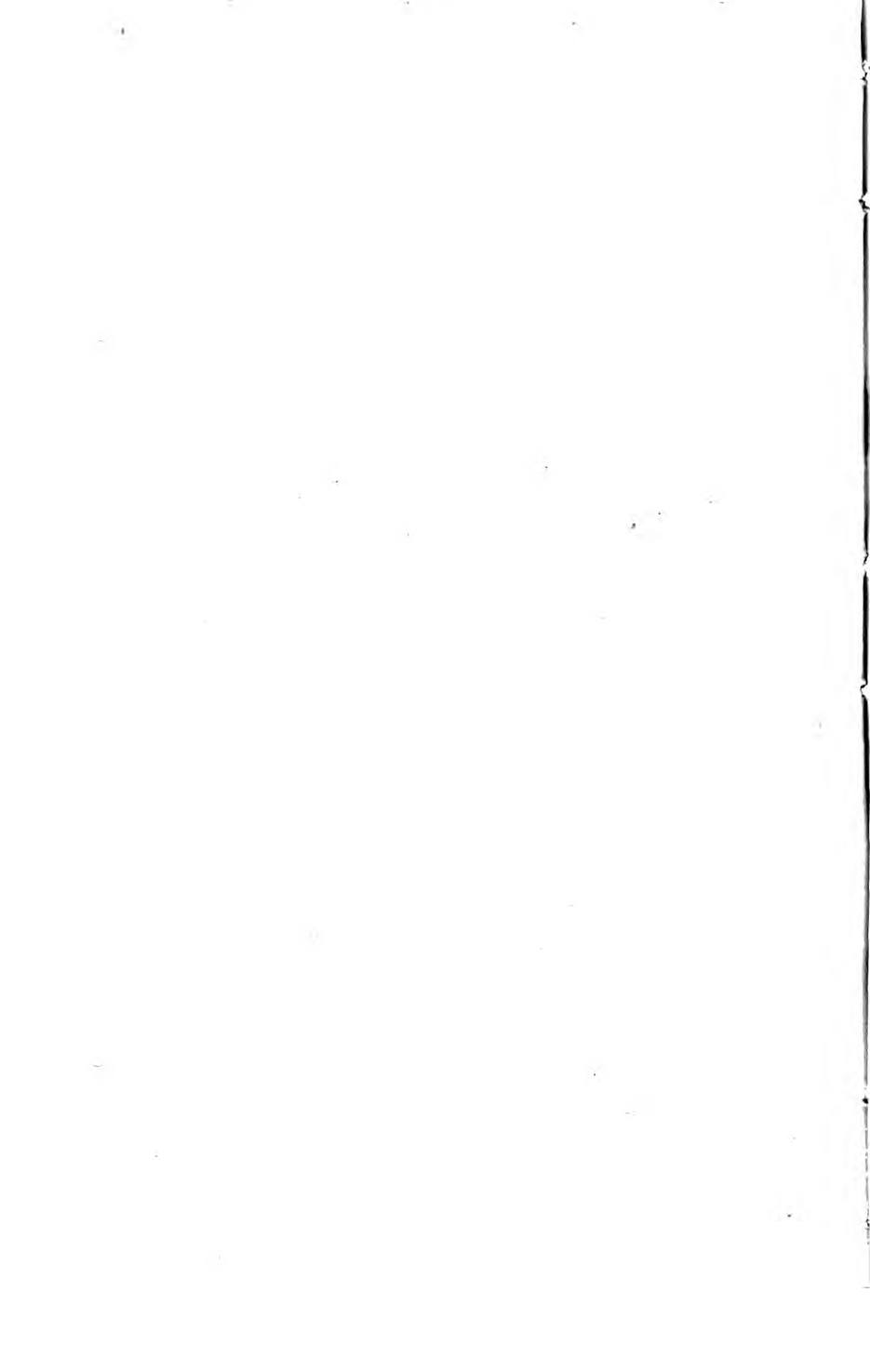
de las sociedades humanas la teoría de evolución no excluye del todo la teoría de revolución. Los continentes, los mares y ríos, las cordilleras, las penínsulas y las islas se han formado por causas lentísimas, casi imperceptibles, por una labor milenaria de pequeñas causas permanentes. Pero también los terremotos, maremotos y erupciones volcánicas modifican y cambian bruscamente la faz de la tierra. Lo mismo acontece en la historia humana. Lenta y evolutivamente se han elaborado y formado sus instituciones fundamentales: la propiedad, la familia y el estado; la técnica, la economía y la política; como la religión, la ciencia y el arte son producto de una evolución milenaria. No los ha creado el azar o el capricho del hombre, ni son fenómenos providenciales de una voluntad extrahumana. Son efectos de causas biológicas e históricas fundamentales, pero que no son eternas ni inmutables, que se modifican y cambian en el tiempo y el espacio. Empero también la historia humana puede dar saltos bruscos y torcer o acelerar rápida o violentamente su rumbo. El descubrimiento del fuego en los remotos tiempos de la prehistoria, la domesticación de los animales, el cultivo de los cereales y el invento del alfabeto produjeron seguramente grandes cambios y revoluciones colectivas empujando bruscamente a la humanidad primitiva hacia horizontes nunca soñados. Fueron revoluciones técnicas que modificaron profundamente la estructura económica de las sociedades. Esta

a su vez produjo grandes cambios político-sociales y éticos en los negocios humanos. Así Buda, Solón, Licurgo, Moisés, Cristo, Mahoma, Lutero, Rousseau y Marx fueron reformadores político-sociales, expresiones sintéticas de periódicos históricos, causas y efectos al mismo tiempo. El cristianismo, la reforma, la revolución del 89 y el socialismo son obra de la evolución, pero también inician épocas revolucionarias de grandes y profundos cambios sociales.

En la vida humana como en la naturaleza cósmica, las tempestades se preparan lenta e imperceptiblemente. Las grandes calmas atmosféricas son precursoras y nuncios seguros de temporales violentos. Estos se desencadenan, no para traer el caos y la destrucción al mundo, sino para purificar la atmósfera y para limpiar y serenar el cielo. Es el gran pampero argentino que barre los nubarrones que cubren el horizonte y deja limpio y puro su vasto cielo azul. Así pasa en la vida política y económica de los pueblos. La incapacidad individual y colectiva prepara la tempestad, y ésta estalla cuando menos se piensa en ella y menos se la espera. La gran revolución francesa estalló en medio de un aparente pesimismo e indiferencia. Los políticos y estadistas de la época no la preveían y en pleno apogeo revolucionario no sospecharon siquiera su incalculable trascendencia. Recién "a posteriori" se ha podido establecer sus causas y consecuencias. La revolución francesa rompió el equilibrio inestable de la sociedad

feudal y estableció un nuevo equilibrio colectivo, pasando la hegemonía política y social a la sociedad burguesa, organizando la vida de los pueblos sobre la base de nuevas reglas jurídicas y políticas, dando así un gran impulso a la democracia contemporánea. Pero en la nueva sociedad se acumulaban, a su vez, los gérmenes de su propia destrucción hasta que terminó en la actual gran tragedia del mundo. Asistimos a la crisis más vasta y profunda de todos los tiempos. Crisis económica, política y social que abarca todas las fases de la vida colectiva. El 1o. de agosto de 1914 divide la historia universal en dos períodos fundamentalmente distintos y opuestos. Algo grande y nuevo se está gestando en las entrañas de la actual guerra. La sangre humana derramada en revolución o en guerra, siempre fué un líquido fertilizante de primer orden. Y ya que los hombres y los pueblos son aún incapaces de organizar su propia historia como un proceso lógico y normal obedeciendo a leyes voluntarias e intencionales, hay que sacar conclusiones y enseñanzas, aun "a posteriori", de los grandes cataclismos colectivos. En el actual naufragio de casi todos nuestros valores éticos y políticos hay que salvar aquellos que pueden y deben servir para reorganizar sobre bases más sólidas la vida nacional e internacional de los pueblos. Y no cabe duda que la democracia y el socialismo saldrán renovados y fortalecidos de la crisis del mundo contemporáneo. Son dos valores dinámicos que aun no han

obrado en toda su eficacia sobre la vida colectiva. En la sociedad capitalista y de tipo militar la democracia y el socialismo son fenómenos contradictorios y paradójales, fuerzas en pugna con el orden de cosas establecido. En el mundo por venir serán las fuerzas armónicas y coordinadoras de la nueva sociedad. En este libro me propongo establecer la íntima relación entre la democracia y el socialismo; demostrar cómo se integran y completan en la teoría y la práctica, para desvanecer los errores sinceros o intencionales que con cierta profusión aun circulan en muchos medios sociales y políticos.



## DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

### I

La democracia, o el gobierno del pueblo por el pueblo, es un fenómeno social contemporáneo, casi reciente, podría decirse. Data apenas desde fines del siglo XVIII con la independencia norteamericana, se ensancha y se extiende con la revolución francesa, se afirma como principio teórico con la independencia de las repúblicas de Sud América; pero no se consolida definitivamente hasta fines de la segunda mitad del siglo XIX con la organización política de la clase trabajadora de los principales países industriales y con la conquista, en muchos de ellos, del sufragio universal igual y secreto para los hombres adultos.

Ciertamente y con mucha frecuencia se habla de la democracia en la edad antigua y en la edad media. Se cita el ejemplo de la democracia de Atenas y de Roma, la democracia de las repúblicas italianas de Génova, Florencia y Venecia. La literatura política es-

tá plagada de estos ejemplos. Empero no se puede incurrir en un error histórico más grave. Si por democracia se entiende la igual participación de todos los seres humanos adultos y aptos en el ejercicio del poder político, ella no existe sino en los tiempos contemporáneos y en algunos pueblos, y aun en forma incompleta; porque excluye a la mitad del género humano: a la mujer. Lo que se denomina en la historia con el nombre de “edad antigua” se caracteriza por un fenómeno central de enorme importancia: la esclavitud. Las instituciones políticas y sociales de aquella época están organizadas sobre la base de la esclavitud. Y mal se puede hablar de democracia en un mundo donde los hombres libres son la ínfima minoría y los esclavos la inmensa mayoría. El trabajo manual como el servicio doméstico eran ejecutados por esclavos. Cada ciudadano ateniense o romano era propietario de muchos esclavos. El esclavo era comparado con el buey y el caballo. El esclavo carecía de todo derecho, no podía ser marido ni padre; y si se le permitía reproducirse, sus hijos también eran esclavos. No podía poseer cosa alguna y su amo podía venderlo como quitarle la vida.

Esta relación económica del mundo antiguo — especie de mutualismo biológico — tenía en la antigüedad sus defensores teóricos de los cuales el más eminente había sido Aristóteles, quien elevó la esclavitud a la categoría de un dogma. Hablando del



esclavo lo llama “instrumento animado”. “No es grande — dice — la diferencia entre el esclavo y la bestia: ambos son útiles sólo por su cuerpo”. Y agrega: “Hay en la especie humana individuos tan inferiores a los demás, como la bestia al hombre. La naturaleza ha dado cuerpos diferentes al esclavo y al hombre libre; ha dado a aquél miembros robustos para los trabajos groseros, mientras que el hombre libre tiene el cuerpo recto y poco a propósito para los trabajos corporales”. Y termina con esta especie de apotegma: “Es evidente que unos son naturalmente libres y otros naturalmente esclavos”. ¿Se concibe, entonces, con este arsenal teórico, que justificaba una relación de hecho como lo fué la esclavitud, una organización democrática, en el moderno sentido del vocablo, de los pueblos de la antigüedad? ¿Puede hablarse con propiedad de la democracia griega sabiendo que en tiempo de la guerra con los persas había en Corinto 460.000 y en Egina 470.000 esclavos, contándose diez de éstos por cada individuo de la población libre? En la sociedad romana se observa idénticos fenómenos. Su república como su imperio están basados sobre la esclavitud. El patriciado es la clase dirigente; por debajo de ella está la plebe — clase social que guerrea y no trabaja — pero que tiene derechos políticos; y por debajo de ésta, al margen de la sociedad, fuera del derecho y de la ley, está la gran masa de esclavos que realiza todos los trabajos ma-

nuales. De lo expuesto se desprende que hablar de democracia en aquel mundo de amos y esclavos, más que un "lapsus" es una grosera ficción y un peligroso error histórico.

Con el derrumbamiento del mundo antiguo, debido principalmente a la esclavitud, con la disolución de sus instituciones políticas, jurídicas y sociales, con la invasión de los bárbaros en el imperio romano, surge una nueva época denominada, a los efectos de la cronología historiográfica, "edad media". Esta se caracteriza principalmente por la servidumbre, nueva relación económica entre los hombres, que substituye a la esclavitud. Con la dislocación y el desplazamiento del centro de la vida política de la ciudad al campo, con la desaparición de toda regla jurídica escrita, con la confusión de razas y de lenguas por la enorme migración de pueblos, les fué permitido a los conquistadores bárbaros fundar la sociedad feudal basada sobre la servidumbre de los colonos y su sujeción a la gleba. El siervo posee más derechos que el esclavo, tiene familia y trabaja la tierra. Pero económica y políticamente depende del señor. Este prácticamente es el dueño absoluto de vidas y haciendas de sus siervos. Estos le deben toda clase de prestaciones personales y le entregan una buena parte de los productos de su trabajo. El señor en cambio le administra justicia y lo defiende de las agresiones externas. En un mundo organizado sobre tales relaciones económi-

cas y jurídicas no se puede hablar, por supuesto, de democracia. El feudalismo es un régimen político de sugestión y de dominio absoluto ejercido por una pequeña minoría privilegiada sobre la gran mayoría de la población.

Empero en el mundo feudal se engendraba y se desarrollaba lenta pero sólidamente la sociedad burguesa, que luego dió en tierra con el feudalismo. Al lado del castillo feudal y cerca de los siervos de la gleba, nacieron y se desarrollaron pequeñas villas habitadas por artesanos y comerciantes — llamados villanos por los nobles — dedicados a los trabajos manuales y al intercambio comercial de productos. Estas villas se transformaron poco a poco en ciudades llamadas “burgos” — de ahí el nombre de burgueses y de burguesía — importantes centros industriales y comerciales cuyos habitantes entraron muy pronto en pugna con el régimen feudal. Después de las cruzadas y en contacto con el mundo asiático, algunas ciudades de la edad media, sobre todo del litoral adriático y mediterráneo, adquirieron una gran importancia comercial. Algunas de ellas se transformaron en pequeñas repúblicas como Venecia y Génova. Pero ni estas repúblicas eran democráticas, sino gobernadas por una plutocracia de mercaderes, que luego se transformó en una verdadera oligarquía que, ora estaba en pugna, ora se aliaba con los señores feudales. Solamente en algunas ciudades de Flandes y de algunos

principados germánicos un conato de democracia comenzó a afirmarse en el naciente régimen municipal.

Este régimen del gobierno democrático venía de muy lejos y tenía un arraigo muy profundo en el mundo galogermánico. Tácito y César lo describen y lo analizan. Las tribus guerreras que habitaban la Galia y la Germania se regían por medio de sus asambleas populares. Periódicamente se reunían en la plaza pública todos los hombres capaces de guerrear para debatir los asuntos de interés colectivo. Las resoluciones se tomaban por simple mayoría y por medio de votaciones con las manos alzadas. Era una especie de legislación directa por el pueblo; pero sería exagerado afirmar que dictaban verdaderas leyes en el moderno sentido de la palabra. Nombraban así sus jefes militares, que eran al mismo tiempo jueces y sacerdotes, y resolvían principalmente la guerra y la paz. Pero ya no era una democracia completa porque se excluía de sus asambleas a las mujeres. Las mujeres en las tribus teutónicas y galas ya no poseían ningún derecho político. No así en las tribus iroqueses de Norte América en cuyas asambleas populares participaban igualmente hombres y mujeres.

¿Por qué se había excluido a la mujer de la vida política en las tribus primitivas? Los partidarios de la teoría de la fuerza atribuyen este hecho, como otros muchos, a un acto de fuerza; los hombres eran más fuertes que las mujeres y por eso las sometieron

a una condición de inferioridad económica y política. Es absolutamente inadmisibile que la fuerza sea capaz, por sí solamente, de engendrar ningún gran hecho social e histórico. La fuerza puede sancionarlo pero no crearlo. La exclusión de la mujer de la vida política se debió principalmente a causas biológicas. La primera división de trabajo en la especie humana se debe a la diferencia de sexo. El embarazo, la lactancia y los cuidados de la prole obligaban a las mujeres a una vida sedentaria. Y mientras los hombres pescaban, guerreaban o cuidaban los rebaños, las mujeres se dedicaban a las labores domésticas y a la cría de los hijos. Las primeras industrias humanas se deben a la inventiva y laboriosidad de la mujer. La industria textil, la alfarería, la agricultura y la domesticación de animales fueron su obra. Estas causas biológicas y técnico-económicas han retenido a la mujer en su hogar, impidiéndole concurrir a las asambleas públicas, porque, o éstas se celebraban lejos, o duraban muchos días. La no concurrencia voluntaria se convirtió en costumbre y luego la sancionó la ley hecha por el hombre.

La democracia primitiva practicada por las tribus desapareció pronto con la transformación de su vida pastoril en agrícola. Mientras los hombres pescaban, cazaban y cuidaban sus rebaños, todos eran guerreros y todos libres. Sus instrumentos de trabajo, sus herramientas, eran al mismo tiempo sus armas.

Cazaban y guerreaban con la misma lanza y flecha. Pero la agricultura, al mismo tiempo que hizo sedentaria la vida del hombre, diferenció la técnica del trabajo de la técnica destructiva, subordinando ésta a la primera. Por otra parte el pastor, para salvarse y salvar sus rebaños de la conquista y de la rapiña de la tribu enemiga, podía huir junto con sus animales, mientras el agricultor no podía llevarse su cosecha y debía abandonarla al enemigo. Todo esto hizo preferible al agricultor entregar su propia defensa a otros miembros de la tribu dedicados exclusivamente a ello, en cambio de una parte de los productos del trabajo y prestaciones personales que el agricultor se obligaba a entregar al guerrero. Así, junto con la agricultura nació la casta militar. Con el andar del tiempo, ella adquirió cada vez una preponderancia mayor. A sus funciones militares se agregaron luego funciones judiciales y sacerdotales, que más tarde se diferenciaron en castas distintas pero concordantes. Así, pues, y debido a causas técnico-económicas fundamentales, la gran masa de la población quedó subordinada y despojada de sus libertades y derechos primitivos. El militarismo, como casta social diferenciada, nació y se desarrolló junto con la agricultura. El jefe militar que en sus comienzos era nombrado por la asamblea de todos los guerreros de la tribu, que podía también deponerlo, se transformó poco a poco en un cargo vitalicio, y luego pasó a ser cargo hereditario. El "Ba-

sileus” de Grecia, el “Rex” y el “César” de Roma, como el “Rey” y el “Káiser” modernos no tienen otro origen. De lo expuesto se deduce claramente que fuera de la tribu y de la gens primitivas, donde todos los hombres adultos y en algunas partes también las mujeres, participaban en las asambleas populares, la democracia no existía en la edad antigua ni en la edad media. Esclavitud y servidumbre fueron la característica económica de aquellas edades, y teocracia y oligarquía su característica política.

## II

“Hasta ahora la historia de todas las sociedades ha sido la historia de luchas entre las clases que la componen. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, gremiales y compañeros, en una palabra, opresores y oprimidos, han estado siempre en oposición directa”. Así comienzan Carlos Marx y Federico Engels su célebre “Manifiesto comunista”. Esta es sin duda la verdad histórica más grande y fecunda que se ha formulado en el siglo XIX; pero necesita ser completada e integrada con la lucha de razas y nacionalidades. La historia universal gira en torno de dos polos: antagonismos sociales y antagonismos nacionales. Cada unidad étnica o política afirma su

derecho a una existencia autónoma en el concierto de las naciones; y dentro de cada nación los distintos grupos sociales que la componen luchan por su propia elevación y mejoramiento. La lucha de razas como la lucha de clases han sido, y son aun, fuerzas destructivas cuando no han sido comprendidas ni encauzadas por una inteligencia despierta de los intereses en pugna. Razas antagónicas han chocado ciegamente en verdaderas luchas biológicas, destruyéndose y eliminándose mutuamente. Otras veces se han mezclado, confundido y compenetrado dando origen a nuevas razas más vigorosas e inteligentes. Los ejemplos abundan en la historia. Actualmente el mundo asiste atónito al choque formidable de razas y naciones. Lo mismo sucede con la lucha de clases. Mientras no es comprendida, mientras ella es instintiva y ciega, es una lucha destructiva y negativa. Dentro de la nación, clases sociales enemigas y antagónicas se aniquilan y destruyen. Pero iluminada y guiada por una alta inteligencia colectiva, la lucha de clases es la gran fuerza dinámica que mueve el progreso humano y lo empuja hacia adelante.

En el mundo antiguo las luchas de las clases que componían aquellas sociedades eran puramente instintivas y por consiguiente biológicas. Rebeliones de esclavos, alzamientos de siervos, revueltas de plebeyos, no tenían por objeto cambiar un régimen social dado para abolir la esclavitud, libertar a los siervos o hacer



salir a los plebeyos de su abyecta condición. Era la reacción de la bestia contra el látigo que la azota, pero no para dejar de ser bestia. Las clases privilegiadas y directoras tampoco comprendían tales luchas y las ahogaban en sangre. Estas luchas sangrientas y estériles fueron la causa principal del derrumbamiento de aquel mundo. El poderoso imperio romano cayó en decadencia debido mucho más a sus crueles y estériles luchas de clases, que al enbate de los bárbaros. Las primeras abrieron el camino a los últimos.

Recién en la edad media y en el seno de la sociedad feudal se inicia, por primera vez en la historia de la humanidad, una lucha de clases de fecundos resultados y de incalculables consecuencias sociales. La burguesía, nacida como clase en las ciudades medievales, ha dado un alto ejemplo de conciencia histórica, conduciendo a través de siglos y de azarosas y crueles luchas, a su propia clase a la emancipación económica y política. Los artesanos y mercaderes de los burgos, ligados por intereses comunes, técnicamente activos y económicamente solidarios, lucharon durante siglos contra la nobleza feudal y el clero. Las cruzadas, mezclando el mundo asiático y el europeo, y el descubrimiento de América abriendo mercados para la creciente actividad industrial y comercial de la clase burguesa del occidente de Europa, han hecho de ella una clase revolucionaria por excelencia. Cerca de diez siglos duró el ascenso histórico de la burguesía.

Apoyó y apoyóse en la reyección contra la nobleza. Dió a la monarquía sus mejores ministros y financistas, muchos de los cuales fueron mártires de sus ideas de gobierno y de las bajas intrigas de los cortesanos.

Es en Francia donde la burguesía adquiere todo su desarrollo durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Ya antes de la gran revolución la burguesía opera y completa la centralización de las funciones del gobierno, establece cierto orden y método en las finanzas desquiciadas de los reyes disolutos, y domina financieramente al mundo feudal en decadencia. Ninguna clase social anterior a la burguesía tuvo tanta madurez y capacidad colectiva para asumir la dirección técnico-económica y política de la sociedad en vísperas de la gran revolución. Y ésta no fué sino el estallido final de una secular elaboración de una clase social históricamente consciente de su propio porvenir. El triunfo de la burguesía es un ejemplo clásico de una fecunda lucha de clases bien comprendida e inteligentemente conducida. Sobre una sólida base material, cual es su superioridad técnica y económica, los teóricos de la burguesía supieron construir un espléndido edificio ideológico. La literatura y la filosofía del siglo XVIII han sido la expresión acabada de la madurez mental y ética de una clase social en pleno ascenso histórico. A la capacidad técnico-económica, la burguesía francesa reunía una gran capacidad intelectual. Su po condensar en su gran revolución a todas las aspira-

ciones humanas, dar expresión teórica a todas las reivindicaciones sociales. La declaración de los derechos del hombre es la síntesis del cristianismo primitivo e igualitario, de la reforma y del renacimiento. Y a pesar de sus contradicciones e incongruencias, puede afirmarse que la revolución francesa del siglo XVIII fué el movimiento humano más vasto y grandioso que registra la historia universal, sobrepasando en extensión y profundidad a la revolución inglesa del siglo XVII y a la revolución norteamericana del mismo siglo XVIII. En su lucha contra la reyeceía, la nobleza y el clero, la burguesía necesitó el apoyo de la masa popular compuesta de campesinos y proletarios de la ciudad y para ello era necesario otorgarle derechos políticos y ventajas sociales. El sufragio universal data así de aquel entonces. En la asamblea constituyente — el más grande y fecundo parlamento del mundo — Robespierre defendía el sufragio universal en los siguientes términos: “Todos los ciudadanos, cualesquiera que sean, tienen derecho de pretender a todos los grados de la representación. Nada es más conforme a nuestra declaración de los derechos, ante la cual todo privilegio, toda distinción, toda excepción debe desaparecer. La constitución establece que la soberanía reside en el pueblo, en todos los individuos del pueblo. Cada individuo tiene, pues, derecho de concurrir a la ley por la cual está obligado y a la administración de la cosa pública, que es la suya”. La constitución del año

1793, por su artículo 4o., daba el derecho de sufragio a todos los franceses mayores de edad, y la declaración de derechos que la encabezaba decía en su artículo 21: “La sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos pobres, ya proporcionándoles trabajo, ya proveyendo de medios de vida a los que no están en condiciones de trabajar”. Esta declaración es el principio del contenido social de la revolución. Es posible que ésta haya ido, en sus declaraciones, más allá de las conveniencias económicas y políticas de la burguesía triunfante. Egoísmo de la clase burguesa, incapacidad histórica de las clases populares de llevar adelante la revolución, han paralizado sus alcances y proyecciones sociales. Empero en el frontispicio de la gran revolución francesa quedó escrito con letras indelebles, en gran parte teóricamente, y en menor grado también prácticamente, todas las reivindicaciones político-sociales modernas. Sufragio universal, democracia, república, libertad religiosa, igualdad política y social, están contenidos virtualmente en la declaración de los derechos del hombre. Y si la revolución francesa de 1789 fué el punto de llegada de la clase burguesa históricamente madura para la dirección técnico-económica y política de la sociedad, fué también el punto de partida para el ascenso social y humano de las capas profundas del pueblo, de las masas desposeídas y explotadas que estaban debajo de la burguesía, que han contribuído a su triunfo y que luego comenzaron a reclamar también su puesto en el banquete de la vida.

### III

Si por socialismo se entiende una aspiración vaga e indefinida hacia una justicia social abstracta, el grito de protesta y el gesto de rebelión de los oprimidos y explotados de todos los tiempos y pueblos, la fantasía de un mundo de igualdad construída por la imaginación fecunda de algún filántropo utopista herido por la desgracia y miseria de sus semejantes; si por socialismo se entiende el vasto ideal humano del perfeccionamiento ilimitado de nuestra especie y su ascenso glorioso a las cumbres excelsas de la verdad y la belleza, puede afirmarse que el socialismo ha existido, desde la infancia de la historia del hombre.

Ya en el mundo antiguo, ante el espectáculo brutal de la esclavitud, hombres de corazón generoso y cerebro fecundo quisieron remediar el mal organizando la sociedad de aquel entonces sobre bases de justicia e igualdad. Uno de los primeros en formular un sistema social nuevo fué el filósofo griego Platón. Hablando de este gran idealista y primer teórico del comunismo, M. Alfred Croiset dice: "Platón no es solamente el más grande de los socráticos, es uno de los maestros eternos del arte y del pensamiento. Como filósofo es el fundador del idealismo y comunismo". En el diálogo que lleva el nombre del célebre sofista. "Gor-

gias” (480-385 ant. de J. C.), Platón llama a la política “la ciencia del alma”. Para él la política es “moral en acción”, el “estado formado según la moral”. En sus obras “La República” y “Las leyes” Platón expone sus ideas políticas y sociales. Para conseguir la felicidad humana, Platón formula su “estado ideal” y su “estado posible”; y de ahí saca su comunismo aristocrático y esclavista. En su “República”, especie de estado-ciudad, Platón no suprime las clases; al contrario, las fija para siempre, para la eternidad, porque la división de la sociedad en clases es, según él, basada sobre la naturaleza de las cosas. La ciudad se compondrá de tres clases para satisfacer todas las necesidades de la vida colectiva: una clase formada por artesanos, labradores y mercaderes encargados de proveer las necesidades materiales de la ciudad; una clase de guardianes, encargados para defenderla; una clase de jefes o magistrados, de “arcontes”, encargados para gobernarla. Estas tres clases encarnan las tres facultades fundamentales del alma: el apetito, el coraje y la razón. Cada clase tiene su papel propio, pero una sola dirige, las otras obedecen. Los magistrados se eligen entre los guardianes o guerreros más ancianos y más filósofos. Los guardianes son elegidos entre los jóvenes que presentan cualidades especiales y luego son sometidos a una larga y especial educación. Las mujeres viven como los hombres, reciben la misma educación, tienen los mismos

deberes y pueden desempeñar las mismas funciones. Y para suprimir toda razón de discordia en la ciudad, Platón suprime, solamente para las dos clases superiores de la sociedad, el interés personal y el espíritu de familia, instituyendo para ellas la comunidad de bienes y la comunidad de mujeres e hijos.

La ciudad se encarga de la educación de los niños. Esta es austera y ruda. Los niños débiles son eliminados. La ciencia es el alimento intelectual de los fuertes y no conviene a todos. La música y la gimnástica son consideradas como medios de disciplina y sirven para desarrollar la virtud. Los poetas son expulsados de la República, porque la poesía es el arte de falsear y desnaturalizar las cosas. Como se ve, Platón bosqueja su estado según el modelo de Esparta. El es, pues, un idealista y aristócrata en el sentido primitivo de la palabra: él busca y quiere el “gobierno de los mejores”.

Si hemos dado alguna extensión al resumen de las ideas políticas y sociales de Platón, es porque ellas son la síntesis del espíritu idealista y utópico, no sólo de la antigüedad griega, sino también de la edad media. Excluimos de este movimiento revolucionario del espíritu humano al cristianismo y a su fundador, a pesar de la definición de Nietzsche, para quien el cristianismo no es otra cosa que “Platón para el pueblo”. El idealismo cristiano es de ultratumba. “Mi reino

no es el de esta tierra” y “dad a César lo que es del César” es sin duda la quintaesencia de la doctrina de Cristo. Es democrática en cuanto iguala a los hombres en la abnegación y el renunciamiento. Mientras que el platonismo es aristocrático y terrestre.

El cristianismo desciende del mesianismo judaico, lleno de fervor místico, esperando la venida de un mundo mejor por el milagro; mientras el platonismo lo espera todo del estado. El único punto de unión entre estos dos conceptos del mundo y de la vida es la vaga aspiración de una justicia social.

“La Utopía” de Thomas Morus, como la “Ciudad del Sol” de Campanella, son dos documentos históricos, mezcla de platonismo y cristianismo, que reflejan la aspiración humana de la edad media. La servidumbre, algo superior, como sistema social, a la esclavitud, no dejó de herir profundamente a muchos pensadores de la edad media. Aquel mundo brutal de cruel fanatismo religioso y de dura opresión feudal ha engendrado, sin embargo, profundos pensadores y sutiles literatos. Bajo este punto de vista el siglo XVIII fué muy fecundo. Al idealismo platoniano vino a substituir el racionalismo de los enciclopedistas. Antes se quería reconstruir la sociedad humana según la imaginación y luego se la quiso rehacer según la razón. Al período teológico del socialismo utópico sigue un período metafísico. Morelly con su código de la naturaleza,



donde la razón domina al mundo implantando el comunismo racional. Mably y Juan Jacobo Rousseau con su sistema natural, pintan con colores muy vivos las injusticias y las crueldades de los poderosos. Queriendo ser racionalistas, aquellos escritos fueron, en el fondo, idealistas, precursores teóricos de la revolución francesa, a donde convergieron, como los ríos al mar, todas las corrientes espirituales de la humanidad.

Pero recién después del triunfo de la burguesía y de la implantación del régimen capitalista en el mundo contemporáneo, el socialismo se convierte en un método positivo de lucha social y en una teoría científica fecunda en resultados prácticos. De vaga aspiración humana, el socialismo se ha condensado en un programa de acción concreta para la elevación de nivel de vida de las masas oprimidas y explotadas.

Del tercer estado formado por industriales, comerciantes, artesanos, campesiones e intelectuales se ha desprendido, después de la revolución francesa, el cuarto estado constituido por obreros manuales, por asalariados exclusivamente. Con el triunfo de la burguesía la técnica ha adquirido un desarrollo colosal. El vapor aplicado a la industria, los medios de locomoción y de transporte modernos, la conquista de nuevos mercados han intensificado y multiplicado el trabajo humano. La industria capitalista ha eliminado el artesanato, fomentando la proletarización del pueblo.

Concentrando los capitales y los instrumentos de trabajo, ha concentrado en lugares determinados, grandes masas de obreros dando así origen a las grandes ciudades modernas. El proletariado industrial es hijo legítimo del capitalismo burgués, y a medida que éste se ha expandido e intensificado, ha crecido y aumentado toda la clase obrera moderna.

Esta se ha formado en parte por los siervos de la gleba emancipados por la revolución, en parte por los artesanos arruinados por la naciente gran industria, en parte por los “compañeros” que trabajaban en las manufacturas de la edad media dirigidos y dominados por el “maestro”, y en parte por los restos de la población flotante que después de la revolución se ha incorporado a la industria. Si el mundo antiguo se caracterizaba principalmente por la esclavitud, si la edad media era dominada por la servidumbre, el mundo contemporáneo se caracteriza sobre todo por el asalariado. Esta es la característica esencial y la relación económica de las clases actuales.

En los comienzos del siglo XIX, el naciente capitalismo, ávido de ganancias fáciles y sin freno alguno que modere sus impulsos, ha intensificado la explotación del trabajo humano reduciendo a la clase obrera a una miseria horrorosa. Hombres, mujeres y niños han sido arrastrados por el engranaje monstruoso del industrialismo. Fué la época clásica de las largas jor-

nadas, de los salarios miserables, de la falta absoluta de toda legislación protectora del trabajo humano. Epoca de vergüenza y escarnio para la historia del capitalismo y de la clase burguesa que lo han engendrado. ¡Y esto sucedió precisamente a raíz de la declaración de los derechos del hombre! La clase obrera, agobiada bajo el peso de una miseria sin límites, se puso instintivamente en movimiento en defensa de su salud y vida. Luchó primitiva, destructiva, de ciega rebelión, más contra las máquinas que contra los hombres que las poseían y las manejaban, fué sin embargo el comienzo del gran movimiento social contemporáneo tan fecundo en resultados de todo orden. El contraste violento entre la teoría proclamada por la revolución francesa, que fué luego propagada por casi toda la Europa, y entre la realidad viviente de los comienzos del siglo XIX ha herido profundamente el sentimiento y la inteligencia de muchos hombres de noble corazón y de cerebro iluminado. Ya en el seno mismo de la revolución francesa nació la idea de la igualdad económica como complemento indispensable de la igualdad política, consecuencia de la declaración de los derechos del hombre. Hombres clarovidentes han comprendido, en aquel entonces, que la democracia naciente sería una mentira si la ley mantiene y fomenta la división de la sociedad en clases antagónicas por la posesión de la propiedad. Graco Babeuf y “La Conjunción de los Iguales” fueron la expresión de tal esta-

do de conciencia de una parte del pueblo. Babeuf y Buonarotti quisieron dar a la revolución un alcance social que no convenía a los intereses de la burguesía triunfante. Babeuf, acusado como “jefe de una secta de enfermos” que “predicaban públicamente la ley agraria”, fué llevado ante el tribunal supremo. En su defensa Babeuf pronunció un alegato que constituye un documento histórico de gran valor. “Ya es hora de hablar de la democracia, de definir lo que entendemos por ella y lo que queremos que ella nos proteja; de inquirir finalmente, con todo el pueblo, cuáles son los medios de fundarla y de sostenerla. Se engañan los que creen que si yo me agito es con el fin de reemplazar una constitución por otra. Necesitamos más bien instituciones que constituciones. Si la constitución del 93 mereció el aplauso de todos los hombres de bien, es porque preparaba el terreno a nuevas instituciones; y si por medio de ella no hubiera podido lograrse este objeto, yo hubiera cesado de admirarla. Toda constitución que deje subsistir las antiguas instituciones humanicidas y abusivas, cesará de excitar mi entusiasmo; todo hombre destinado a regenerar a sus semejantes, que se arrastre penosamente por la vieja rutina de las legislaciones anteriores, cuya barbarie consagra la existencia de afortunados y desgraciados, no será a mis ojos un legislador, no me inspirará ningún respeto”. Estos conceptos clarísimos han sido, empero, prematuros. Babeuf fué un precursor.

Condenado y ejecutado en la guillotina, dejó un germen de rebelión en la mente del pueblo y una acusación tremenda contra los hombres de la revolución, autores de la declaración teórica de los derechos del hombre.

Triunfante la burguesía francesa y con ella la burguesía europea y americana, implantado el régimen capitalista en todo su vigor, los teóricos que han preparado la ideología revolucionaria han terminado su misión. En el nuevo régimen político-social los revolucionarios de la víspera se transformaron en conservadores. Las fuerzas dinámicas de la historia se convirtieron, por la lógica de los hechos, en fuerzas estáticas, y nuevas fuerzas dinámicas surgieron en el escenario de la vida colectiva. Lenta y paulatinamente, como corresponde a un gran proceso histórico, se elaboró la nueva clase social y planteó los grandes problemas contemporáneos. Ya en los comienzos de este despertar de la nueva clase servil — el proletariado moderno — aparecieron también los teóricos de las nuevas doctrinas sociales. Frente al conservatorismo burgués apareció el revolucionarismo socialista. Saint-Simon, Enfantin, Bazard, Fourier, Owen, Considérant y Pierre Lerroux fueron los primeros teóricos socialistas, los que han enunciado las primeras verdades de la nueva doctrina, y los que han formulado los primeros métodos de acción. Socialismo utópico dicen

algunos, sin tener en cuenta el estado material y mental de la época. A las primeras rebeliones del proletariado, a sus primeras luchas instintivas contra un régimen social nuevo, correspondió una primera forma de la nueva teoría. Insegura y vacilante, la nueva doctrina fué, sin embargo, la base fundamental sobre la cual se levantó luego el gran edificio teórico del socialismo moderno.

#### IV

Todo el siglo XIX se caracteriza por la gran lucha entre la clase obrera y la clase capitalista en el escenario internacional, y por la lucha de las autonomías de los pueblos y el triunfo de las formas democráticas de gobierno en el escenario nacional. Socialismo y democracia son las dos fases de la lucha que se complementan e integran, son el anverso y reverso de la gran medalla de la vida colectiva contemporánea. La democracia surgía inevitable del régimen económico implantado por el capitalismo triunfante. La historia contemporánea es la historia del ascenso político y social de las masas desposeídas de la sociedad. Movimiento histórico trascendente que condensa y resume las vagas e indefinidas aspiraciones humanas de

los tiempos más remotos, dándole cohesión y homogeneidad en un cuerpo de doctrina científico y metódico como resultado de la observación directa de los fenómenos colectivos. El progreso de la técnica, diversificando, multiplicando y subdividiendo el trabajo humano hasta el infinito, ha establecido nuevas relaciones económicas entre los hombres y los pueblos. Este hecho fundamental ha revolucionado toda la superestructura social. Política, arte y ciencia se han renovado y adaptado a la nueva historia. Y así el pueblo obrero de todas las naciones, impulsado por elementales necesidades biológicas, como el hambre y el amor, la conservación individual y la conservación de la especie, ha tenido y tiene una enorme influencia sobre la marcha del progreso en general, impulsándolo, con vigor e inteligencia, hacia destinos siempre superiores.

Hacia mediados del siglo XIX el naciente movimiento obrero y la incipiente teoría socialista han encontrado en Carlos Marx y Federico Engels sus intérpretes más acabados y sus teóricos más eminentes. Las ideas vagas y dispersas, los principios inconclusos, las nociones incompletas sobre leyes económicas e históricas han sido condensados y completados en un solo cuerpo de doctrina y formuladas las leyes fundamentales que rigen los movimientos colectivos. Con Marx y Engels el socialismo encuentra su brújula y su orientación definitivas, no porque las leyes por ellos formuladas sean definitivas e inmutables — lo que les

hubiera dado un carácter dogmático y no científico — sino por el método introducido y aplicado a las ciencias históricas y sociales. Pudieron haberse equivocado sobre la apreciación de tal o cual fenómeno local y actual a su tiempo, pudieron haber exagerado, en más o en menos, algunas fases del movimiento social; pero el conjunto de su doctrina, que es sobre todo método y crítica, es incommovible. En la base de la historia de la humanidad Marx y Engels, colocan la técnica. La especie humana deja de ser una especie puramente zoológica en el estricto sentido biológico de la palabra, y entra en la historia cuando inventa sus primeros instrumentos de trabajo. La edad de piedra, la edad de bronce y la edad de hierro caracterizan los fundamentos técnicos de la evolución humana y constituyen una división de la historia universal mucho más científica y racional que la clásica división en edad antigua, media y contemporánea. Todas las fases de la vida social están subordinadas al modo de producción. “Los medios de trabajo — dice Marx — no son sólo la medida del desarrollo de la fuerza humana de trabajo, sino también indicadores de las relaciones sociales en que se trabaja”. “No lo que se hace, sino cómo, con qué medios de trabajo se hace, es lo que distingue las épocas económicas”. “Al grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales corresponden determinadas relaciones de los hombres en la producción social de la vida; es decir, la estructura económica de la sociedad, base sobre la cual se



levanta un edificio jurídico y político y a la cual corresponden formas determinadas de conciencia social". En estos párrafos Marx caracteriza los fundamentos técnicos de la historia. Juan B. Justo, en su obra fundamental "Teoría y Práctica de la Historia", en el capítulo "La Técnica", desarrolla admirablemente esta tesis: "Movido por sus necesidades elementales — dice Justo — el hombre reacciona intencionalmente sobre el ambiente físico-biológico, lo modifica y eleva el mundo técnico-económico con el cual comienza propiamente la historia". "La historia empieza cuándo y dónde sobre el mundo físico-biológico, en que entran también los hombres, se desarrolla el mundo técnico-económico, en que entran también las cosas". "Manifestación primordial del desarrollo mental, la técnica es la síntesis de la "naturaleza" y el "hombre", la conjunción de la "materia" y el "espíritu". ¿Cómo hablar entonces de predominio de las "leyes físicas" o de las "leyes mentales" en la historia?" Tal modo de ver, físico-biológico y técnico-económico, viene a completar e integrar la teoría de Marx. Materialismo histórico han llamado algunos a esta teoría; otros, determinismo económico: cuestión de rótulos que no puede preocupar a los que ven en la historia algo más que una ingeniosa combinación de palabras y doctrinas.

El capitalismo tuvo sus teóricos que han elaborado la llamada ciencia de economía política. Adam Smith y David Ricardo fueron los últimos y los más eminentes de la larga pléyade de los teorizadores de

la producción de la riqueza. La economía política, ciencia eminentemente burguesa, ha condensado en fórmulas rígidas el régimen social del salariado afirmando ser inmutables. El más grande y fecundo de los trabajos de Marx fué la crítica de la economía política. Con los argumentos mismos de las escuelas de la economía política ortodoxa, Marx ha podido desmenuzar y reducir al absurdo sus principios y teorías. La “mercancía trabajo” y la “supervalía” demuestran la falacia de la economía política llamada pseudo-ciencia por Marx y Engels. Pero ni el trabajo humano es una mercancía, ni el salariado una relación económica y social voluntaria y estable. El trabajo es el juego fisiológico y normal de los organismos vivos para satisfacer las necesidades elementales de la conservación del individuo y de la especie, y el salario una relación histórica y social compleja de subordinación de las clases desposeídas de la sociedad a la dirección técnico-económica, y por lo tanto también política, de las clases propietarias y privilegiadas. Marx ahonda también en el análisis de la lucha de clases viendo en ella un factor decisivo en el desarrollo de la historia humana colocándola en la categoría de las fuerzas dinámicas del progreso. La teoría marxista, de crítica y análisis, dió, pues, así los rumbos y el método al movimiento social contemporáneo, abriéndole amplios horizontes para la obra constructiva teórica y práctica.

V

Después de muchas tentativas vacilantes e infructuosas, la clase obrera de los países civilizados encauzó y metodizó su acción colectiva en el último cuarto del siglo XIX, en el triple terreno del gremialismo proletario, de la cooperación libre y de la democracia obrera. Las circunstancias técnico-económicas especiales de cada país y las características histórico-sociales propias de cada pueblo han determinado en un momento dado el predominio de tal o cual método de lucha. Pero desde los comienzos del siglo XX los métodos de lucha de la clase obrera de los distintos países se han uniformado y universalizado. Contra la triple explotación como productor, como consumidor y como contribuyente, el proletario moderno se organiza y lucha en el triple terreno gremial, cooperativo y político. El sufragio universal — conquista trascendente de la democracia moderna — ha permitido, por primera vez en la historia del mundo, a las clases desposeídas, la intervención directa en la confección de la ley. Más de diez millones de productores de ambos sexos de los principales países industriales están organizados en sindicatos de resistencia; más o menos igual número de consumidores están organizados en cooperativas de consumo, e igual número de electores enviaron a los parlamentos del mundo centenares de diputados socialistas y millares de concejales a los gobiernos mu-

nicipales. La instrucción primaria y universal, la prensa diaria y barata, el folleto y el libro al alcance de todos, las bibliotecas públicas, las universidades populares y los museos han difundido en la masa popular conocimientos científicos y nociones artísticas elevando su nivel mental y estético. Sobre la base sólida de un progreso técnico constante y de una mejor adaptación económica de los hombres a los efectos de la producción, la política se ensancha y se ahonda, la ciencia se populariza y se humaniza, y el arte se ennoblece y se agiganta. Tal la síntesis grandiosa del movimiento de la democracia y del socialismo en la sociedad contemporánea.

El pensamiento humano desde el comienzo del mundo hasta el día presente, está ligado entre sí formando una inmensa cadena, o mejor aún, para que la metáfora indique más exactamente la filiación intelectual del género humano, puede decirse que los pensamientos de los hombres se parecen a las hojas, flores y frutos de innumerables ramas de algunos troncos cuyas raíces ocultas se entremezclan en el "substratum" biológico de la especie. Desde los remotos tiempos de la prehistoria humana, desde la caverna y el bosque hasta los tiempos modernos, el hombre impulsado por el hambre y el amor, por el instinto de la conservación del individuo y de la especie, ha luchado con el ambiente físico-biológico adaptándole a sus necesidades y construyendo así su mundo técnico-económico. Para ello ha necesitado luchar también den-

tro de su propia especie. Luchas biológicas y destructivas de tribus salvajes, sometimientos brutales de razas y pueblos, esclavitud, servidumbre y salariado son las fases sucesivas de la lucha interna del género humano para su propia y progresiva elevación. Vamos de la cooperación forzada a la cooperación libre por un doble proceso histórico: por un movimiento del conjunto de la humanidad y por un movimiento de las distintas clases de la misma. Vamos de lo instintivo a lo reflexivo, de lo inconsciente a lo consciente, de la casualidad a la causalidad, de instrumentos de la historia tendemos a ser sus artífices. La democracia y el socialismo son la expresión del conjunto y de las partes de la humanidad hacia su emancipación. Democracia es forma y socialismo es fondo; la primera responde a un anhelo de muchas clases sociales y el segundo principalmente a las clases desheredadas y laboriosas. Y la paradoja del mundo contemporáneo, su momentáneo y aparente eclipse, la contradicción violenta de la actual organización social, está precisamente en la desarmonía y la falta de concordancia de la forma y del fondo: de la democracia y el socialismo.

Declarar libre al hombre, hacerlo teóricamente igual ante la ley, concederle derechos políticos por medio del voto, instituir el gobierno de la democracia, pero dejar subsistentes las causas que engendran la desigualdad económica por la explotación del hombre por el hombre, es mantener en el mundo factores decisivos

de desorden, miseria y anarquía. La crisis actual de nuestra civilización que parece naufragar en la tragedia europea, se debe principalmente al desacuerdo entre la democracia y el socialismo para dominar a las fuerzas de atraso y reacción que gobiernan aun a las sociedades contemporáneas.

Algunos teóricos creyeron oponer la democracia al socialismo, sosteniendo que la primera es un movimiento idealista, mientras el segundo es materialista. Admitiendo que esto fuera una aproximada expresión de la verdad, no habría ninguna contradicción ni antagonismo entre ambos movimientos: más al contrario, se completarían e integrarían. Idealismo y materialismo son el anverso y reverso del pensamiento humano, cuyo tronco se divide en dos grandes ramas y cuyas flores a veces no se parecen; pero siendo de planta monoica, quedarán infecundas si no se acercaran las unas a las otras.

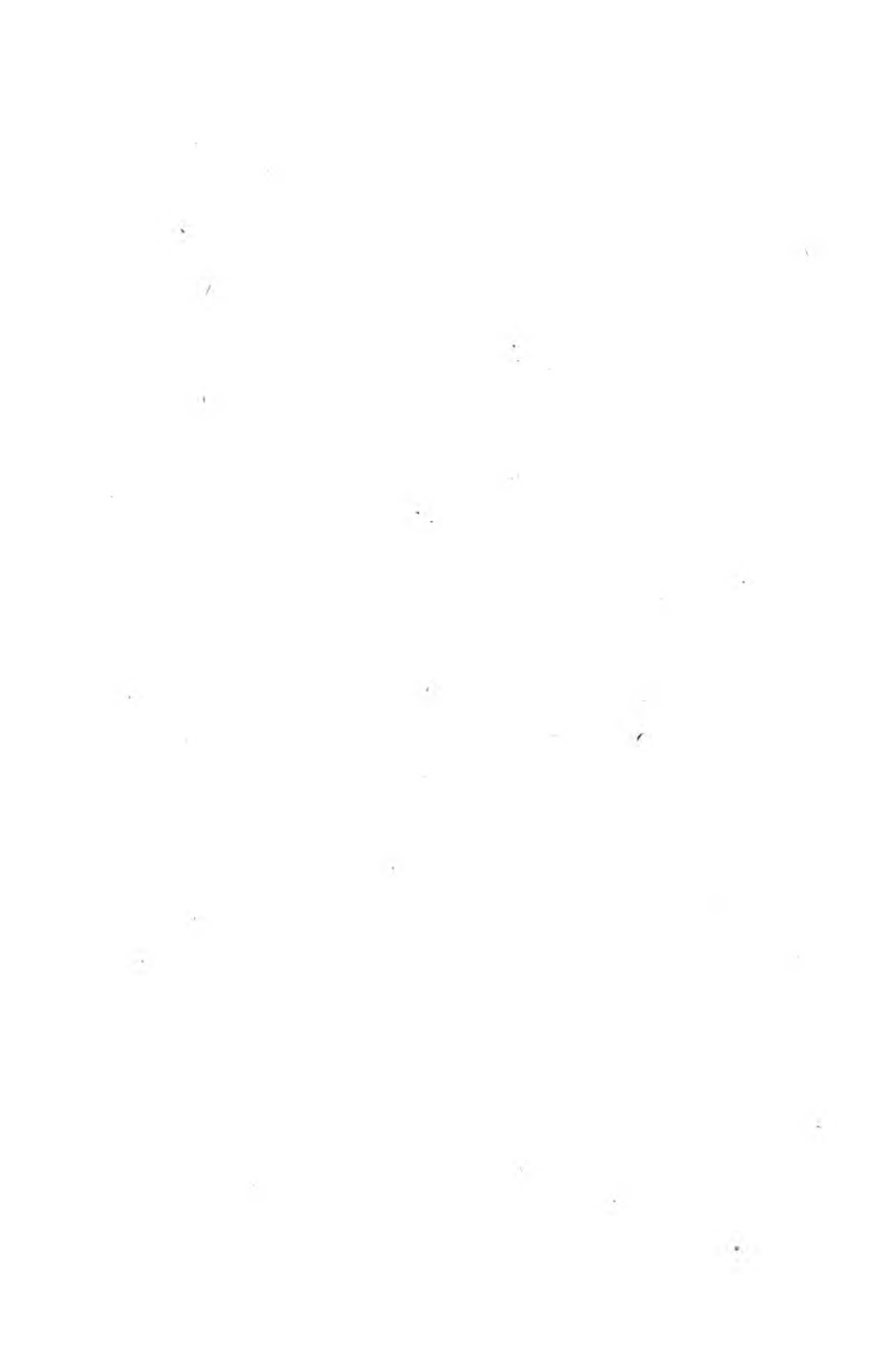
Los que ansían que en el mundo dominen y triunfen las fuerzas conscientes y constructivas sobre las fuerzas ciegas y destructivas, los que aspiran que los negocios humanos sean dirigidos intencional y voluntariamente y no sean el juguete del capricho y del azar, los que en la vida ven algo más que la satisfacción individual de apetitos y pasiones, los que buscan la creciente elevación del nivel de vida del pueblo laborioso y fecundo, los que quieren que algún día desaparezcan los conflictos de razas y las luchas de clases, los que en la historia ven un proceso continuo e inde-

finido de elevación de la especie humana deben ver en la democracia y el socialismo las dos grandes fuerzas concurrentes de civilización y progreso. Contenido y forma y fondo: la democracia y el socialismo son las fuerzas de salvación de los pueblos modernos contra las potencias del caos y el desorden que son aun el patrimonio triste de la vida colectiva actual.





Las páginas que siguen fueron sentidas, pensadas y escritas desde el comienzo de la guerra hasta el momento actual. En ellas se refleja el estado de ánimo de un hombre que fué sacudido violenta y brutalmente por la violencia y la brutalidad de los trágicos acontecimientos del mundo. En su contenido hay una fuerte dosis de pesimismo, pero también hay mucho vaticinio optimista y tal vez un poco de sentido profético del porvenir. La grande y trascendental revolución rusa y la voz serena y vigorosa de América marcan en el actual caos del mundo la ruta del futuro. La democracia y el socialismo saldrán — y no cabe duda de ello — triunfantes de la gran tragedia. Es un consuelo y una esperanza. Es la nueva historia que comienza.



## LA GRAN TRAGEDIA

### I

Europa dormía tranquila e inconsciente sobre un inmenso volcán. Hasta la misma víspera de la erupción, nadie — salvo los fautores siniestros de la tragedia — creía en ella. Los pueblos, crédulos e insensatos, fiaban demasiado en la “sinceridad” de sus gobernantes, que al exigir cada vez más hombres y dinero para sus ejércitos y escuadras, declaraban, con cínica solemnidad, que lo hacían con el santo propósito de mantener y asegurar la paz. Los enormes intereses materiales — la técnica y la economía, — como los grandes valores éticos y mentales — la política, la ciencia y el arte, — parecían ser puntales incommovibles de la paz del mundo. Millones de hombres afirmaban en el continente europeo, por medio de periódicos plebiscitos del sufragio universal, su profunda y sincera convicción pacifista y su voluntad decidida e inquebrantable de oposición a la barbarie de la guerra. El continuo crecimiento de la conciencia histórica del pueblo trabajador y el avance considerable, en los últimos años,

de los partidos socialistas en los principales países europeos, parecían ser factores poderosos e indiscutibles de paz y de armonía entre las naciones. Y cuanto más remota y más imposible parecía la guerra, ella estaba más cercana y más factible. El volcán yacía latente; pero sus entrañas repletas de cóleras seculares, de atávicos odios, de horripilantes ansias de aniquilamiento y destrucción, hicieron erupción brusca e inesperadamente. El monstruo de la guerra lanzó sus huestes en loca carrera de universal devastación. Europa arde en inmensa hoguera, alumbrando su resplandor siniestro la más colosal de las hecatombes. Y la humanidad entera, bajo todos los climas y todos los cielos, ha recibido la más tremenda y peligrosa sacudida física y moral que registran los anales de la historia.

Esta vez sucedió lo de siempre: la absoluta ignorancia e imprevisión de los hombres sobre los hechos inminentes y trascendentales acontecimientos históricos y sociales en las mismas vísperas de su acaecimiento. Tal pasó con la gran revolución francesa de 1789. Pocos meses o pocos días antes de su estallido nadie la creía ni esperaba. Arturo Young, gran economista y profundo observador inglés, viajando por Francia en los años 1787 y 88, negaba en absoluto la posibilidad de una próxima revolución. Y ya se sabe el acierto de tales predicciones. Solamente "a posteriori" se comprende con meridiana claridad lo inevitable de los acontecimientos producidos, su larga y lenta gestación, su fatal y lógico desarrollo. En el camino de su propia

historia la humanidad marcha aún a tientas. El azar y la casualidad pueden tanto o más que la intención calculada y la firme voluntad. La "ley", aun en su estrecha relatividad, pocas veces es formulada "a priori", casi siempre "a posteriori". Es que los hombres son todavía juguetes de los acontecimientos. ¿Cuándo serán sus dueños o autores?

Producida la conflagración europea, pasadas las primeras impresiones de espanto y las hondas emociones de estupor, adaptado el espíritu a la nueva situación de hecho creado en el mundo por la guerra, se puede fácilmente reconstruir los acontecimientos, comprender la fatalidad de su desenvolvimiento y sacar, si es posible, alguna enseñanza o conclusión útil y provechosa. Ya que no podemos ser videntes para lo porvenir, seamos, por lo menos, lógicos para lo pasado.

La paz armada fué y es la tremenda contradicción y la más estúpida paradoja de los últimos cuarenta años. Jamás los pueblos han pagado al militarismo voraz e insaciable, un tributo más grande en hombres y dinero que en el actual momento histórico. Europa entera parecía un inmenso cuartel. Doquiera se respiraba el tufo ardiente de pólvora y dinamita. El arte de matar se ha elevado a la categoría de la más exacta de las ciencias. Los descubrimientos más portentosos y los inventos más audaces se han hecho por y para la guerra. En la tierra y en los mares, en el aire y bajo el agua, aparatos de muerte y destrucción, más perfectos y más exactos que cronómetros, acecha-

ban la hora fatal. ¿Y todo esto para qué? Para mantener y asegurar la paz, nos decían los graves y astutos diplomáticos, los hipócritas y criminales gobernantes. Y los pueblos, crédulos e insensatos, ansiosos de paz, ¡qué no darían para mantenerla y asegurarla!

Y así se iba elaborando y preparando, deliberada e intencionalmente, un estado de cosas absolutamente insostenible. Las clases conservadoras, los grupos privilegiados, las castas dinásticas y militares, el capitalismo enloquecido y todas las fuerzas retrógradas y reaccionarias estaban conspirando contra la paz del mundo. Los gobiernos no se armaban para hacer la paz, sino para preparar la guerra. La hoguera estaba lista y bastó una chispa para provocar el colosal incendio.

¿Puede hablarse con sinceridad y sensatez de nuestro progreso y civilización en un momento histórico envuelto en el torbellino de un ciclón de violencia que arrasa a los pretendidos pueblos cultos de la tierra? A la par de los pueblos más brutales y salvajes del centro africano. Alemania de la Ciencia y del Método, Francia de la Igualdad y Fraternidad, Inglaterra, de la Libertad y de la Justicia, Rusia de los Mártires de la revolución, Austria de la Armonía y del Canto, la pequeña y laboriosa Bélgica, enloquecieron repentinamente y lanzáronse con furor diabólico al asesinato colectivo, a la recíproca y total destrucción. ¿Quién, pues, puede afirmar o creer en la realidad y la verdad de nuestro progreso?

Mecánica y groseramente materialista, nuestra civilización contradictoria y paradójal lleva en su seno los elementos de su propia muerte y destrucción. Las dos Europas paralelas y superpuestas: la una, de la tradición guerrera, y ultramontana, del dogma y de la obediencia, de la reyecía de origen divino y del papado infalible, del privilegio y de la crueldad, de las castas y de las dinastías; y la otra, democrática, republicana y socialista, de espíritu crítico y de análisis, que quiere integrar y completar la libertad política con la igualdad económica, la Europa del sufragio universal y del libre examen, de los sindicatos obreros y de las grandes cooperativas libres: — estas dos Europas no podían coexistir y convivir por más tiempo. Su choque era fatal e inevitable. Sólo nuestro vehemente deseo de paz pudo hacernos creer en la imposibilidad de una guerra europea. Las clases conservadoras y reaccionarias, no pudiendo ahogar el movimiento socialista y obrero en una revolución sangrienta, lanzáronse desesperadamente al exterminio de la guerra.

Estamos en la gran encrucijada de la Historia de la humanidad. Nuestra civilización contradictoria ha hecho crisis. Tremenda y colosal crisis. El soplo trágico de la muerte agita las pasiones universales. Las milenarias fuerzas atávicas de barbarie y destrucción se desencadenaron sobre la faz de la tierra. La bestia humana ruge de rabia e impotencia contra su propio destino. ¿Será la actual tragedia el naufragio de un mundo caduco y el surgir de una civilización nueva, más

humana y más armónica? ¿Las nuevas fuerzas históricas serán capaces de salvar los valores materiales y morales de la vieja Europa y reconstruir aquel mundo en ruinas? ¿O es el aniquilamiento total y definitivo de una sociedad en descomposición? Así se derrumbaron Babilonia y Cartago, así naufragaron las civilizaciones de Grecia y de Roma. Cruel enigma que tortura nuestro espíritu y hace zozobrar nuestra razón. Para renovarse y purificarse ¿la Humanidad necesita de la violencia colectiva y del derramamiento de sangre, como la venida al mundo de un nuevo ser necesita de la sangre y de los dolores maternos?

El espectáculo de la gran tragedia es imponente y cruel. ¡Felices los mortales que lo pueden contemplar serena y objetivamente y estudiarlo como una pelea de lobos o un combate de hormigas! Pues ¿qué otra cosa somos en el drama universal de la vida? Naufraga la actual civilización en los horrores de una guerra espantosa. Y en el crisol de los pueblos algún alquimista invisible prepara una nueva Humanidad. La actual crisis nos obliga a revisar todos nuestros valores éticos y mentales. ¿Seremos capaces de hacerlo con inteligencia y sinceridad?

## II

Un monarca octogenario y en plena decadencia física y mental — figura sombría y tétrica de la histo-



ria contemporánea, — menos filósofo que el rey Lear y más trágico que Edipo-rey, arrimó la chispa a la guerra europea. Francisco José — rey católico, apostólico y romano — el más poderoso sostén del papa-rey, invocando la divina providencia, declaró la guerra, por sí y ante sí, al pequeño y semibárbaro pueblo servio para castigar la muerte del archiduque Francisco Fernando, asesinado por un estudiante de origen servio, pero súbdito austriaco, en Sarajevo, capital de Bosnia, anexada arbitraria y violentamente en 1908 al tambaleante imperio austro-húngaro. Tal es el origen aparente de la actual conflagración europea.

Empero, ¿puede sostenerse racionalmente que el asesinato de un príncipe y la voluntad de un viejo decrepito, por más rey que sea, puedan ser causas suficientes para provocar tamaña tragedia universal? Sería supeditar y hacer depender el curso de la historia de incidentes banales e insignificantes, que no pueden ni deben pesar sobre el destino de los pueblos. ¿Quién puede sostener, estando en su sano juicio, que para vengar la muerte de un príncipe, millones de soldados tengan que matarse mutuamente, devastando y destruyendo al mismo tiempo a los países más prósperos y cultos de Europa?

Causas más hondas, males cuyas raíces están en las entrañas mismas de la actual organización social, abe-rraciones colectivas, estimuladas y fomentadas con premeditación y alevosía por ciertos y determinados grupos sociales, han acumulado tales y tantos elementos

de discordia entre razas y pueblos, que hicieron zozobrar la civilización contemporánea, minando la paz del mundo.

Pangermanismo, paneslavismo y panlatinismo son las expresiones sintéticas del prejuicio y del odio de razas que aun están latentes en las profundas capas sociales, que las verdades de la ciencia, demostrando la falacia de la superioridad de razas y la falsedad de su existencia, no han podido todavía destruir ni desarraigar. Teutones, galos y sajones; eslavos, semitas y húngaros; europeos y asiáticos; blancos, amarillos y negros — aunque mezclados y cruzados — se odian todavía cordialmente. Haya solamente dos razas humanas, o sesenta y tres, según lo quieren algunos etnólogos, la triste y desconsoladora realidad es que aun existen orgullo y odio de razas; orgullo y odio fomentados sistemáticamente por las castas dinásticas y por las clases conservadoras y reaccionarias para desviar y debilitar el espíritu de la lucha de clases y el progreso de la democracia universal.

El imperialismo es una fase del orgullo y odio de razas; pero más que esto, es un modo de ver económico, y la última y más acabada expresión teórico-práctica del capitalismo moderno. Las barreras aduaneras son las verdaderas fronteras de las naciones. Cada país, cada entidad política autónoma, trata, por todos los medios a su alcance, de estorbar, de dificultar e impedir la entrada y la circulación de mercaderías o productos fabricados o producidos en el extranjero, al

mismo tiempo que trata de imponer a los pueblos extranjeros sus propios productos y mercaderías. Doble juego antagónico, absurdo y contradictorio, que es fuente permanente de discordias internacionales y causa principal de violencias y guerras. Capitalismo, imperialismo, proteccionismo, orgullo y odio de razas y religiones, oposición violenta al avance de las fuerzas democráticas; más las intrigas de una diplomacia medioeval y secreta, han hecho crisis en la vieja Europa, siendo la actual tragedia su desenlace lógico y fatal, agrietándose y derrumbándose el edificio europeo en su punto más vulnerable y menos resistente. Así se explica y se comprende por qué fué Austria — y su viejo y decrepito monarca — la causante de la guerra actual.

Pero es, sobre todo, en Alemania donde todos estos factores y causas se han acumulado y amontonado. El pueblo alemán es, sin duda alguna, un gran pueblo moderno. Metódico, tal vez excesivamente disciplinado y paciente, laborioso, fecundo, tenaz y perseverante, el alemán no ha sabido, no ha querido o no ha podido aún darse una estructura político-social adecuada y en armonía con su progreso técnico-económico. Su emperador, sus príncipes, su casta militar, sus junkers, sus personajes de plena edad media, que por una aberración inexplicable gobiernan a una gran nación moderna. El pueblo y el gobierno de Alemania constituyen la paradoja político-social más grande de la edad contemporánea. Imperialismo y socialismo, democra-

cia industrial y feudalismo agrario han podido convivir en un maridaje imposible. Alemania está dominada por Prusia, y ésta está gobernada por sus señores feudales. Resulta de ahí que el gran pueblo alemán está gobernado por una casta dominada por rancias y medioevales costumbres. El emperador, tipo representativo de una clase social y de un momento históricamente trágico, símbolo del espíritu militar más bárbaro de los tiempos modernos, es la figura central de la política alemana. Se cree de origen divino, e invoca a Dios para hacer la guerra. Sueña con el imperio del mundo y amenaza con su espada a todos los pueblos de la tierra. En él encarna el imperialismo más agresivo, el proteccionismo más cerrado, el orgullo y odio de razas y religiones, y él es el factor inmediato y principal de la gran tragedia del mundo. El viejo y decrepito monarca de Austria fué un juguete en manos de este teutón temerario. ¿En qué lejanos mares se halla una nueva Santa Elena para encerrar a este personaje siniestro?

El imperialismo germánico ha desafiado a la democracia del mundo, desencadenando la furia de todas las fuerzas atávicas que yacen aún latentes en el fondo de todos los pueblos. Sería una degradación mayúscula para el género humano el triunfo de su águila imperial. Por la salud y la prosperidad del propio pueblo alemán, por el bien de las nuevas fuerzas históricas, deseamos vehementemente la derrota del militarismo germano y el triunfo de las fuerzas aliadas,

que representan en el mundo el espíritu republicano y democrático.

El hombre es el animal que mejor y más rápidamente se adapta a todas las circunstancias de la vida. En pocos días ya nos hemos adaptado a la gran tragedia actual. En tiempos normales, la desgracia individual y colectiva nos conmueve y nos agita. Ahora recibimos con relativa tranquilidad las noticias más estupendas. Millares de soldados — flor y nata de la especie humana — muertos, horriblemente mutilados e insepultos; ciudades incendiadas, tesoros de arte, de ciencia y de trabajo destruidos; pueblos enteros reducidos a escombros. ¡Y decir que aun estamos en el prólogo de la tragedia!

Profundamente optimistas, hemos sentido ante este cuadro estupendo vacilar nuestro optimismo. Pero, contemplando la vida de los pueblos desde lo alto de la historia universal, y reflexionando serena y tranquilamente sobre los acontecimientos humanos, reafirmamos nuestra fe inquebrantable en el triunfo de la vida y en la ascensión infinita de nuestra especie.

Vivimos en una época de tragedia y de gloria. Somos actores y espectadores de un momento histórico sin igual. Hay una transmutación de los valores sociales. Y estamos convencidos de que de las ruinas y de los escombros de la actual tragedia surgirá la sociedad de mañana, sociedad que afirmará en el mundo, con más fuerza que nunca, la idea de más Justicia, más Verdad y más Belleza.

### III

Noches insomnes y febriles, días inciertos y agitados, minutos que parecen horas, horas más largas que días, y días que parecen una eternidad, conmueven nuestro espíritu desde el comienzo de la gran catástrofe, trastornan la razón más equilibrada, y perturban las convicciones más sólidas y los sentimientos más nobles y hondos.

¿Es realidad lo que acontece en el mundo, o es un trágico sueño, una horrible pesadilla, engendro de nuestra loca fantasía? ¿Es posible que los pueblos más cultos de la tierra, los europeos del siglo veinte, orgullosos y ufanos de su progreso y civilización, hayan retrocedido bruscamente a las remotas edades de la prehistoria, retornando a la primitiva vida antropofágica de los bosques y de las cavernas, donde los hombres y las fieras se aniquilaban y devoraban mutuamente? ¿Es verdad todo esto?

Por más que todo nuestro ser se rebele y proteste, la colosal tragedia del mundo se desarrolla ante nuestra mente atónita, las vistas cinematográficas de matanzas y ruinas se precipitan y amontonan en vertiginosa carrera, los cuadros de horror y de espanto se suceden con la velocidad del rayo, los ríos y los mares están teñidos de sangre, y los cielos resplandecen en reflejos siniestros de colosales hogueras y monstruosos incendios de aldeas, pueblos y ciudades.

Asistimos a un salvaje y sanguinario rito en holocausto del dios Marte. Emperadores, reyes, príncipes y generales offician de grandes sacerdotes, siendo las víctimas expiatorias los pueblos, que no se odian, que ni siquiera se conocen, pero que se matan y destruyen.

La pequeña y desdichada Bélgica fué la primera víctima inmolada en su bárbaro altar. ¡Pobre y heroica Bélgica! Colmena humana y laboratorio social, el país de los belgas fué un modelo de laboriosidad y fecundidad. Pacífico, modesto, hospitalario, trabajador, divertido y alegre, con la sana alegría de las kermeses de Rubens, robusto en la tarea cual un forjador de Meunier, testarudo y perseverante en el progreso de la técnica y del arte, el pueblo de Flandes y de Valonia es uno de los más simpáticos de Europa.

¡Quién haya visitado la pequeña Bélgica, quien haya conocido sus populosas y alegres ciudades, su rumorosa y bella campiña, sus aldeas llenas de vida y salud; quien haya visto la sonriente Flandes llena de praderas fragantes y floridos vergeles, y la negra e imponente Valonia, de las boscosas chimeneas y de las minas preñadas de hierro y carbón; quien haya conocido sus vastos museos — tesoros incalculables de arte antiguo y moderno, — sus bibliotecas repletas de libros y lectores, sus “hotels de ville” — verdaderas joyas arquitectónicas, — sus silenciosos templos góticos, sus solitarios y tétricos castillos medioevales, y sus casas del pueblo — núcleos y crisoles de la socie-

dad futura; — quien haya visto, conocido y palpado todo esto, y vivido, aunque por breve tiempo, la vida intensa del país más laborioso, pacífico y denso pueblo de la tierra, puede alcanzar a comprender todo el horror de la devastación de la neutral Bélgica y de la destrucción de sus pacíficas y laboriosas ciudades!

Crimen inaudito, monstruosa iniquidad nunca justificable ni jamás perdonable, que por sí solo basta y sobra para arrojar un baldón infamante, una mancha inborrable y un anatema colectivo sobre los responsables y causantes de este imbécil y salvaje atentado de lesa civilización.

¡Y decir que en cátedras y universidades oficiales, solemnes profesores enseñan el derecho internacional público y privado, y que el derecho de gentes está garantizado por “inviolables” tratados diplomáticos! Todo esto sería muy risueño si no fuera excesivamente triste. Es la dosis de farsa que se mezcla siempre en los negocios más graves del mundo; es la comedia que invariablemente acompaña a la tragedia como la sombra al cuerpo

Y la farsa y la comedia se exageran y agravan cuando se considera que los principales fautores de tanta desgracia y ruina irreparables tratan de justificar su actitud y conducta ante los pueblos y ante la historia. ¡Según documentos, cartas y conversaciones secretas de “tête a tête”, entre ministros astutos e hipócritas diplomáticos, y publicados “a posteriori”, parece que nadie quería la guerra, que todos se empeña-



ron “sinceramente” en evitarla, que la gran tragedia se desencadenó contra la voluntad de todos, como una fatalidad cósmica absolutamente inevitable!

¡Farsa y comedia! Es muy posible que, quien más, quien menos, los dirigentes y gobernantes de todos los países en conflagración, alimentaban el íntimo deseo de liquidar viejos pleitos y preparar futuras hegemónías por medio de la guerra. A eso respondía la paz armada, sin que ella encontrara un adversario decidido y categórico en ninguno de los gobiernos europeos. Es seguro que los causantes directos de la actual tragedia fueron los gobiernos de Viena y de Berlín. ¿Pero quién puede sostener que los dirigentes de San Petesburgo, de París y de Londres no hayan tenido su parte de culpabilidad, si no en el momento actual, en los prolegómenos secretos y en los preparativos ocultos de lo que ahora acontece en el mundo? Sostener lo contrario sería parcial e injusto. ¿Cuántas cosas no se esconden en los entretelones de la diplomacia?

El nacionalismo agresivo, el patrioterismo guerrero, el militarismo y el imperialismo, si bien han culminado en el régimen político de Prusia, no han dejado de hacer estragos en todos los países del mundo. Es la característica del actual momento histórico y el estado mental y ético, en grado mayor o menor, de las clases privilegiadas y dirigentes de los pueblos modernos. ¿Quién pretenderá que el zar Nicolás, autócrata de todas las Rusias, haya sido una figura más

simpática que la de Guillermo II, emperador de todos los alemanes?

Son, pues, culpables de la actual desgracia de la humanidad el régimen social que impera y los poderosos de la tierra que lo sostienen y apuntalan. Ellos serán los que tendrán que dar cuenta de su conducta ante el tribunal del mundo, que es la historia universal. Puede haber habido un loco peligroso que haya provocado personal y directamente el estallido de la guerra; pero debe haber existido también un estado de locura colectiva para lanzarse con furor nunca visto a la recíproca destrucción.

Quienquiera haya sido el o los culpables de la actual tragedia, que las nuevas fuerzas históricas han sido aún impotentes para evitar y detener, nuestras simpatías se inclinan del lado de los aliados, no por mero sentimentalismo o afinidad de razas, sino porque estamos convencidos que de su triunfo o derrota depende el porvenir de la democracia universal.

Nadie negará que, aun dentro de sus moldes político-sociales actuales, Francia e Inglaterra son los países más democráticamente organizados. Son ellos, y no Rusia — que en la actual emergencia desempeña simplemente el papel de fuerza bruta, de verdadera catapulta — los que, triunfantes en la actual guerra, impondrán condiciones de paz y dictarán su ley al mundo. Si tal acontece, tal vez la humanidad salga gananciosa y recompensada por los dolorosos sacrificios realizados.

¿Y si sucede lo que no puede ni debe suceder, saliendo vencedor el imperialismo germano? La suerte de la democracia sería muy diversa, y la historia universal tomaría rumbos muy distintos e ignotos.

Pero todo pronóstico sobre la marcha futura de los acontecimientos es prematuro, y todo cálculo aventurado. Vivimos en plena tragedia. ¿Cuál será su desenlace? Para saberlo aún nos separan muchas noches insomnes y febriles, muchos días inciertos y agitados, minutos que parecerán horas, horas más largas que días, y días que parecerán una eternidad, conmoviendo nuestro espíritu, trastornando nuestra razón y perturbando nuestras convicciones y sentimientos. ¿Dónde está el vidente que pueda anunciarnos el porvenir?

#### IV

La guerra es bárbara, es brutal y es inhumana, no solamente porque mata, devasta, incendia y asuela, sino también porque pervierte y degrada al hombre destruyendo en su espíritu la débil raigambre de cultura y educación, rompiendo su frágil envoltura de humanidad y de amor al prójimo, y haciendo aparecer en la superficie de la vida individual y colectiva todas las fuerzas atávicas de crueldad, de astucia, de perversidad y de mentira.

Así, por ejemplo, todo lo que en la vida normal de los hombres y de los pueblos constituye grandes vir-

tudes y sanos principios de ética y de justicia, desaparece en tiempo de guerra, y en su lugar surgen los vicios y los defectos más horripilantes y graves. El hombre se despoja de su vestidura de seudocivilización y se presenta en toda su desnudez moral, como en los prehistóricos tiempos de la cruel lucha por la vida en el fondo de los bosques y de las cavernas.

La actual gran tragedia se especializa y caracteriza por una espantosa regresión a la barbarie y al salvajismo ascentrales. Todo ha naufragado en el universal cataclismo que, con furia nunca pensada ni ja más vista, se ha desencadenado sobre el mundo.

Y el contraste resulta tanto más cruel e inexplicable cuanto más hemos exagerado y ensalzado los caracteres de nuestra civilización. Se ha afirmado en todos los tonos y formas que la raza blanca se ha despojado ya para siempre de sus bestiales instintos atávicos, que sus costumbres se han humanizado y suavizado, y que sus sentimientos de piedad por los débiles, y de solidaridad en la vida, como el amor por la justicia y el culto a la verdad han echado hondas raíces en su corazón y cerebro. ¡Cuán orgullosos éramos de nuestro color, signo inequívoco de superioridad ética y mental! ¡Y he aquí, que todo el edificio, pacientemente construido de creencias religiosas, de sistemas filosóficos, de doctrinas sociales y de métodos científicos, se derrumba y desploma bajo el peso brutal del militarismo; y los blancos se muestran tanto o más crueles

que los negros y los amarillos, desvaneciendo en un solo instante la ilusión secular de su pretendida superioridad!

En realidad, nada más deleznable que la teoría de las razas superiores. En nombre de ella se han cometido las fechorías más grandes, los crímenes más abominables. No es siquiera sostenible ni histórica ni socialmente. Para el teutón, orgulloso de su rubicundez, el color moreno del latino es signo evidente de inferioridad. Dentro mismo de la raza blanca se establece una lucha de matices y gradaciones de luz y de sombra. La superioridad dependería más del color de los ojos y de los cabellos que de las cualidades éticas y mentales de un pueblo adquiridas en la lucha por la vida. Todo esto es simplemente ridículo, infantil, absurdo y peligroso. La superioridad técnica, económica y política de determinados pueblos en determinados momentos de la historia, no depende evidentemente de sus ojos azules, ni de su pelo rubio, sino de otros factores mucho más complejos e importantes. Y la democracia universal no puede ni debe admitir la pretendida superioridad de ciertas razas y pueblos, como no admite la mentida superioridad de ciertas castas y grupos sociales.

El imperialismo prusiano, que afirma que su kaiser es de origen divino, sostiene con la misma convicción y fundamentos que el pueblo alemán es el elegido por Dios para imponer en el mundo su "Kultur" (con K mayúscula). Y sus maestros, profesores,

académicos y escritores; sus escuelas, colegios y universidades; sus libros, diarios y revistas, dedicáronse a plasmar el espíritu público sobre estos principios de un imperialismo soberbio y peligroso. Los teutones son los “kultutreger” (portaestandartes de la cultura) del universo, y ¡guay de los pueblos que se resistan a la imposición de la cultura del “pueblo elegido”; si no quieren germanizarse a la buena, lo serán a la mala, por medio de sus “húsares de la muerte”, que llevan en su casco imperial, como emblema de su “Kultur”, la tétrica calavera y las dos tibias cruzadas, símbolo inequívoco de exterminio y de muerte.

El pueblo alemán, con sus indiscutibles cualidades de método, disciplina y laboriosidad, ha padecido en los últimos años de una grave y peligrosa sugestión colectiva. La profunda convicción de la superioridad de su propia cultura lo ha conducido al desdén absoluto de las culturas de otros pueblos. La vieja y siempre joven democracia británica, consolidada en sus seculares instituciones, gentil y vigorosa, renovada en su vida individual y colectiva por las nuevas fuerzas históricas, maestra en parlamentarismo y legislación, respetuosa de las libertades de los hombres y de los pueblos; la clásicamente libre y hospitalaria Inglaterra, es para los graves e infatuados profesores de Prusia la imagen de Cartago. Para los mercaderes alemanes, cuyo lema es fabricar e inundar el mundo de mercaderías malas y baratas (“Bilig und schlecht”)

el pueblo británico está compuesto de “turbios mercaderes”. La “dulce Francia”, cuna de los derechos del hombre, tierra clásica de sabios y artistas, cuyo pueblo — uno de los más sobrios, laboriosos y ahorrativos de la tierra — ha producido la revolución más estupenda que registra la historia humana, es para los filisteos del imperialismo teutón, país en plena bancarrota física y mental, llamado a desaparecer del concierto de los pueblos libres y grandes.

Y la Rusia, pletórica de energías y virilidades latentes prontas a estallar y renovar la vida política y social de ese gran pueblo-niño, la santa Rusia de los Romanoff, que en política no es muy inferior al sacro imperio de los Hohenzollern — pues la Duma es más o menos lo mismo que el Reichstag, — es considerada por los “junkers” de Prusia como un país asiático y bárbaro, y su pueblo como una horda salvaje, que debe ser exterminado de la faz de la tierra.

El imperialismo alemán se atribuye “modestamente”, en el momento histórico actual, el papel de la Roma imperial de la edad antigua, y sus legiones pretorianas se han dado la misión de destruir la moderna Cartago representada por Inglaterra, de absorber la decadente Atenas representada por Francia, y de salvar al mundo del avance de las hordas moscovitas. ¡No hay para qué hablar de las pequeñas colmenas humanas como Bélgica, Serbia, etc., pues honor muy grande ha de ser para ellas dejarse subyugar y dominar por el águila imperial germánica!

¡Tal es la psicología actual del pueblo alemán! Sugestión colectiva, borrachera imperial, orgullo de raza, vanidad patriótica: todo esto ha oscurecido los mejores entendimientos, pervertido las mejores mentes y endurecido los más nobles corazones. Para conquistar un “sitio bajo el sol” — fuera de su país, y que de sobra lo tenía libre y generoso en todos los continentes, bajo todos los climas y soles, — el pueblo alemán lanzóse a la destrucción universal. Sus innegables fuerzas de expansión y afirmación se realizaban libremente en tiempo de paz en el libre desenvolvimiento de su trabajo, ciencia y arte. Ningún país de la tierra ha cerrado herméticamente sus fronteras a la penetración pacífica de la influencia germánica, como a ninguna influencia sana y noble de cualquiera otro pueblo. El pueblo alemán, como unidad política, llegó tarde a la historia del mundo, cuando todas las “colonias” estaban ya “conquistadas” y “ocupadas”. Y en vez de ambicionar “colonias”, el rasgo de gran inteligencia y de política superior hubiera sido invadir y ocupar a todas, sin excepción, pacíficamente, por medio de sus industrias y comercio. Y así sucedía en realidad. ¿Cuál es el país de la tierra donde la influencia pacífica alemana no se ejerciera cada día más en vasta escala? ¡Tal es el derecho de expansión y afirmación expresado en el libre juego de las fuerzas materiales y mentales en el mundo! Pretender imponerlas por la fuerza bruta es cerrar el camino, es impedir la tan ansiada expansión y afirmación.



El imperialismo teutón está basado en la fuerza bruta; su ejército, formidable máquina de destrucción, fué preparado por y para la guerra de conquista y de agresión; su kaiser quiso y provocó el cataclismo universal; su pueblo, dominado por la idea expresada en su himno nacional, "Deutschland über alles" (Alemania sobre todo), lanzóse a la conquista del mundo; ¿por qué se asombra ahora cuando éste, horrorizado ante el espectáculo de la gran tragedia provocada en nombre de la "Kultur" alemana, se apercebe a la lucha y a la defensa contra el crimen más horrendo que hayan presenciado los siglos?

Hay que concluir con la pesadilla del militarismo en el mundo; y ya que la guerra fué provocada tan criminalmente, sobre todo por el imperialismo prusiano, su derrota es una necesidad histórica, y a ello deben concurrir todas las voluntades y todos los esfuerzos.

Admiradores sinceros de las grandes cualidades positivas del pueblo alemán, ansiamos vehementemente que despierte de su borrachera imperialista, y que, después del actual desastre, reconstruya su régimen político de acuerdo con las necesidades y tendencias de la democracia moderna. Esto sería su afirmación más grande en el mundo.

Y cualesquiera sean los triunfadores o los derrotados, la verdadera e irreparable derrota es la de la especie humana. Y de los vastos y desolados campos de batalla, de las ciudades en ruinas y en llamas, de

las granjas devastadas, de los hogares destruídos, de las fosas comunes do están sepultados montones de cadáveres humanos, de la inmensa legión de heridos, mutilados, inválidos, huérfanos y viudas se levanta un grito universal de espanto, un hondo sollozo de dolor, un llanto lúgubre de infinita tristeza, un formidable rugido de rabia y de venganza maldiciendo por los siglos de los siglos a los fautores de la actual gran tragedia del mundo. ¡Maldita sea la guerra!

## V

Entre las múltiples, peligrosas y vanas ilusiones que la humanidad ha padecido en los últimos años, la más común y corriente consistía en atribuir la imposibilidad de una guerra moderna al perfeccionamiento de las armas, al adelanto asombroso de la técnica de la guerra, a los monstruosos medios de recíproco aniquilamiento y destrucción. Aparentemente, el razonamiento era de una lógica perfecta, sostenido por profanos y hasta por altas autoridades militares. Se decía y repetía: Fuera locura que dos pueblos civilizados que poseen las mismas e idénticas mortíferas armas de precisión, iguales o parecidos ejércitos y marina, los mismos medios de transporte y provisión, igual ciencia táctica y estratégica, se lanzasen a la guerra. De ahí la paradójal conclusión que del mayor perfeccionamiento de la técnica destructiva dependía

la imposibilidad de toda guerra. Tal fué la opinión del capitán Bloch, opinión que ha hecho camino en el mundo. A esto se agregaba, empero: Si, a pesar de todo, la guerra llegara a estallar, ella sería de cortísima duración, rápida, casi fulminante. El choque sería tan formidable y decisivo, la destrucción tan horrenda, el aniquilamiento mutuo tan espantoso, que un clamor universal impondría la paz. En una palabra: se tenía la ilusión de que los armamentos modernos, por su enorme capacidad mortífera, harían casi imposible la guerra, y si llegara a estallar, ella sería de muy corta duración.

Ambas conclusiones resultaron erróneas y equivocadas. El colosal perfeccionamiento de la técnica destructiva no solamente no evitó la guerra, sino que la hizo inevitable, y hoy día le da su carácter de inaudita crueldad y monstruosidad. Y respecto de la duración de la misma, baste decir que a los muchos meses de conflagraciones y hecatombes, estamos como en el primer día de la guerra. A través de la información telegráfica y periodística, fragmentada, incompleta, contradictoria y confusa, se desprende, sin embargo, que ningún beligerante puede atribuirse tales ventajas sobre el adversario, que hagan pensar en la proximidad de la paz.

¿Cuánto tiempo durará esta gran tragedia? Sería muy aventurada toda hipótesis al respecto. Ningún rayo de luz rasga las densas tinieblas que envuelven la tierra. Ninguna gran voz se ha hecho oír todavía

llamando a los hombres y a los pueblos a la cordura y a la paz. Todo lo contrario. El ciclón fratricida y guerrero parece soplar con más violencia que nunca sobre la vasta hoguera del mundo. Nuevos pueblos son arrastrados en su torbellino infernal. Todos los continentes y mares están, directa o indirectamente; envueltos en la espesa humareda de la guerra, y la humanidad entera sufre y padece de sus terribles consecuencias. El mundo contemporáneo es una vasta red de comunicaciones y relaciones recíprocas, y los hombres todos de la tierra, a pesar de sus diferencias étnicas, económicas, políticas, religiosas y sociales, viven en plena comunión de intereses materiales y mentales. Las fronteras políticas y aduaneras son apenas frágiles barreras que dificultan, en beneficio de ciertos grupos sociales, las relaciones entre los pueblos, pero son incapaces de impedir las ni de suprimirlas. Y es debido a este vasto plexo social que cualquier perturbación en cualquier punto de la tierra, por más lejano que sea, repercute sobre la colectividad humana entera. ¡Cuán grave y honda es y será la repercusión si la perturbación acaece en el centro mismo del mundo, entre los pueblos más importantes de la tierra y es de la magnitud de la actual gran tragedia!

Es por esto que ningún país puede ser neutral en presencia de los graves acontecimientos que se desarrollan en el mundo. La neutralidad implica absoluta prescindencia, falta de interés en la lucha, salvaguardia de los propios intereses. ¿Dónde está el país

y el pueblo que pueden jactarse, en el actual momento, de tal estado de cosas?

Voluntaria o involuntariamente, todos participamos en la gran tragedia. Individual y colectivamente, nuestros intereses materiales, mentales y éticos sufren y se perturban. No es exagerado afirmar que desde el estallido de la conflagración europea todos los hombres hemos sufrido una gran conmoción cerebral y nerviosa. El ciclón de violencia nos ha sacudido a todos. Somos más irritables y más violentos que de costumbre. De seguro que hay más crímenes y más locura en el mundo desde que se declaró la guerra. Parece que vivimos en una época de transición, y que acontecimientos inesperados e inverosímiles por doquiera nos acechan. ¿Para qué empeñarse en una labor metódica?, ¿para qué trabajar, estudiar y luchar, cuando todo parece transitorio y provisional?

¡Tal nuestro estado físico y mental en el actual momento histórico! Empero, más que debilidad es desorientación, más que laxitud es perplejidad. Desorientación y perplejidad ante lo ignoto de los sucesos, ante las perspectivas de un mañana incierto, ante los profundos misterios que nos reserva el porvenir.

¿Cuánto tiempo durará la guerra? ¿Quiénes triunfarán? ¿La democracia o el imperialismo? ¿Cómo y en qué condiciones se hará la paz? ¿Será ella una simple tregua para, dentro de algunos años, comenzar de nuevo la lucha, o será una paz duradera y definitiva? Los pueblos, espantados de su propia obra de aniqui-

lamiento y destrucción, ¿sabrán libertarse del monstruo militarista, o, incorregibles y empecinados, volverán a caer en el error y sufrir el eterno suplicio de Sísifo?

Preguntas son estas que torturan nuestro cerebro y perturban nuestra razón. En los Tiempos Futuros, en la Historia sin Fin, ¿se repetirá el ciclo trágico de la vida en el nacer, florecer y morir de pueblos y civilizaciones? ¿O estamos en presencia de la crisis del pasado y del alumbramiento del porvenir?

No hay mal que por bien no venga, afirma el profundo sentido popular. Aceptemos esta sentencia y aguardemos los acontecimientos.

## VI

Van ya muchos meses de universal cataclismo, de horrendos exterminios y locas devastaciones, de individuales y colectivas desgracias sin fin, de horrores y locuras, de ríos de sangre y mares de lágrimas, y aún no se vislumbra ningún rayo de luz a través de las densas tinieblas de barbarie y salvajismo que envuelven y obscurecen el actual momento histórico. El ciclón de la guerra parece arrastrar en su inmenso torbellino a nuevas víctimas expiatorias, pues nuevos pueblos se alistan para entrar como actores activos en el escenario de la gran tragedia. Parece que todo hubiera naufragado en una total abdicación de ideas

y sentimientos. Las grandes voces de rebeldía se han acallado; los gestos heroicos de independencia y libertad individual han casi desaparecido; la ilusión peligrosa de la paz se ha desvanecido, ocupando su lugar la triste y horrible realidad de la guerra; y las otrora revolucionarias muchedumbres, que amenazaban altares, tronos y privilegios, son arrastradas, con fuerza fatal e invisible, como mansos y resignados rebaños, al matadero común.

Y los fautores grandes y pequeños de tamaña desgracia universal, los que en la sombra han acumulado los elementos inflamables de la guerra y con loca temeridad arrojaron la chispa y provocaron el incendio, tal vez atemorizados, si no arrepentidos, de su propia obra, tratan de disculparse ante la conciencia del mundo y ante la historia universal, inculcando al vecino de haber provocado el desastre. Ningún gobierno o pueblo en guerra cree, o finge no creerlo, haber sido él, en poco o en mucho, el culpable. A estar a los documentos oficiales — libros blancos, amarillos, rojos, azules y anaranjados, — nadie es culpable de la actual tragedia. Signo inequívoco de que todos, en grado mayor o menor, son culpables de ella. Pero nadie quiere cargar con la tremenda responsabilidad histórica de haber sido el causante eficiente de su estallido. Emperadores y reyes, presidentes y ministros, generales y conductores de pueblos, profesores y maestros, literatos y artistas, falsos representantes de Dios en la tierra y mentidos apóstoles de la paz, han contribuido

intencional, consciente y voluntariamente a la formación de una conciencia colectiva apta para la brutalidad guerrera. La escuela, si ha servido para enseñar a leer y escribir a las masas populares, ha servido y sirve también para inculcar en su mente, en forma indeleble, el culto de las glorias militares, la adoración de la fuerza bruta, la idolatría por los grandes capitanes de la historia. En la escuela común, tal como está organizada hoy día, se incuba el espíritu guerrero de las muchedumbres. El cuartel continúa e intensifica la obra nefanda de la escuela. El sufragio universal, sin el contenido de la conciencia histórica del pueblo, que crece muy lentamente, crea la ilusión de la democracia y la libertad y exalta al poder a charlatanes y demagogos, elementos de presa de la sociedad. En la enseñanza secundaria, donde empieza ya a diversificarse y elaborarse la casta dirigente, la exaltación del patriotismo agresivo raya en la cuasi locura. Y la universidad, pretendido pináculo de la cultura de los pueblos, es el baluarte del conservatismo más rancio y el almacén de sutiles diplomáticos y agresivos imperialistas. Así constituida la sociedad contemporánea, dividida en clases, castas y sectas, llevando en sus entrañas todas las contradicciones, desigualdades, supersticiones, equívocos democráticos, absurdos religiosos y falsa ciencia; sociedad así constituida, de abajo arriba y de arriba abajo, debe respirar violencia y brutalidad por todos sus poros. Se ha sembrado vientos y se recoge tempestades. Y la gue-



rra no es sino la síntesis y la culminación de todas las falsedades y contradicciones de la actual organización social.

Pero donde más y mejor se patentiza y evidencia la universal mentira e hipocresía de las clases dirigentes y privilegiadas, es en el comentario asaz equívoco e intencionalmente tortuoso que sus órganos de la prensa hacen respecto del socialismo y la guerra. Porque los partidos socialistas de los países beligerantes no pudieron evitar la guerra, los pontífices de la anarquía capitalista y los profesores de la violencia colectiva declaran ufanos la bancarrota del socialismo. Parecería que el mundo capitalista hubiera cifrado sus únicas esperanzas de paz en las huestes socialistas, y fingen amargo desencanto porque éstas no pudieron cumplir su promesa. ¿Acaso hay necesidad de hacer recordar a estos tartufos de la paz que, en vísperas mismas de la gran tragedia, el socialismo internacional ha empeñado sus mejores hombres y su más intensa acción en evitar la catástrofe, y que esta actitud inteligente y humana le ha valido el mote de "traición", y ha costado la vida a su adalid más esforzado y concienzudo? Cuando los socialistas denunciaban en todos los parlamentos del mundo la locura armamentista de los gobiernos como causa inevitable de los futuros cataclismos, cuando los socialistas agitaban a las masas populares contra el juego peligroso y criminal de la paz armada, cuando en congresos socialistas nacionales e internacionales se formulaban ardientes votos de paz

y se trataba de arbitrar medios y organizar una acción eficaz contra la guerra, las clases gobernantes y privilegiadas lanzaban, por medio de su prensa rica, la voz de alarma contra los “sin patria” y denunciaban la actitud de los socialistas como peligrosa para la integridad y seguridad nacionales. ¡Ayer los socialistas eran los “traidores” porque querían evitar la guerra, y hoy están en bancarrota porque no han podido evitarla! ¡Tal el razonamiento audaz y temerario de los que han soplado y soplan aún sobre la hoguera del mundo!

Las previsiones del socialismo, desgraciadamente se han cumplido. El militarismo ha hecho crisis y la paz armada, como seguro contra la guerra, está en quiebra. Nadie lo puede negar. Y sordos y ciegos son todos aquellos que todavía no quieren oír ni ver en la actual gran tragedia, la crisis y la liquidación de un régimen social.

Y si los partidos socialistas de los países beligerantes no han podido impedir la guerra, no es porque les haya faltado razón y voluntad, sino porque aun son débiles, de poca o ninguna influencia en los negocios de los estados, y no han tenido la fuerza material suficiente para oponerla, con alguna probabilidad de éxito, a la barbarie militarista. Por otra parte, el ciclón de la guerra se ha desencadenado sobre la Europa atónita con tal celeridad y violencia, que ha sorprendido y desorientado a los mejores amigos de la paz, paralizando toda resistencia colectiva contra la

guerra; y una vez desencadenada ésta, cualquier oposición, sobre todo en los primeros meses de la borrachera general, sería un sacrificio asaz inútil y demasiado peligroso.

Con esto no pretendemos justificar algunas cobardías colectivas y muchas deserciones individuales en el seno del socialismo internacional. Tal sucede, en todos los tiempos y en todos los países, en las grandes crisis sociales. En época de paz y de bonanza, es imposible distinguir entre el socialista verdadero y el charlatán, que medra a expensas del partido. ¿Y cuántos malos elementos se habrán introducido, o los gobiernos habrán hecho introducir, en las filas de los partidos socialistas europeos?

Pero esto no amengua ni menoscaba la doctrina, la teoría, el movimiento en su conjunto, y la acción colectiva de todos los días. En el actual momento histórico, el socialismo internacional es la verdadera garantía de una paz futura y la única tabla de salvación en el naufragio universal de todos nuestros valores éticos y sociales.

La guerra es horrenda y cruel, bárbara e inhumana, y por eso agita y remueve las entrañas mismas de las colectividades humanas. Después de una guerra como la actual, vendrá fatalmente la revisión de la tabla de todos los "valores". Y en la próxima llamada a cuentas a los autores de la actual gran tragedia y en la futura revisión de nuestros valores, el socialismo será llamado a desempeñar un rol preponderante

en la historia. Y al mismo tiempo que él mismo hará una revisión de sus propias teorías y una purificación en sus propias filas, purificará también a la humanidad de sus pasadas crueldades y seculares errores.

## VII

Como en los remotos tiempos de la prehistoria humana, cuando "tribus" y "gens" en perpetuo estado de lucha biológica se destrozaban y devoraban mutuamente; como en las lejanas épocas del salvajismo, cuando los hombres-bestias, habitantes de bosques y cavernas, hirsutos y peludos, peleaban con las fieras y con sus semejantes; como en la homérica leyenda de la toma de Troya, cuando la astucia ayudaba o vencía a la fuerza bruta; como en los tiempos de la imperial Roma, cuando sus bárbaras legiones asaltaron, incendiaron y destruyeron a Cartago; como en los tiempos lúgubres de Breno, Atila, Tamerlán y Genkiskhan, cuando sus hordas asiáticas devastaron y asolaron comarcas enteras, así, en el actual momento histórico, en la llamada época de "civilización", pretendidos pueblos "cultos", vueltos a la barbarie ascencial e impulsados por instintos atávicos de muerte y destrucción, se aniquilan y devoran, se matan y destruyen, devastan comarcas e incendian ciudades; y poseídos de un verdadero furor homicida, son autores y actores de la tragedia más vasta y sangrienta que registra la historia universal.

Más que una guerra entre distintos pueblos rivales y antagónicos; más que una guerra civil — como algunos la califican — entre naciones de igual civilización y cultura, por la violencia de los instintos desencadenados, es una verdadera guerra biológica entre razas y pueblos que chocan ciegamente. Y si los instrumentos de destrucción han evolucionado, progresado y cambiado; si el arco, la flecha y la lanza han sido substituídos por el máuser, la ametralladora y el cañón; si la piragua se transformó en el superdreadnought; si el genio técnico del hombre inventó el submarino y el aeroplano, el instinto guerrero no ha evolucionado ni cambiado ni progresado en un solo ápice. Aun hoy sus batallas se resuelven en el salvaje asalto a la bayoneta, en la lucha brutal de cuerpo a cuerpo en que, cual fieras, los soldados se hincan los dientes y se hunden las garras, mutilándose y estrangulándose recíprocamente; y cual topos o trogloditas, los combatientes viven bajo tierra, y fieros, hirsutos y peludos, vuelven a ser los hombres-bestias de la prehistoria, habitantes de bosques y cavernas en perpetua y cruel lucha biológica.

Pesan aún sobre los hombres y pueblos la herencia y el atavismo ascentrales de sus remotos y salvajes antepasados. Lágrimas y sangre regaron la historia de los pueblos. Como la sombra al cuerpo, así, desde el simbólico fratricidio de Caín, la violencia ha acompañado al hombre. El militarismo, más que causa, es efecto de la brutalidad de nuestra especie. El derecho,

la justicia y la razón, están aún en pañales, y son todavía incapaces de resolver los conflictos entre pueblos y razas. La “última ratio” es todavía la fuerza. Y esta verdad dolorosa se comprende fácilmente si se piensa en la infancia del hombre sobre la tierra. Las grandes épocas de su historia son el “salvajismo”, la “barbarie” y la “civilización”. Y según cálculos más o menos aproximados, el “estado salvaje” duró sesenta mil años, el “estado bárbaro” treinta y cinco mil ¿y el “estado civilizado”? : apenas cinco mil años.

Hace treinta y cinco años, refiriéndose al progreso técnico, Engels decía: “Cuán joven es aún la historia humana entera, y cuán ridículo sería querer atribuir una validez absoluta cualquiera a nuestras vistas actuales, se deduce del simple hecho de que hasta hoy día la historia puede ser designada como historia del espacio del tiempo que media entre el descubrimiento práctico de la transformación del movimiento mecánico en calor, hasta el de la transformación del calor en movimiento mecánico”. Si esto es verdad en lo técnico, no lo es menos en lo ético. La humanidad se desprende muy lentamente de su atávica brutalidad, retornando a ella de vez en cuando. Es el tributo que el hombre paga a la bestia. ¡Cinco mil años de estado de civilización! ¡Qué son, frente a noventa y cinco mil años de salvajismo y barbarie! Convengamos que es una explicación de la actual tragedia y un consuelo para el porvenir...

\* \* \*

No sólo por la magnitud de la tragedia, por la inmensidad del escenario y por la violencia de la lucha, la actual guerra se diferencia de todas las anteriores, sino — y característica esencial para nosotros — por la cuasi unanimidad con que los distintos pueblos participan voluntariamente en ella. Jamás en ninguna guerra hubo tanta unanimidad nacional. En la guerra franco-prusiana de 1870 — para no remontarnos lejos — en Francia los republicanos y socialistas, y en Alemania los socialistas solos, denunciaron la guerra como un crimen colectivo; produciendo la derrota del imperialismo francés, el triunfo de la república en aquel país, y el triunfo del militarismo prusiano la condena a cinco años de fortaleza de los dos primeros diputados socialistas alemanes: Liebknecht y Bebel.

La guerra angloboer tuvo en la misma Inglaterra una poderosa oposición, siendo uno de sus decididos adversarios el actual ministro de hacienda, Lloyd George, valiéndole esta actitud una verdadera persecución nacionalista, habiendo tenido que huir, protegido por la policía y saltando cercos, de una reunión popular para no ser lapidado. La guerra rusojaponesa ha tenido en Rusia una oposición formidable, datando desde aquella fecha las nacientes libertades del pueblo ruso.

Pero en la actual guerra europea — salvo pocas oposiciones, tímidas y débiles, como la de Liebknecht en Alemania, de los diputados socialistas en Rusia, de George Bernard Shaw y algunos socialistas en Inglaterra — reina unanimidad desconcertante. El partido socialista oficial de Alemania apoya al gobierno imperial de Guillermo II; el socialista ortodoxo Jules Guesde, que durante toda su vida ha denunciado y combatido como una herejía peligrosa la participación de su partido en el gobierno burgués, para apoyar mejor la guerra, es ahora ministro del presidente nacionalista Poincaré; Emilio Vandervelde, líder del socialismo belga, es ministro de relaciones exteriores del rey de los belgas; el marxista ruso Plejanoff defiende desde las revistas y periódicos, la participación de Rusia en la actual guerra, observando igual actitud el anarquista Kropotkine. Los sindicalistas franceses — antimilitaristas y antipatriotas — suspenden sus hostilidades hacia la burguesía y se alistan en las filas del ejército, haciendo lo mismo los anarquistas.

¿A qué se debe tan desconcertante unanimidad, aun de parte de aquellos que en vísperas mismas de la guerra la maldaban y la denunciaban como un horrendo crimen colectivo?

¿Será porque cada pueblo se cree el agredido y la víctima de las ambiciones del vecino, y que cada uno está convencido de defender el derecho y la justicia? A nuestro entender, esta explicación es insuficiente. Si dentro de cada nación hubieran existido antagonis-



mos irreductibles de clases y partidos, la agresión exterior no hubiera bastado para suprimirlos y producir la actual unanimidad nacional en la guerra. Es que la vida nacional europea casi se ha unificado y homogeneizado antes de la guerra.

El sufragio universal igualando y dando posibilidad a todos los ciudadanos de formar y participar en el gobierno de su país; la instrucción pública obligatoria y universal suprimiendo el analfabetismo; la legislación social progresiva protegiendo y dando seguridades de vida a los débiles y desheredados, han suprimido los antagonismos irreductibles de clase, dando mayor unidad y homogeneidad a la vida nacional. Si tales “antagonismos irreductibles” existían antes de la guerra en la mente y en el lenguaje de algunos revolucionarios y políticos, la guerra ha demostrado que la democracia es la gran unificadora de la nación, como la tiranía y la oligarquía la dividen y debilitan. Para nosotros la cuasi unanimidad de los pueblos en la actual guerra proviene de la democratización de sus instituciones políticas y del bienestar creciente de sus masas populares, agregado a la creencia de ser los agredidos y no los agresores, y los defensores del derecho y de la justicia en el mundo.

Si la democracia dentro de la nación unifica la vida nacional y suprime los antagonismos irreductibles de clase, el triunfo de la democracia internacional unificará la vida de los pueblos, suprimiendo sus pre-

tendidos antagonismos de raza y nación, y asegurará la concordia y la paz en lo futuro.

\* \* \*

En pleno caos del mundo, a través de las densas tinieblas que cubren y envuelven momentáneamente la razón y el sentimiento del hombre, se vislumbra incierto aún, un débil rayo de luz y de esperanza: empieza a hablarse de paz.

Noticias vagas, rumores imprecisos, deseos indefinidos, colectivas y anónimas aspiraciones que comienzan a difundirse y a circular en el mundo, traducen el principio de negociaciones entre los estados para concertar las bases para la paz próxima.

El estado actual de la guerra es de equilibrio de las fuerzas en lucha. Tal situación conducirá al agotamiento de hombres y recursos de los beligerantes si nuevas fuerzas internas o externas no vienen a inclinar el fiel de la balanza en uno u otro sentido. Una revolución interna — cosa improbable — o la intervención de una gran potencia neutral—cosa posible (1) — podrían dar con enorme sacrificio, probabilidades de triunfo a alguno de los bandos. ¿Es esto deseable? ¿El aplastamiento de los imperios centrales no sería

---

(1) Después de escritas estas líneas, la gran revolución rusa y la participación de los Estados Unidos en la guerra ha cambiado, evidentemente, la situación de los beligerantes.

el nuevo germen de futuras guerras sangrientas? ¿No será preferible para el porvenir del mundo, que no haya triunfadores ni derrotados, para que no nazcan nuevos odios, y para demostrar a los pueblos, con la cruel y terrible experiencia de la guerra, la inutilidad del militarismo, no habiendo podido asegurar el triunfo ni siquiera la máquina militar más potente que hayan visto las edades: el militarismo prusiano? ¿El triunfo de las armas no será la exaltación paroxística de chauvinismos peligrosos y una grave amenaza para el porvenir?

Ciertamente, nuestras más profundas simpatías están con los débiles, con los pacíficos, y con los agredidos. La suerte de la heroica Bélgica nos conmueve e inquieta, y ansiamos el triunfo del derecho y la justicia. Pero, consideradas las cosas como son, tal vez no convenga al mundo ni la soberbia teutónica, ni la jactancia gala, ni la astucia anglosajona, ni el empuje bárbaro de los eslavos.

Los rumores de paz responden a un vivo anhelo universal. ¡Que retorne la paz a los pueblos aniquilados y acongojados por la barbarie de la guerra, es la plegaria profana de todos los corazones y el pensamiento obsesionante de todas las mentes! No la mentida paz armada, que ha conducido fatalmente a la guerra, sino la paz verdadera, la que conduce al desarme y al arbitraje obligatorio y universal.

Y la participación activa de los socialistas en la actual tragedia asegura las bases de una paz sólida y

duradera. Pese a los mentecatos del nacionalismo agresivo que presagian la bancarrota del socialismo, seguros estamos de que éste, después de la guerra, tendrá mayor importancia e influencia en los destinos de la humanidad.

¡Sobre la hoguera del mundo soplan leves brisas de paz, trayendo sobre sus ligeras alas dorados sueños de Porvenir! ¡Que los torrentes de sangre derramada nos rediman de nuestra brutalidad ancestral! ¡Que después de este colosal cataclismo la humanidad despierte de su fatal pesadilla: la guerra! ¡Brisas suaves, fragantes y primaverales, traednos cuanto antes la bendición de la Paz!

### VIII

No es de mi intención discurrir, a esta altura de la guerra, acerca de las causas de la misma, ni investigar por milésima vez quiénes han provocado y desencadenado sobre el mundo la inmensa catástrofe sin igual. Ya hay una conciencia hecha sobre la cuestión. La humanidad está dividida en dos campos opuestos e irreductibles: los germanófilos, que son minoría, y los aliadófilos, que son mayoría. Es inútil convencer a unos o a otros, pues no los divide la razón, sino el sentimiento, y el sentimiento no se discute.

A un germanófilo, partidario de la fuerza física y de la organización mecánica del mundo, nadie podrá

convencer, por más razones que se aduzcan, de que el principal culpable de la gran tragedia es el militarismo prusiano, quien la preparó y provocó. Por otra parte, niego que frente a la tragedia actual del mundo haya neutrales. Nadie es neutral en este momento histórico. Los que creen ser neutrales, son en el fondo partidarios de unos u otros, y no lo quieren confesar ya por razones aparentemente teóricas y que en el fondo son dogmáticas, o ya por razones de ingenuidad fronterizas de la tontería. No hay neutralidad sino flojera y cobardía individual y colectiva.

Pero estos son problemas dilucidados ya, o que no se dilucidarán jamás. Vivimos en un instante de inaudita brutalidad en la historia de nuestra especie. Impera y decide, por el momento, la fuerza física. Pero, y por eso mismo, es absolutamente indispensable afirmar con más vigor que nunca los principios del derecho y de la justicia frente a la "fuerza física" de los pueblos en guerra. Y son los pueblos neutrales quienes deben afirmar estos principios, y dentro de los pueblos neutrales son los socialistas quienes tienen más derecho para afirmarlos.

De sobra sabemos que la guerra es, desgraciadamente, la abolición de toda ley. Sin embargo — y no es paradoja, — la misma guerra está sometida a leyes o reglas. Estas leyes impuestas a la guerra han sido un gran paso dado en el camino del progreso, de la razón y de la justicia. Que estas leyes existieron y existen aún, no necesita mucha demostración. Antaño se

degollaba a los prisioneros, hoy no se les degüella; antaño, a los no combatientes — mujeres, ancianos y niños, — o se les reducía a la esclavitud o se les pasaba a cuchillo; hoy no sucede eso. Antaño la propiedad de un territorio conquistado pasaba a manos de los conquistadores; hoy aun éste respeta el derecho de propiedad. Y muchas cosas por el estilo.

Empero, el militarismo alemán infringió estas leyes de la guerra desde su comienzo, cometiendo con ello un crimen mayor que la misma guerra, si ello es posible.

La invasión y la conquista de Bélgica — cuya neutralidad estaba garantizada por el mismo gobierno prusiano, — jamás tendrá justificativo ni disculpa ante el tribunal de la historia. Llamar a los tratados internacionales “pedazos de papel”, sin valor alguno, es desconocer todo principio de derecho y de justicia. La guerra es una cosa demasiado monstruosa para que nos sorprenda cualquier monstruosidad “entre los combatientes”. Pero no así entre los no combatientes. Y el militarismo alemán cometió monstruosidades sin nombre con poblaciones indefensas y no combatientes. Los hechos son, por desgracia, demasiado conocidos para necesitar ser relatados nuevamente.

Afirmar que cuanto más cruel es la guerra, más humana es, porque abrevia su duración, es afirmar una brutalidad sin nombre. Y esto lo afirman los gobernantes prusianos.

La última monstruosidad del militarismo alemán es la deportación de los obreros belgas. Es una verdadera reducción a la esclavitud, y un doloroso y cruel retorno a los tiempos más sombríos de nuestro sombrío pasado. Y es sobre esta nueva brutalidad de los Hohenzollern que es necesario llamar la atención de los hombres libres del mundo y apelar a la conciencia de los pueblos neutrales, — sobre todo de los socialistas, — si esta conciencia no ha sido endurecida y atrofiada aún por las brutalidades de la guerra.

Los martirios del pueblo belga parecen no concluir. Invasión, destruida, devastada, aniquilada, incendiadas sus ciudades y asesinados en gran parte sus habitantes, aislada totalmente del resto del mundo, la pequeña Bélgica — otrora floreciente, laboriosa y pacífica — es hoy el símbolo de la tragedia y el testigo mudo e inexorable de la monstruosidad del militarismo prusiano. Pero la desdichada Bélgica no apuró aún todo el cáliz de la amargura. Y lo está apurando ahora. So pretexto de la desocupación de su pueblo el conquistador brutal deporta a millares de obreros y los obliga a fabricar en Alemania, armas y municiones: armas y municiones para matar a sus propios hermanos y padres que pelean y luchan en las trincheras de Flandes en pro de su independencia y libertad!

¿Adónde va el militarismo prusiano? Después de la comedia de la independencia de Polonia, cuyo objeto único es reclutar soldados polacos y llevarlos al

campo de batalla, viene la tragedia de la reducción a la esclavitud de los obreros belgas.

¡Basta de neutralidad, porque ella es sinónimo de cobardía y de complicidad! La conciencia de los pueblos neutrales no puede tolerar este hecho inaudito.

No pedimos la declaración de guerra. No. Pedimos la protesta universal y enérgica contra la esclavitud del pueblo belga, de los obreros belgas, hermanos nuestros en la desgracia y el dolor. Pedimos a los socialistas que, en nombre de “los altos principios de derecho y justicia”, levanten su voz de anatema para los verdugos de los obreros belgas.

¡Protestas platónicas! — dirá algún tímido neutral. Ninguna protesta es platónica si ella es justa y necesaria. Ninguna voz, por más débil que parezca, se pierde, si esta voz se levanta en nombre de los principios del derecho y de la justicia. Ningún esfuerzo es vano, si va dirigido en defensa de los débiles y de los oprimidos. Protesta, voz y esfuerzo que se proyectan en el espacio y el tiempo y se convierten en universales y eternos.

Afirmemos ante el mundo y ante la historia nuestra solidaridad con los obreros belgas reducidos a la esclavitud por el conquistador brutal, y maldigamos nuevamente la guerra y a sus fautores, fuente de todo crimen, crueldad, ruina, miseria y perversión de todo sentimiento de justicia y de derecho.



## IX

Espanta, horroriza y desconcierta el momento histórico actual de la humanidad, Ante el imponente espectáculo de un mundo que se derrumba y de una civilización que naufraga; ante la trágica visión de pueblos que se exterminan, de naciones que desaparecen, de razas que se aniquilan; ante el cuadro horrendo de ciudades en llamas y ruinas, de mares de lágrimas y torrentes de sangre; ante la desconsoladora realidad del monstruo de la guerra, que en la tierra, en el agua y en el aire destruye, devasta y aniquila; ante la orfandad, la viudez e invalidez que pueblan la tierra de desgracias sin fin; ante todos los horrores y martirios físicos y morales de millones de seres otrora felices; y ante lo interminable e incalculable de la más vasta tragedia del hombre, nuestros propios problemas locales y actuales pierden importancia y trascendencia; podría decirse, casi, que se convierten en pequeñas y mezquinas rencillas caseras que se esfuman y eclipsan ante los siniestros resplandores del gran incendio del mundo.

¿Acaso no vive la humanidad un período histórico de cambio y mutación? ¿Todo lo que sucede ahora, no es, por fortuna, pasajero, transitorio y efímero? ¿Puede concebirse lógicamente que después de la gran tragedia los negocios del mundo — hombres y pueblos — seguirán el rumbo de antes? Nadie pone en duda el advenimiento de un cambio trascendente, hondo y du-

radero. De la conflagración de razas y pueblos, del choque violento de modos de pensar y de sentir, de la brutal lucha de maneras de concebir la libertad y el progreso, surgirá una civilización distinta, síntesis nueva para la conducta individual y colectiva del porvenir.

Si así no fuera, habría que desesperar y renegar de nuestra propia especie. Las grandes crisis históricas, por más dolorosas y trágicas que hayan sido, fueron precursoras de nuevas formas de organización social. Guerras y revoluciones han sido siempre nuncios seguros de un nuevo orden de cosas en el mundo. Y la actual guerra — la más vasta y cruel de la historia — no puede hacer excepción a la regla. En sus entrañas se está elaborando, en sangre y fuego, el mundo de mañana. ¿Cuál será éste?

\* \* \*

Cuando el imperio romano, fundado sobre el derecho de la fuerza y de la brutalidad de la conquista, llegó a su decadencia, un nuevo principio moral—que no otra cosa fué el cristianismo en sus comienzos — basado sobre la fuerza del derecho y el reinado de la justicia vino a substituirlo en el mundo. Pero la substitución no fué total ni completa. Causas sociales e históricas mezclaron paganismo y cristianismo — fuerza y derecho, — produciendo la paradójal civilización

occidental que ahora hace crisis en el mundo. Júpiter y Jesús — soberbia real y fingida humildad — gobernaban a hombres y pueblos. El guerrero medioeval que mataba, lo hacía en nombre del evangelio, como lo hace hoy todavía algún militar teutón invocando la protección de su “viejo dios”, el soldado ruso la cruz, algún inglés la Biblia y algún italiano en nombre de la virgen. Chocan actualmente en forma cruel y sangrienta — como en los tiempos del mundo romano — los dos conceptos antagónicos e irreductibles: el imperio del derecho de la fuerza o de la fuerza del derecho. La organización social de mañana estará basada, a no dudarlo, sobre el último concepto. El socialismo de hoy, más positivo y más científico que el cristianismo de ayer, es la gran fuerza material y ética que en la futura paz inclinará el fiel de la balanza del lado del imperio de la fuerza del derecho y de la justicia entre hombres y pueblos.

De ahí saldrá el principio inviolable de la nacionalidad. Todo grupo humano étnica, económica o políticamente vinculado podrá, si así lo deseara, constituirse en estado autónomo y libre, sin que nadie pueda impedirlo. La conquista y la anexión de territorios quedarán suprimidas del derecho internacional. Para el progreso y la libertad hay real ventaja en la existencia de pueblos y estados pequeños con sus características especiales y peculiares en el orden material, mental y ético. Pero para que el principio de la nacionalidad sea realmente inviolable y no constituya

un nuevo germen de discordias, violencias y guerras, debe ser acompañado del principio de internacionalismo: Naciones autónomas y libres, unidas en un vasto plexo internacional de intereses materiales y morales. La actual gran tragedia se debe principalmente al deseo de predominio de algunos pueblos sobre otros. La falta de internacionalismo condujo a la violación del principio de nacionalidad. Nacionalismo e internacionalismo no solamente no son conceptos antagónicos, sino que se completan e integran. Por eso los partidos socialistas, al afirmar y practicar el internacionalismo, afirman y practican el mejor nacionalismo. Son su más sólido sostén. La organización social de mañana estará basada sobre esos altos principios de solidaridad nacional e internacional.

Pero, para que tales principios no sean utópicos, abstractos y, por ende, inconducentes, necesario será que al mal llamado proteccionismo lo substituya el librecambio. Los aranceles, las tarifas y las aduanas, creados y sostenidos por pequeños grupos de privilegiados y parásitos, son los verdaderos causantes de las guerras. Para afianzar en el mundo la paz, la justicia y el bienestar de hombres y pueblos, es necesario abolir las tarifas protectoras y los aranceles aduaneros. Que en el mundo circulen las cosas y los hombres con la misma libertad. El librecambio será una de las bases angulares de la futura paz.

Triunfará mañana el principio de la solidaridad y el colectivismo sobre el principio del individualismo

ciego y destructor. En un plexo social, donde todos dependen de todos, sostener el dogma del individualismo es cometer un crimen de lesa colectividad. Y no hay que confundir el principio de libertad individual — principio sagrado de la democracia — con el dogma del individualismo. Este crece y prospera sobre la tumba de aquél. No hay libertad individual posible sin una amplia solidaridad colectiva.

En la especie humana hubo, hay y habrá animales de presa. Son éstos los que profesan el dogma del individualismo. La colectividad tiene el derecho y el deber de reducirlos a la impotencia. En la actual tragedia del mundo el individualismo ciego y destructor hace crisis definitiva. Mañana se impondrán el colectivismo y la solidaridad.

Para que estos principios se impongan y triunfen habrá que asegurar mañana en todos los pueblos el ejercicio amplio del sufragio universal. Que las leyes y los gobiernos de cada nación sean el producto de la voluntad consciente, libremente manifestada, de sus hombres y mujeres adultos. Que el sufragio universal extienda su imperio a las reglas y tratados internacionales, y con él desaparecerán la diplomacia secreta y la intriga de cancillería, causantes en buena medida de la actual tragedia. Y para que el sufragio universal sea consciente y, por ende útil y eficaz, hay que asegurar la instrucción primaria a todos los seres humanos.

Y todos estos fundamentos básicos de la organización social de mañana serán coronados por el principio del arbitraje aplicado con ciencia y conciencia a todos los conflictos internos y externos, para que haya paz y armonía en la vida nacional e internacional.

\* \* \*

¿Todas estas grandes reformas sociales han podido implantarse en tiempo de paz, sin la actual grave crisis de la humanidad? Teóricamente, sí; prácticamente, no. Las nuevas formas de organización social surgieron siempre de grandes guerras o revoluciones, o de ambas cosas a la vez. Las fuerzas de reacción y de atraso necesitan ser batidas por la fuerza: de otro modo no ceden. Y en el aparente caos de la actual conflagración se baten a muerte las fuerzas de reacción contra las fuerzas del progreso.

Grande consuelo es esperar que de los escombros humeantes del actual mundo, que con tanto estrépito se está derrumbando, surja un mundo nuevo de más Justicia, más Verdad y más Belleza.

Y frente a estos grandes y graves problemas eternos y universales, ¡cuán pequeñas e insignificantes resultan muchas de nuestras pequeñas y mezquinas rencillas locales y actuales! ¡Pero también ellas deben ser resueltas con equidad y justicia!

X

(Discurso pronunciado en el tercer Congreso Extraordinario del Partido Socialista el 29 de Abril de 1917.)

Tengo por costumbre usar de un poco de buen humor, sobre todo en los momentos más trascendentales y trágicos de la vida individual y colectiva. Porque, ciudadanos, el buen humor, la sonrisa o la risa franca, más que la razón adusta, desinfla muchos globos, desarma argumentos capciosos y reduce las cosas a su verdadero valor. Y empezaré con este mi método, por mi estimado compañero Bunge: él afirmó que Don Quijote o jamás ha existido o ha mucho que murió; y yo digo que no sólo ha existido, sino que existe y existirá siempre y jamás morirá.

Y es bueno que Quijote ande por el mundo, ciudadanos, porque es bueno y noble defender un gran ideal; y estoy seguro de que esta muchedumbre que llena la barra de nuestro congreso no sólo busca conquistas materiales, que son muy importantes, sino que también en el fondo de su espíritu defiende un gran ideal de justicia humana que es el quijotismo llevado a su más alto grado. ¡Haré, pues, de Quijote en este congreso!

Yo siempre he dicho — hace veinte años que lo estoy diciendo, nos hemos encanecido diciéndolo, tal vez desde antes que naciera el joven Palcos, — he dicho siempre: en primer término, el estómago, y en se-

guida el cerebro; pero el estómago para que sirva al cerebro; las conquistas materiales para defender mejor un gran ideal de justicia, de verdad y de belleza. Y la clase obrera, la masa proletaria el día que olvide el ideal, el día que olvide el derecho y la justicia, aquel día, ella y el Partido Socialista — que es su expresión política — serán un conglomerado de apetitos inconfesables, de ambiciones desenfrenadas; nos vamos a devorar a nosotros mismos, como aquel dios mitológico que engendraba hijos y se los devoraba.

Tenemos nosotros los viejos del Partido — y no es una virtud, sino un hecho, — tenemos el derecho de decir la verdad; —y más que el derecho, el deber de decir la verdad, lo que nosotros creemos ser la verdad (*interrupciones en la barra*). Advierto a la barra que a mí me gustan las interrupciones, porque algunas son muy ingeniosas, otras ingenuas, pero casi siempre espontáneas, y yo acepto gustoso cualquiera interrupción, siempre que el honorable presidente (*risas*) lo permita.

Adviento a los delegados que nos sería, a los diputados, muy cómodo no haber dicho nada. Estaríamos tranquilos en nuestras casas, con nuestros hijos, tal vez en el cinematógrafo o paseando por alguna parte tomando sol y aire; pero hemos preferido hablar porque hemos creído indispensable hablar y porque nos gusta la tormenta de sentimientos y de opiniones porque consideramos que el choque de ideas es fecundo para la vida de nuestro partido. No hemos prefe-



rido la quietud, no hemos preferido el “dolce far niente”. (*Interrupciones: ¡al tema! — ha hablado ya media hora*).

¡Más que nunca estoy en el tema! Tengo el derecho y el deber de decirles la verdad y la diré a despecho de los interruptores...

Siempre he creído, trabajadores y ciudadanos, que el Partido Socialista en la Argentina, por razones múltiples, tiene una doctrina y una acción superiores a muchos partidos del viejo continente. Y esto sucede porque no tenemos aquí tradición de ninguna clase, ni siquiera socialista (hemos nacido a la vida política en un país de falta absoluta de toda tradición y nos hemos desarrollado en un ambiente que calificó bien Justo de internacional); han colaborado en la elaboración de nuestra doctrina y método de acción todas las mentalidades y todos los sentimientos, y por eso somos más capaces que muchos socialistas europeos y norteamericanos; y sostengo que en el caso actual el Partido Socialista ha procedido con más inteligencia y valentía, con más sentimiento real de su responsabilidad que los partidos socialistas europeos y el norteamericano. Mientras a los partidos europeos los acontecimientos los han tomado de sorpresa, los han envuelto en su torbellino trágico y los han paralizado en su acción, nosotros vamos al encuentro de los acontecimientos, tomamos al toro por las astas... (*Violentas y prolongadas interrupciones*). No hemos querido permanecer neutrales

e inertes ante los acontecimientos que nos amenazan, porque considerándolos antes, muchas veces, se los puede evitar, y cuando ocurren, ya se sabe lo que hay que hacer. Tal fué la actitud del grupo parlamentario. Esta es la razón por qué hemos opinado antes de que las cosas sucedieran...

Y aquí me permitirán los delegados hacer una digresión respecto a una opinión que es necesario destruir. He oído decir, fuera y dentro del congreso: ¿pero la Argentina no puede prescindir del comercio exterior y no podemos bastarnos a nosotros mismos? Es esta una tendencia estrechamente conservadora; la he oído sostener al diputado Demarchi, ex presidente de la Unión Industrial Argentina; y me ha asombrado escucharla también en boca del delegado socialista de Catamarca, por ejemplo, quien decía: “¿Y por qué no nos podemos bastar a nosotros mismos? Si no se exporta el trigo y la carne, comeremos la carne y el pan más baratos”.

Es necesario destruir este modo de ver, porque hay en él un gran error teórico y un grave prejuicio de orden práctico; y lo más extraordinario es que he oído sostener lo mismo a internacionalistas rabiosos. No lo entiendo: o soy duro de entendimiento o no se comprende cómo se puede ser internacionalista y decir que cada país debe bastarse a sí mismo. Yo he oído decir una vez a mi buen compañero Rodríguez, internacionalista furioso y delegado por Ituzaingó: “los parlamentarios socialistas no entienden nada de zapatos (porque él

es zapatero y los diputados no); ustedes debieran votar el impuesto a la importación de calzado porque eso favorecería la industria nacional. Yo pienso que se puede ser internacionalista y votar un impuesto a los botines”.

Esto se debe a una gran confusión en la cabeza de muchos ciudadanos, y es necesario explicar bien la cuestión: el mercado tiene dos aspectos; en el mercado no solamente se vende sino que también se compra. Son los dos aspectos inseparables del comercio, y los argentinos necesitamos comprar tanto como vender.

Si nosotros necesitamos comprar del mundo entero, necesitamos vender al mundo entero. Es la única forma de hacer el intercambio internacional. La idea de bastarse a sí mismos es un grave error teórico y en él incurren hombres de la talla del anarquista Kropotkine, quien, en su libro “Campos, Fábricas y Talleres”, sostiene que cada país debe bastarse a sí mismo, desconociendo en absoluto la importancia del desarrollo del comercio internacional.

Para mí, ciudadanos, lo único material y positivo que ahora hay — aun en tiempo de guerra — de internacionalismo en el mundo, es el comercio internacional, es el cambio de cosas a través de todos los continentes y fronteras, trabadas todavía por las aduanas que los socialistas combatimos.

Nosotros hemos afirmado siempre: queremos que en el mundo los hombres y las cosas circulen con la misma libertad; porque hay una paradoja en el mun-

do: los hombres pueden circular libremente y las cosas no.

Me acuerdo haber leído un artículo de Rudyard Kipling, poeta imperialista inglés, quien cantaba la carga del hombre blanco, que según él tenía la tarea de civilizar al amarillo y al negro. Y ante esta guerra, que ha puesto patas arriba al mundo entero, Rudyard Kipling se dice: ahora somos muy hermanos con los franceses, tal vez más que hermanos, pues hay una verdadera fusión de razas anglo-francesa y es posible que surja un nuevo tipo humano interesante, porque los soldados ingleses que están en Francia, además de comer, necesitan hacer otras cosas... (*Risas*). Pero mañana, cuando termine la guerra y yo, escribía Kipling, quiera ir a Francia, la aduana me dejará entrar a mí y no a mi valija...

Es una cosa fundamental, que los socialistas debemos entender bien y con claridad: lo único positivamente internacional que existe en el actual momento histórico es el comercio. Ahora, por incapacidad colectiva, es manejado por capitalistas, mañana será manejado por las cooperativas libres, y hay que defender con energía el comercio libre en el mundo.

Yo considero este congreso como un gran espectáculo democrático, y no me asustan los gritos y las protestas. Yo desafío a cualquier partido que haga lo que hacemos nosotros: discutir con tanta altura, con un concepto tan general este tema escabroso... Es, pues, halagador y simpático tal espectáculo. Al salir

ayer de este congreso me encontré con un grupo de trabajadores, y, entre ellos, un hombre que me ha impresionado mucho. Tengo una debilidad de orden literario: me gusta observar los tipos estéticamente, me agrada verlos desde el punto de vista artístico y poético, porque aún en el más feo, como yo, por ejemplo, hay algo de artístico y de poético... (*Risas*). Y ví, compañeros, a un hombre alto, robusto, fuerte, de manos callosas, que me impresionó como una especie de Hércules; habló a varios delegados y les dijo:

“Yo soy marino, y si no navegan los barcos en el mundo, yo me muero de hambre, y si yo me embarco, me hunden los submarinos”.

Este hombre impresionó a los que le oyeron. Testigos de lo que refiero, son la compañera Begoña y otros delegados. Un delegado le aconsejó: “Vaya, amigo, y tome pan de cualquier panadería”. Y el hombre contestó: “Me van a mandar preso. Ustedes, por temor de que no se hunda algún destroyer, prefieren que nos hundan a nosotros, marineros indefensos”... (*Interrupciones prolongadas*). DELEGADO ZIBECCHI: “yo le aconsejaría a ese hombre que robara un millón de panes y no fuera a ser hundido por los submarinos”.

Es necesario... (*siguen las interrupciones*) — yo supongo que estamos en una asamblea de socialistas y podemos decir toda la verdad...

Es necesario confesar — y hay que tener el valor de hacerlo, — que los hombres han sido cobardes en las actuales circunstancias; cobardes, egoístas e in-

conscientes, porque si al comienzo de la guerra los neutrales no se hubieran atrincherado en su egoísmo y en su cobardía y se hubieran colocado del lado de la razón y de la justicia, la guerra hubiera tal vez terminado ya. (*Aplausos*).

El otro día conversaba yo con el diputado Justo respecto a la actitud del grupo parlamentario. El doctor Justo no es aficionado a la filosofía alemana, pero a veces le agrada referirse a ella; y me recordaba que, con respecto al principio negativo de moral evangélica “no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí”, Kant aconseja el principio moral positivo, que los hombres hagan cosas, que si las hicieran todos, su resultado fuera el bien general.

En las actuales circunstancias, afirmo que si los neutrales hubieran cumplido con el principio de Kant, y como aconseja ahora el grupo parlamentario, hace tiempo, tal vez, hubieran contribuído a terminar la guerra. (*Interrupciones*).

¡No queremos los socialistas la guerra! Yo abomino la guerra. Cuando estalló la actual guerra; confieso que sufrí el trastorno sentimental y mental más grave de mi vida. Ingenuamente he creído como muchos, que la guerra ya era imposible entre los pueblos más cultos; y confieso que en los primeros días de la guerra anduve insomne, trastornado, y cuando yo he visto que por la voluntad de un monarca enloquecido, que ha dicho... (*aplausos, gritos y silbidos*). Los socialistas alemanes, antes de la guerra, llamaban al kái-

ser “Guillermo el loco”, y creo que aquí no habrá nadie que defienda al káiser...

Cuando he visto que por la voluntad de una testa coronada ha sido invadida y devastada Bélgica... (*Interrupciones prolongadas, gritos y aplausos*). Y cuando he oído el grito de angustia de decenas de millares de obreros reducidos a la esclavitud, convertidos en bestias de carga en manos del enemigo, francamente, yo no sabía qué pensar de nuestra civilización... (*Interrupciones*). ¡Espero que aquí nadie defiende la esclavitud de los obreros belgas!...

Cuando he leído el hundimiento brutal por un submarino alemán del “Lusitania”, que era un barco pacífico, tripulado por centenares de hombres de trabajo, en el que iban centenares de marineros que nada tenían que hacer en la guerra, y de centenares de mujeres y niños inocentes, un sollozo de angustia oprimió mi corazón y me he imaginado en el barco con mi mujer y mis hijos... (*Violentas interrupciones y aplausos*).

Confieso, compañeros, que ha llegado un momento en que yo he desesperado del hombre, he creído que todos nos habíamos convertido en fieras, que la justicia, el derecho, la democracia, el socialismo, todo, me parecía en un momento de debilidad, de pesimismo, que todo el progreso humano era mentira, y que el mundo estaba poblado de fieras sin conciencia. Pero confieso también que en los últimos días he vislumbrado una débil luz en el mundo y yo estoy seguro de que en to-

dos los corazones, en todos los cerebros, ha de palpitara esta idea: esta guerra no puede ser inútil y estéril; no pueden morir millones de hombres, la flor y nata de la humanidad, para nada, sin ningún objeto y sin ningún resultado para la democracia y la libertad...

Siempre he creído que el movimiento socialista en el mundo estaba inspirado por los más bellos ideales, siempre he creído que en el corazón de cada socialista palpitaba el sentimiento de justicia y de verdad, y en los últimos momentos me he consolado, en cierto modo, de esta enorme tragedia.

Una mañana leo en los diarios el anuncio del estallido y el triunfo de la revolución en Rusia. ¡La santa y trágica Rusia de mis recuerdos de infancia, porque de niño he soportado el látigo y la brutalidad del cosaco, porque mis padres han sido sacrificados allí, porque mi raza entera está allí esclavizada!... La Rusia de los zares y de la Siberia! La guerra ha tenido la virtud de sacudir y conmover el edificio milenario y formidable del zarismo.

Yo no soy germanófilo y odio al prusianismo, pero admiro las bellas cualidades de método y labor del pueblo alemán y no puedo sino desearle este mismo despertar político del pueblo ruso que surge a la vida de la libertad y de la democracia; y estoy convencido de que, si de nosotros depende, debemos hacer todo lo posible porque caiga en Europa el último refugio de los reyes, de las testas coronadas, para que se pue-



da establecer, en un porvenir cercano, la confederación europea...

Nadie — y óiganme bien, porque lo digo con el corazón en la mano, — nadie en este momento es neutral: por unos o por otros... (*Interrupciones*). Nadie es neutral en el fondo; los pretendidos neutrales son los germanófilos vergonzantes; simpatizamos con uno o con otro de los beligerantes; y yo pregunto, con la absoluta sinceridad de siempre,—y reflexionen bien antes de contestar:—¿quiénes son los neutrales en el mundo? Es el Vaticano: el papa es el primer neutral; el rey de España; los frailes y los jesuitas de todos los países, la seudodemocracia cristiana; y muchos militares; hace poco, y no sé a propósito de qué, un contraalmirante me ha dicho que él es también neutral. (*Interrupciones*). Nadie es neutral....

(*Contestando a una interrupción de la barra*).

El caso de Italia es distinto. Porque Italia ha entrado en la guerra, no en defensa de su existencia, sino para reconquistar provincias que considera suyas. La situación de los socialistas italianos es, pues, única, en este sentido, y óiganme bien: para redimir a 400 mil italianos, que antes vivían tranquilos y tal vez felices; ya ha muerto un millón de italianos y nadie se ha redimido aún... (*Aplausos*).

Yo maldigo la guerra, no por miedo personal,—porque todos estamos constantemente expuestos a morir ya resbalando sobre una cáscara de naranja o ya por un tiro anónimo, y entonces el miedo personal es una

tontería, — sino por el bien colectivo. Pero si tengo que ir de aquí a mi casa, donde tengo mi mujer y mis hijos, y me avisan que en el camino hay bandidos que no me quieren dejar pasar, y si esos bandidos amenazan mi hogar, mi ciudad y mi país, ¿qué debo hacer yo? Si un barco argentino o de cualquiera nacionalidad sale del puerto de Buenos Aires y es atacado por un submarino sin previo aviso, ¿qué debe hacer?... (*Interrupciones*).

Alguien, creo que el joven Palcos, se ha horrorizado ante la idea de utilizar algunos barcos alemanes y austriacos, que ahora no sirven para nada. ¿Y nosotros, que algún día queremos expropiar con o sin indemnización todos los bienes de los ricos?... ¡Horror de los horrores!

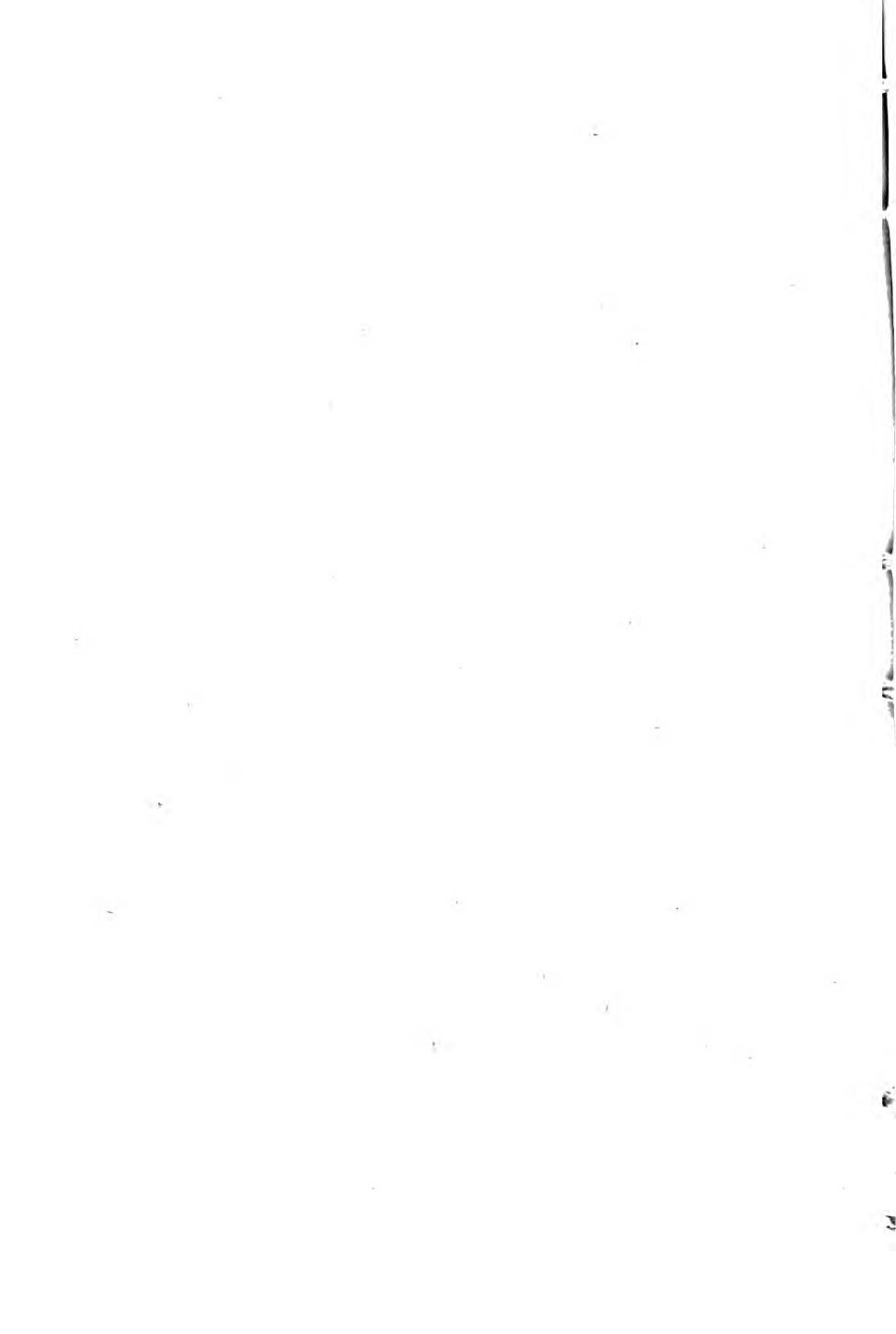
Comprendo que con mis palabras y con mi vehemencia he sacudido las pasiones más hondas de todos ustedes: y me felicito de ello. Estoy seguro de que esta sacudida será benéfica y saludable. El Partido Socialista no quiere la guerra y el grupo parlamentario no quiere la guerra, pero si mañana una escuadrilla de submarinos nos hunde los barcos de comercio cerca del puerto... (*Violentas y prolongadas interrupciones*). Todo es posible, todo, absolutamente todo... El militarismo prusiano no se para ahora en medios en el mundo y debemos defendernos; es el derecho a la vida y a la legítima defensa, que nadie se atreverá a negarnos.

Yo no he consultado tratados de derecho internacional. No me gusta el derecho internacional como

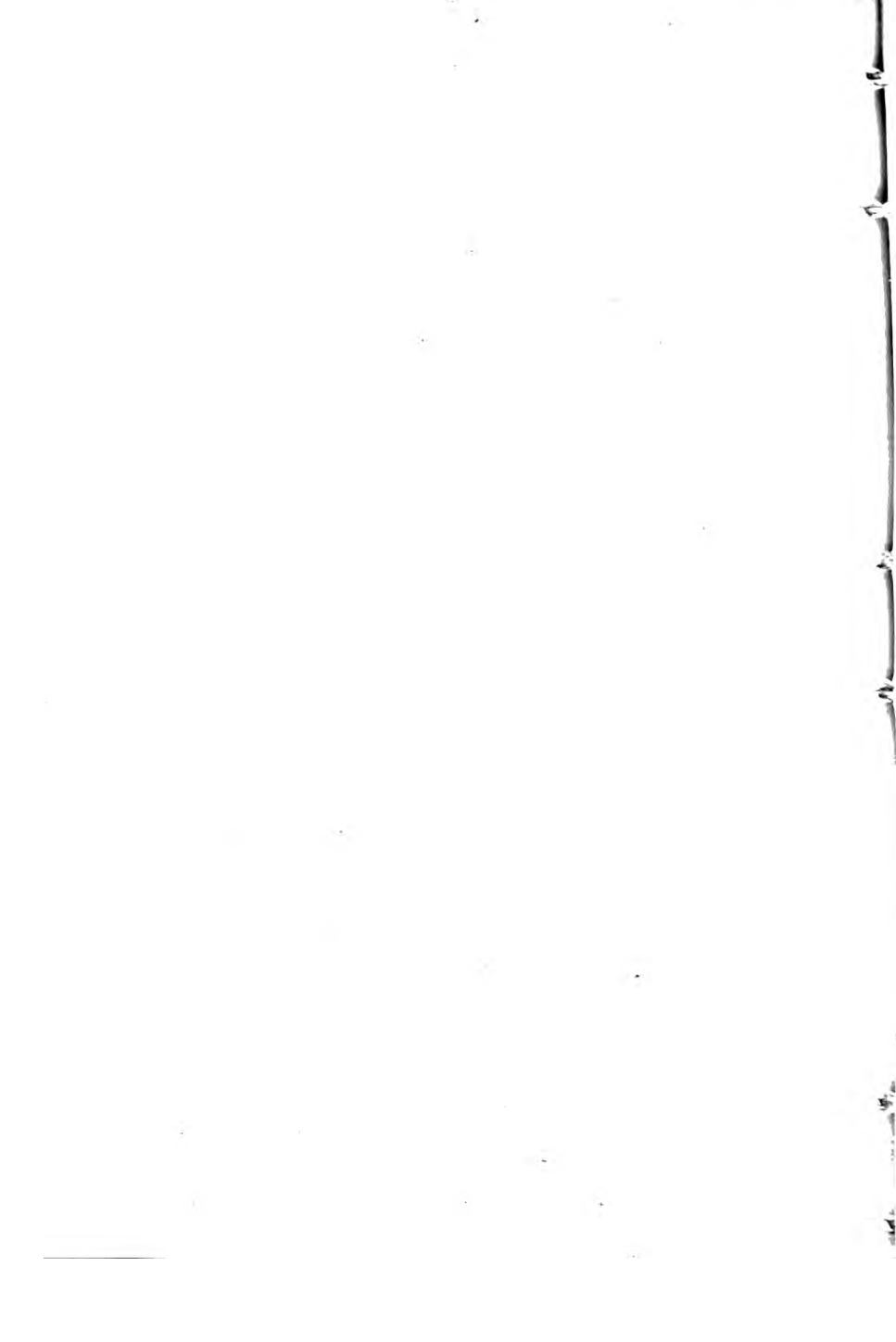
al profesor del Valle algunas cosas que al respecto me ha enseñado. Pero creo que por encima de todo derecho escrito está el derecho a la vida y a la defensa propia y el que no sabe usarlo es un cobarde o suicida. Este derecho es sagrado para el individuo, como para la colectividad.

No queremos que se declare la guerra a nadie. No nos interesa que se entregue el pasaporte a ningún ministro. El doctor Justo ha explicado que la total ruptura de relaciones jamás existe; y yo agregó que entre la Argentina y Alemania la ruptura existe de hecho...

Yo estoy convencido de este hecho fundamental: que si de alguien depende acortar por un solo día la guerra, criminal es si no lo hace. Tal vez la presión universal — aun de orden moral — pueda influir para que la guerra concluya... Y yo estoy seguro que de los escombros de esta guerra surgirá la Internacional de nuestros ensueños; y los únicos que intervendrán eficazmente en los arreglos de la paz serán los socialistas, porque tienen menos intereses en juego, y menos odios internacionales y mucho más sentimientos de solidaridad y de justicia; y porque son los más sinceros amigos de la paz. Y son los socialistas del mundo entero, los que van a reconstruir la Internacional que surgirá — si la guerra termina bien, — estoy seguro de ello, más vigorosa y más solidaria de la tragedia universal. (*Grandes aplausos*).



El Partido Socialista vive, progresa y desarrolla su fecunda acción en plena democracia. Su organización interna, su programa y sus estatutos; sus procedimientos, su método y disciplina son productos de la voluntad intencional y consciente de la mayoría de sus afiliados, que se manifiesta en sus congresos y en sus votos generales;—estos últimos verdaderos referéndum populares, que con positivo éxito y real ventaja practican los socialistas en la Argentina. Todo lo que se refiere, pues, a la vida interna del Partido Socialista es altamente instructivo y educador para nuestra democracia. Las páginas que siguen tienen tal carácter y por eso las incluyo en este libro.



## EL DUELO

Los enemigos del Partido Socialista, en su afán de embrollar, confundir y obscurecer los hechos y nociones más categóricas y claras en lo que se refiere a los hombres y cosas del socialismo argentino, han propalado la especie de que la prohibición del duelo ha sido incluida en nuestros estatutos en vista de los primeros "lances de honor" del doctor Alfredo L. Palacios, y que luego, en el congreso del Rosario, se suprimió la cláusula prohibitiva del duelo, dando el Partido Socialista amplia libertad a sus afiliados para batirse.

Todo esto es falso. La condenación de los "lances de honor" y la prohibición del duelo datan desde la fundación del Partido Socialista en la Argentina. Fué una de sus altas preocupaciones éticas, y que le honran sobremanera, en una época en que no tenía due-listas en sus filas y cuando nadie se "dignaba" todavía a desafiar a ninguno de sus afiliados, pues ¿quién iba a exponerse al ridículo de provocar "lances de honor" con los "cuatro locos" del Partido Socialista de la primera hora?

El 13 de octubre de 1895 se reunió en Buenos Aires la primera convención socialista. Tomaban parte en ella 11 agrupaciones: 8 nacionales y 3 extranjeras. En esta convención no se redactó ninguna declaración de principios, ni se formuló programa alguno concreto; pero se eligió el primer Comité Ejecutivo, formado por los ciudadanos Juan B. Justo, Eneas Arienti, Adrián Patroni, Juan Schaeffer, José Ingenieros, José A. Lebrón y Germán Müller. Para ser miembro del Comité Ejecutivo se resolvió que sería indispensable ser ciudadano argentino.

Este primer Comité Ejecutivo, en su segunda reunión, realizada el 4 de noviembre de 1895, resolvió presentar al Congreso Obrero Internacional de Londres, que se iba a reunir en el año 1896, la siguiente proposición:

“Que el congreso condene la práctica del duelo como una costumbre absurda y bárbara que está en abierta contradicción con la moral sencilla y positiva de la clase obrera y del Partido Socialista”.

Esta resolución está registrada en “La Vanguardia”, año I, número 45, del 9 de noviembre de 1895.

En el primer congreso socialista realizado en Buenos Aires, el 28 y 29 de junio de 1896, y en el cual tomaban parte 34 agrupaciones — 19 centros socialistas y 15 sociedades gremiales, — el Centro Socialista Universitario presentó la siguiente proposición:

“Serán expulsados del Partido los que se batan en duelo”.



En las actas de dicho congreso consta que “el profesor Nicanor de Sarmiento defendió con energía dicha proposición, que fué aceptada por unanimidad y aclamación”. Entre los delegados a dicho congreso figuraban Roberto J. Payró, Leopoldo Lugones y José Ingenieros. Estos datos están registrados en “La Vanguardia”, año III, núm. 27, de julio 4 de 1896.

En este congreso se aprobó la declaración de principios, el programa mínimo y los estatutos del Partido Socialista Obrero Argentino, que fueron publicados en “La Vanguardia”, año III, núm. 31, de agosto 1o. de 1896. El artículo 61 del primer estatuto del Partido Socialista en la Argentina decía: “Ningún afiliado al Partido podrá aceptar el juicio de las armas para resolver cuestiones personales de ningún género, siendo, en caso contrario, separado del Partido”.

Como se ve, la prohibición del duelo existía mucho antes de la entrada del doctor Palacios en el Partido Socialista, pues su afiliación data de 1902, y hay que convenir en que, como hombre de “honor”, había aceptado el programa y estatutos del partido a cuyas filas acababa de incorporarse; y en ninguna parte consta que él haya objetado, ni pública ni privadamente, ninguna de sus cláusulas.

El artículo prohibitivo del duelo, incluido en el primer estatuto del Partido en 1896, no ha sido modificado hasta 1913. Fué a raíz de los primeros “lances de honor” del diputado Palacios — quien, después de muchas andanzas y actas, acabó por batirse con su

propio padrino, — y de cierta vacilación del Comité Ejecutivo, el cual no se creyó facultado para aplicar las penalidades del estatuto a un diputado, — que el IX congreso socialista suprimió la parte penal del artículo. Después de este congreso, el diputado Palacios tuvo un “lance de honor” con su íntimo amigo de la víspera el ex afiliado Manuel Ugarte, que terminó en la farsa de la disparada en automóvil y lancha para eludir la pretendida persecución de la policía. En el XII congreso socialista del Rosario, Palacios hizo su autodefensa, que equivalía a la imploración de un perdón; y muchos delegados, después de un cierre inopinado del debate, infringiendo el mandato imperativo de sus respectivos centros sobre el asunto, votaron por la supresión del artículo prohibitivo del duelo. Pero tal resolución no fué “dar permiso para matar”, como irónicamente escribiera en “La Nación”, a raíz del congreso del Rosario, el juez doctor Agustín García, pues el mismo congreso votó por unanimidad la siguiente resolución:

“El XII congreso socialista condena terminantemente el duelo, por entender que constituye una costumbre bárbara e inmoral para la educación del pueblo, e invita a la representación socialista en el parlamento nacional, a que presente un proyecto de ley para que se considere el duelo como un crimen”.

Después de este voto unánime, y después de declarar públicamente al que estas líneas escribe y al senador E. del Valle Iberlucea que no se iba a batir

más, Palacios se batió con un tal señor Silveyra, infiriéndole, según las crónicas, algunos tajos en la cara. Este nuevo "lance de honor" provocó verdadera repugnancia en las filas socialistas, y 40 y tantos centros lo condenaron, pidiendo muchos de ellos se convocara a un voto general. Este se realizó, con el resultado conocido, incluyéndose, por gran mayoría, nuevamente el artículo prohibitivo del duelo, con un agregado que se hacía indispensable: declarando al duelista separado de hecho del Partido.

El diputado Palacios, reincidiendo y desafiando nuevamente la voluntad expresa del Partido, rompiendo la honrosa tradición del mismo, poniéndose en abierta pugna con todos sus colegas de representación nacional y provincial y con todas las autoridades del Partido, provoca otro "lance de honor" con el diputado radical Oyhanarte, que termina con la farsa de las actas, donde se declara que **ambos caballeros son hombres de honor**, colocándose, así, voluntaria y deliberadamente, fuera del Partido.

Todo esto ha creado, pues, una situación clarísima para el diputado Palacios y para el Partido Socialista. Este ha repudiado y prohibido el duelo para sus afiliados desde el día de su fundación; Palacios es el único duelista recalcitrante del país, y, por lo tanto, no puede ni debe, "honrosamente", pretender militar más en las filas del único partido antiduelista de la república. ¿O en esto también el "honor de los caballeros" es distinto y diametralmente opuesto al ho-

nor de los simples mortales que se organizaron en partido político, se dieron libremente un estatuto, se impusieron voluntariamente una disciplina y están dispuestos a cumplir ambas cosas, desdeñando la burla hipócrita de todos aquellos que creen o fingen creer en la farsa del duelo, y despreciando, al mismo tiempo, mezquinos cálculos electorales?

Felizmente — y de ello estamos profundamente convencidos, — la salud ética y mental del Partido Socialista está muy por encima del honor de los caballeros'' y de la burda farsa del duelo.

Junio 13 de 1915.

## **CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA**

### **El caso Palacios**

A los veinte años de vida laboriosa y fecunda, en pleno crecimiento y desarrollo, y cuando más arrecian los ataques deshonestos de enemigos desleales que cambian de nombre, pero no de esencia, el Partido Socialista necesita estrechar sus filas consolidando su organización interna y democrática, y afianzando su disciplina, libremente aceptada por todos y cada uno de sus afiliados. En este sentido la obra valiente del II congreso extraordinario del Partido Socialista realizado el 9 y 10 de julio de 1915, marca una nueva etapa en su propia historia, etapa llena de enseñanzas provechosas para el porvenir.

Pero para comprender bien los alcances de la obra del II congreso extraordinario, que ha dado sanción definitiva al viejo pleito entre el Partido Socialista y el doctor Alfredo L. Palacios, y aceptada como un hecho consumado e irrevocable su voluntaria separación del mismo a causa de su divergencia sobre puntos fundamentales de doctrina y práctica, entre los cuales estaba sobre el tapete de la discusión el concepto sobre el "honor" y la "práctica del duelo"; para comprender bien que esta solución era lógica y necesaria como

consecuencia de un largo proceso cuyas causas estaban en la misma condicional incorporación de Palacios al Partido Socialista y la larga tolerancia de éste para la evidente inadaptabilidad de aquél a las sanas prácticas de la democracia socialista; para comprender y aquilatar, pues, en todo su valor lo sucedido, es necesario hacer un poco de historia retrospectiva. Así comprenderán los afiliados nuevos de nuestro Partido, que son casi la mayoría, y el público en general que sigue nuestro desarrollo con interés creciente, que la separación voluntaria de Palacios es un índice inequívoco de la salud del Partido Socialista, que, a semejanza de un organismo robusto, primero secuestra y luego elimina, sin serios trastornos para su existencia, los cuerpos extraños que por cualquier causa se introducen en su seno. La enumeración de los hechos tiene mayor elocuencia que los más elocuentes discursos y a los hechos nos remitimos.

\*

\* \*

En “La Vanguardia” del 4 de agosto de 1900 (año VII, número 31), apareció un artículo titulado “La Miseria (una tesis rechazada)”, firmado por Adrián Patroni.

Entre otras cosas decía: “Los estudiantes de derecho sufren también en estos momentos una verdadera revolución. El joven Alfredo L. Palacios, en vez de seguir el ejemplo de sus profesores, y presentar una tesis hueca, hizo un estudio acerca de las condiciones

especiales en que trabaja y vive la clase obrera de la república, y presentó para optar al grado de doctor en leyes y como tesis “La Miseria”, y como en ella encaraba un problema de vital importancia y en pugna con un artículo 40, que prohíbe combatir las instituciones, le fué rechazada. El joven Palacios — que dicho sea de paso, esperaba ese resultado — presentó otra tesis que tenía preparada: “Quiebras”, la cual, como no tenía relación con las cuestiones sociales, le fué aceptada sobre tablas”. Esto no impidió que años más tarde, el doctor Palacios fuese nombrado profesor por partida doble en la Universidad de Buenos Aires.

El domingo 19 de agosto del mismo año, Palacios, sin ser afiliado al Partido, invitado por Patroni, da su primera conferencia, organizada por el Centro Socialista del Norte, sobre “La Miseria”, en el salón Stella de Italia, calle Callao 359, cuya crónica apareció en “La Vanguardia” del 25 del mismo mes. En esta conferencia Palacios se permite dar una serie de consejos al Partido Socialista. El que esto escribe, presente en la conferencia, lo invita públicamente a “ingresar a las filas del Partido, aceptar sus principios y métodos de lucha y realizar, desde su seno, lo que aconseja desde afuera”. Por toda contestación, Palacios dice: “que no es menester inscribirse en una agrupación para dar pruebas de convicciones socialistas”. El 15 de septiembre de 1900, Palacios da su segunda conferencia en la Boca, sobre el tema “Anti-clericalismo”.

En su sesión extraordinaria del 22 de septiembre, el consejo nacional del Partido Socialista aprueba la siguiente moción: “Recomendar al C. E. que ponga en conocimiento de todas las agrupaciones que, tratándose de conferencias socialistas, los oradores deben ser personas que militen en el Partido Socialista”. A pesar de esta resolución, Palacios no se afilia y continúa dando conferencias de orden liberal en distintos centros socialistas de la capital. En vista de ello el consejo nacional, reunido el 24 de agosto de 1901, reproduce su resolución anterior. En la misma fecha “La Vanguardia” publica una crónica de una conferencia socialista diciendo lo siguiente: “Consignamos complacidos la actividad del Centro “Carlos Marx”, pero no comprendemos por qué el doctor Palacios no se afilia a nuestro partido, si encuentra tan bueno su programa”.

No pudiendo hablar más — por la resolución arriba mencionada — en los centros socialistas, y dada la atmósfera hostil que alrededor suyo se iba creando, Palacios resuelve, finalmente, afiliarse al Partido. Pero, indispuerto ya con todos los centros de la capital federal, y viviendo en ella, se afilia al Comité Socialista de La Plata, substrayéndose así al contralor, a la crítica y a la censura de los socialistas de la capital. Es interesante conocer cómo los socialistas de aquel entonces de La Plata, encabezados por los hermanos Carlos y Alfredo J. Torcelli, dieron trascendencia al hecho de la incorporación del doctor Palacios al



Comité Socialista de La Plata. Así, en “La Vanguardia” del 31 de agosto de 1901 aparece la siguiente noticia: “La Plata. Mañana domingo se reunirá el comité en asamblea extraordinaria de organización y administración. En esta asamblea se votará la incorporación del doctor Alfredo L. Palacios”. Noticia fuera de las costumbres y prácticas socialistas. La afiliación de Palacios data, pues, del 1o. de septiembre de 1901, por la vía del Comité Socialista de La Plata, después de un año de merodeo por el Partido y después de dar a éste bastante dolor de cabeza.

Una vez dentro del Partido, Palacios dedica toda su actividad a la propaganda liberal y también teosófica. Organiza un comité liberal con el objeto de realizar una manifestación anticlerical. En un comienzo el Comité Ejecutivo del Partido Socialista envió delegados a dicho comité liberal, pero debido a malos procedimientos de éste, el Comité Ejecutivo retiró sus delegados. La manifestación se realizó el 12 de octubre, terminando con un gran escándalo público, previamente preparado por la distribución de manifiestos insensatos.

Al mismo tiempo Palacios empieza a fundar “Círculos de obreros liberales”; esta nueva actitud suya provoca una intensa agitación interna en el Partido y una larga polémica en “La Vanguardia”. El pretendido primer “Círculo de obreros liberales, de constructores

de carruajes y carros”, realiza una conferencia antiletrical el 28 de junio de 1901. Hablan Patroni y Palacios.

El 6 de octubre del mismo año Palacios da una conferencia sobre “Ciencia y religión”, en el salón de la calle Méjico 2070, organizada por la Biblioteca Obrera. En esta conferencia Palacios se declara teósofo y espiritista, y se queja del “camino que siguen los sabios en cuanto a ciertos fenómenos del espiritismo, teosofía, etc”. El autor de este trabajo, presente en la conferencia, le refuta, diciendo: “Que la ciencia no necesita hacer bailar mesas y saltar platos, como lo pretende Palacios, para descubrir la verdad”. El 12 de octubre “La Vanguardia” publica un extenso artículo firmado por Bartolomé Bossio, “En defensa de la ciencia y de la táctica socialista”, refutando las afirmaciones de Palacios. Este contesta en “La Vanguardia” del 19 de octubre en un artículo titulado “Ciencia y religión”, donde habla de “dogmatismos sectarios” e “intolerancias” de los socialistas, y donde hace la siguiente curiosa declaración: “Yo no soy teósofo, soy simplemente miembro de la Sociedad Teosófica, donde he recogido muchas verdades útiles”.

Mientras tanto Palacios seguía empeñosamente en la tarea de fundar “círculos de obreros liberales”, lo que provocó un profundo disgusto en las filas del Partido Socialista, disgusto que se manifestó en un artículo aparecido en “La Vanguardia” del 26 de octubre de

1901, titulado "Deplorable" y firmado por Publisher (que luego se supo había sido el doctor Nicolás Repetto). En este artículo se denunciaba la fundación de tales "círculos" como un mal para el desarrollo normal del movimiento obrero socialista en la república; y entre muchas otras cosas decía: "En este país donde se tarda demasiado en adoptar cualquier reforma que entrañe un progreso real, encuentra propia y fácil imitación todo aquello que significa mucha bulla y trabajo ligero, por cuyo motivo se habla ahora de fundar círculos de obreros liberales para oponerlos a los círculos de obreros católicos e israelitas"; y más adelante agregaba: "En presencia de los círculos sectarios de obreros, hay que preguntarse lo siguiente: ¿no será la obra de aquellos que para retardar la emancipación de la clase trabajadora, tratan de empujarla hacia caminos más tortuosos y de inspirarla en las ideas más absurdas?" Este artículo fué la voz de alarma que cundió rápidamente en las filas del Partido, poniéndolo en guardia contra futuras desviaciones, pues se vió muy claro que el doctor Palacios quería crearse una fuerza política propia y personal para tenerla siempre frente al Partido Socialista, al cual acababa él de incorporarse. Tal sospecha no fué una suposición antojadiza, pues habiendo fracasado los "círculos de obreros liberales", Palacios fundó, para su uso personal, los famosos "comités independientes" y habiendo dejado de existir éstos, fundó "su"

“partido nacionalista”, que actualmente se transformó en el pretendido “Partido Socialista Argentino”.

Como la polémica sobre los “círculos” involucraba distintas cuestiones y se prestaba a fáciles confusiones, el doctor Juan B. Justo, que a la sazón residía en el pueblo de Junín y no conocía aún personalmente al doctor Palacios, publicó en “La Vanguardia” del 1 de noviembre de 1901 un artículo sobre “Socialismo y Liberalismo”, donde establecía las semejanzas y diferencias fundamentales de uno y otro. En el orden histórico y cronológico, para el doctor Justo “el liberalismo es el precursor del socialismo”. “Pero si se quiere hacer del liberalismo — agrega Justo — cuestión de clase, no hay que dirigirse a la clase obrera, sino a la clase burguesa. Bajo la bandera liberal ha dado ésta sus más grandes batallas contra la rutina y la reacción; y hoy mismo, el liberalismo es el lema de la burguesía, que mira hacia adelante y no quiere o no puede abandonar sus preocupaciones de clase”. Y después de manifestar simpatía por los retoños de liberalismo auténtico en nuestro país, Justo concluye su artículo con las siguientes palabras: “Pero aun así miramos como un error o una mistificación toda tentativa de confundirlo con el movimiento obrero; que haya en buena hora centros liberales; pero no centros liberales obreros. Como clase, los trabajadores tienen necesidades de pensamiento y de acción que jamás podrán satisfacer en asociaciones de este género”. Como se ve, el modo de ver del doctor Justo en esta cuestión,

no se prestaba a ninguna confusión ni tergiversación; no fué así, sin embargo. Palacios agarróse de la frase “El liberalismo es el precursor del socialismo”, y siendo ya militante del Partido Socialista empeñóse en servir a su precursor.

El 23 de noviembre del mismo año, Palacios, para justificar su actitud, publica un artículo en “La Vanguardia”, también con el título “Socialismo y Liberalismo”. Empieza por decir: “No conozco personalmente al doctor Justo, pero sé que tiene talento y que no es sectario: por eso lo respeto”. Y como suprema razón para sus “círculos” dice: “No hagamos cuestión de palabras, me he dicho, fundemos los círculos liberales de obreros presentando el socorro mutuo y otras ventajas que presentan los católicos, y conseguiremos desprender de los tentáculos del pulpo clerical a esa falange de desgraciados que a cambio de médico a domicilio y abogado gratis, ha abdicado de su independencia. Y cuando los tengamos en los círculos de obreros liberales, estará ya echado el puente salvador por donde el obrero descartado de un gran prejuicio podrá dirigirse camino de su emancipación”. Palacios inventó, pues, la teoría del “puente salvador” entre los círculos de obreros católicos y los centros socialistas. Tal pretendida teoría movió a risa a los socialistas y si no involucrara peligros para el porvenir se le hubiera dejado tranquilo al doctor Palacios con sus famosos “círculos”.

En “La Vanguardia” del 30 de noviembre del mismo año, el doctor Julio A. Arraga publica un artículo titulado “Socialismo y no Liberalismo”, refutando sensatamente toda la argumentación deleznable de Palacios. “El liberalismo podía aceptarse — decía Arraga — para luchar contra el catolicismo cuando el socialismo no había tomado los caracteres prácticos, concretos y de ventajas inmediatas que tiene en la actualidad, pero existiendo éste con el programa y método de lucha que tiene, es un error preferir la propaganda liberal aislada como mejor arma para librar al obrero de los centros católicos, donde se le ofrece médico, botica y música, porque no tienen otra cosa que presentarles”.

El 8 de diciembre la Biblioteca Obrera organiza una conferencia sobre el tema “Socialismo y Liberalismo”, en el salón San Martín, calle Rodríguez Peña, entre Corrientes y Sarmiento, designando como conferenciante al obrero pintor Antonio Varela. Ante un público numeroso, el orador desarrolla el tema en forma irrefutable, analizando el confucionismo de las ideas de Palacios. Este, hallándose presente, refuta violentamente a Varela, y sin esperar su contestación se retira ruidosamente del salón, acompañado por un grupo de gente que se decía liberal. Tal hecho indignó sobremanera a los socialistas.

En vista del giro que había tomado la cuestión, el doctor Repetto publica en “La Vanguardia” del 14 de diciembre el artículo “¿Centros Socialistas o círculos liberales?”, y entre otras cosas dice: “Lo importante

en este asunto de los círculos de obreros liberales estriba en saber si un socialista consciente y afiliado al Partido puede y debe consagrar una gran parte de sus energías a la fundación de sociedades obreras que no persiguen fines políticos ni gremiales. A mi juicio no puede ni debe hacerlo". Y más adelante agrega: "La propaganda en los círculos católicos de obreros — fundados expresamente para combatir el socialismo — será contrastada por una activa y abierta propaganda socialista, y no por esos círculos de obreros liberales, en los que ha de inmiscuirse la burguesía y a cuyo frente han de figurar espiritistas famosos como el señor Cosme Mariño, colaborador del doctor Palacios y presidente del primer círculo de obreros liberales". Y concluye Repetto su artículo con el siguiente párrafo: "Además, el doctor Palacios figura en numerosas organizaciones y partidos liberales, lo que impone al Partido Socialista el deber de invitarlo a que explique el carácter de las agrupaciones en que figura a fin de saber si goza de una doble ubicación política".

En el mismo número de "La Vanguardia" el ciudadano Basilio Vidal, publica un artículo con el título "Las cosas en su lugar", uno de cuyos párrafos dice: "No ha sido mi propósito enseñarle socialismo al doctor Palacios; harto blasona conocerlo, aunque sus actos como socialista están muy lejos de avenirse con aquel conocimiento. Quería solamente llamar la atención de quien corresponda a fin de que el Partido tome cartas en el asunto y marque la norma de conduc-

ta que en lo sucesivo debe seguir ante la actitud, por todos conceptos censurable, asumida por el doctor Palacios”. Y Vidal concluye con este párrafo sugestivo: “Me permito dudar de la sinceridad socialista del doctor Palacios. Tiene la palabra el Partido”.

En la polémica participan otros afiliados: todos en contra de Palacios. Este contesta violentamente, queriendo reducir toda la cuestión a un pretendido asunto personal. El autor de estas páginas escribe entonces un artículo en “La Vanguardia” del 28 de diciembre de 1901 titulado “Escapando por la tangente”, donde, entre otras cosas, decía: “Se ha demostrado al doctor Palacios que la fundación de los círculos obreros liberales es un *error* o una *mistificación*; se le ha demostrado que para hacer socialismo no es necesario ir por vías tortuosas que siempre producen resultados negativos; se le ha demostrado que los titulados liberales, espiritistas y teósofos, son los mismos perros con distintos collares; se le ha demostrado que en todos los países civilizados, los más encarnizados enemigos del socialismo son los liberales; y se le ha demostrado que su obra es retrógrada y mala, y el doctor Palacios, como única contestación y suprema razón, exclamó: *se ataca a mi persona, soy víctima de una turba de sectarios que ni merecen mi contestación*”. Y más adelante agrega: “Palacios empezó a pronunciar grandes discursos socialistas en locales y plazas públicas sin pertenecer a dicho Partido; y cuando su posición se hizo insostenible en nuestro seno, fué a ins-



eribirse en una agrupación de la provincia, siendo habitante de la capital, y después de haber rodado por todos los centros socialistas; en dos ocasiones desmintió públicamente la obra del congreso y del Comité Ejecutivo de nuestro partido; su principal actividad la ha dedicado a los epílogos de “Electra”, y a mítines contra el juego y otras cosas por el estilo, y por fin ha venido a rematar su obra en la fundación de círculos de obreros liberales. Ya es el colmo”.

Para dar solución a un asunto tan debatido y de tanto interés para el Partido Socialista, el Comité Ejecutivo resuelve, con fecha 30 de diciembre de 1901, someterlo a un voto general, formulando a los afiliados la siguiente pregunta: “¿Puede un socialista militante organizar círculos de obreros liberales?”. El famoso Comité Socialista de La Plata resuelve, con fecha 11 de enero de 1902, no contestar al llamado del voto general; la misma maniobra fué repetida por los mismos hombres 13 años después, a propósito del voto general sobre la prohibición del duelo. El doctor Palacios, por su parte, protestó también del voto general, y en una carta suya publicada en “La Vanguardia” del 18 de enero del mismo año, decía: “Ha llegado, pues, el momento de hacer abstracción de los desbordes de los fanáticos y de las groseras pero veladas imputaciones de los calumniadores que esgrimen sus armas contra los fundadores de los círculos de obreros liberales”.

Realizado el escrutinio del voto general, el 6 de mayo de 1902, dió el siguiente resultado: Por la negativa — es decir, porque un socialista militante no puede fundar círculos de obreros liberales — 292 votos; por la afirmativa 69 votos, y 29 abstenidos. El Comité Socialista de La Plata y el doctor Palacios protestaron del resultado del voto general. Así terminó la tristemente célebre historia de los famosos círculos obreros liberales, que no han dejado más rastro de su existencia que la conducta equívoca del doctor Palacios al incorporarse al Partido Socialista, conducta equívoca observada por él durante toda su accidentada permanencia en el mismo.

Y como el doctor Palacios, explotando la frase del doctor Justo de que el “liberalismo es el precursor del socialismo”, continuara sembrando la confusión aun después del voto general, Justo escribió una carta, desde Junín, a Basilio Vidal, la que fué publicada en “La Vanguardia” del 2 de junio de 1902. En esta carta el doctor Justo decía, entre otras cosas: “No tengo la culpa de que en este mismo artículo — refiérese al artículo sobre “Liberalismo y Socialismo” — encuentre el doctor Palacios argumentos en favor de sus “Centros de obreros liberales”. En otra ocasión él probó, según sus propias palabras, “la existencia de vibraciones desconocidas porque no afectan nuestros sentidos”. No es extraño que quien es capaz de probar tan abstruso teorema teosófico lo sea también de

sacar de mis opiniones argumentos inconcebibles para mí”. Y luego continúa: “No es esta una cuestión de palabras, como lo ha insinuado el doctor Palacios. Es una cuestión de método. En centros ‘liberales’ la clase obrera no puede adquirir ni las ideas ni las costumbres de organización y debate que más necesita. En todo caso correspondería al doctor Palacios la triste gloria de haber suscitado esta cuestión de palabras, trayendo una palabra vieja, fuera de lugar y de tiempo, para designar un movimiento nuevo que se extiende incontrastable por el mundo civilizado bajo la designación que también hemos adoptado sus iniciadores en este país”. Y Justo termina su carta con estas proféticas palabras: “Pero si Palacios no quiere confundirse demasiado en las filas, lo que, por supuesto, no siempre es agradable ni práctico, que organice otra fracción de la opinión con la cual tenga mayores afinidades, y así su acción también sería eficiente y plausible. Ni él ni el movimiento obrero ganarán nada, en cambio, con la ambigüedad y la confusión”.

Recién a los 13 años sucedió lo que debiera haber sucedido entonces. El doctor Palacios vivió, durante este tiempo, al margen del Partido Socialista, sin jamás confundirse con él, sin haberse adaptado a sus sanas prácticas democráticas y a sus sencillas costumbres populares. Y la voluntaria separación de Palacios, por cuestiones de “honor caballeresco” y otras disidencias más fundamentales aun, estaba prevista y pronosticada por muchos socialistas desde su incorpo-

ración al socialismo. El Partido Socialista lo ha tolerado en sus filas creyendo ingenuamente poderlo asimilar alguna vez. Pero los hechos son más fuertes que los deseos de los hombres, y los acontecimientos gravitan del lado de los hechos. El doctor Palacios fué durante 15 años un huésped molesto en el seno del socialismo argentino. Ahora comienza para él un nuevo ciclo de actividad política en contra del Partido Socialista.

Murieron los “círculos de obreros liberales”, murieron los “comités palacistas independientes”, murió el “Comité Socialista de La Plata”, separáronse del Partido Socialista Palacios y otros que como él sienten y piensan. El escenario político del país ha variado mucho, pero los hombres no variaron: son los mismos de antaño. La diferencia estriba en que, en el año 1900, el doctor Palacios hablaba sobre “Jesús precursor del socialismo” ante numerosos auditorios socialistas y obreros; y ahora en cambio, habla sobre la “Doctrina de Jesús” ante auditorios de damas linajudas y católicas, y es mimado y aplaudido por toda la prensa rica del país. La diferencia es, pues, fundamental.

Octubre 10 de 1915.

## **RELACIONES ENTRE EL PARTIDO SOCIALISTA Y LA ORGANIZACION GREMIAL PROLETARIA EN LA ARGENTINA**

Hace muchos años que en el seno del Partido Socialista — podría decirse casi desde su fundación — como en el seno del movimiento gremial proletario se discute apasionadamente cuáles han de ser sus relaciones recíprocas y sus mutuas vinculaciones materiales y morales.

Algunos episodios circunstanciales y pasajeros han dado a esta discusión cierto aspecto de pasión y a veces de violencia, explicable solamente por la aspiración plausible de muchos militantes socialistas de ver a la clase obrera argentina organizada sólidamente en sindicatos de oficio, en federaciones nacionales de oficio, en federaciones locales y en federaciones nacionales.

Pero el afán excesivo de precipitar la evolución lógica y necesaria de las cosas; el deseo, más ideal que real, de crear de toda pieza un movimiento de naturaleza e índole de suyo complejos en nuestro país, hace incurrir a muchos en apreciaciones erróneas e

injustas, en afirmaciones precipitadas y a veces falsas. Así se oye decir con frecuencia que el Partido Socialista poco ha hecho en favor de la organización gremial proletaria, y se proponen medidas coercitivas para obligar a los afiliados a hacer lo que ellos tal vez no saben, no quieren o creen que es perjudicial hacer.

Todo esto proviene, posiblemente, de la ignorancia de la historia de las relaciones del Partido Socialista con el movimiento gremial proletario en la Argentina. Muchos militantes recién llegados creen que con ellos empieza la historia, y así se proponen plantear cuestiones y problemas que ellos creen nuevos y que el Partido Socialista ha planteado y resuelto ya hace más de veinte años. El conocimiento del pasado es, pues, indispensable para la obra del presente y para los planes del porvenir.

Revisando la prensa socialista y obrera desde 1890; estudiando las discusiones y resoluciones de los congresos socialistas y obreros desde 1896; analizando las vicisitudes y alternativas de ambos movimientos en sus recíprocas relaciones desde la intervención violenta — sobre todo en el movimiento proletario gremial — de los anarquistas individualistas, que impedían toda organización normal por ser ella autoritaria, hasta los anarquistas comunistas y partidarios de la organización — lo que marcaba un real progreso en las costumbres de nuestro movimiento gremial — y hasta los sindicalistas que veían en la fuerte organización sin-

dical proletaria el único método de lucha para la clase obrera; revisando, estudiando y analizando la larga y fecunda labor de más de veinte años y la activa e inteligente participación socialista en todo este movimiento múltiple y complejo, se llega a la satisfactoria conclusión de que el movimiento socialista ha estado siempre vinculado estrecha e íntimamente al movimiento obrero en la Argentina y que jamás las relaciones entre el Partido Socialista y la organización sindical proletaria han sido más claras, más francas, más cordiales y más inteligentes que en el momento actual.

Desde la fundación del Partido Socialista se ha planteado para éste el problema de cuáles debían ser sus relaciones con el movimiento gremial proletario. Podríase afirmar en realidad que del seno del movimiento gremial nació el movimiento político socialista, y luego se definieron sus recíprocas relaciones.

Los millares de trabajadores que el 1o. de Mayo de 1890 se reunieron en el Prado Español, en Buenos Aires, para ejecutar los acuerdos del Congreso Socialista Internacional de París de 1889, y decidieron al mismo tiempo constituir una Federación obrera para reclamar del gobierno leyes protectoras del trabajo y publicar un periódico socialista, "El Obrero" (diciembre 1890 a septiembre 1892), aquellos millares de obreros dieron nacimiento e impulso al movimiento obrero y socialista en la Argentina.

Los fundadores del Partido Socialista, penetrados de la importancia y trascendencia de la organización gremial proletaria, comprendieron también la importancia y trascendencia de su autonomía e independencia. Comprendieron que, para la eficacia y la buena marcha del movimiento político y social que se iniciaba en la república, la organización política de la clase obrera (Partido Socialista) y su organización gremial (sindicatos de resistencia) — en aquel entonces no se daba todavía importancia a la cooperación libre, — debían marchar paralelamente, sin confundirse ni mezclarse, en sus respectivas organizaciones.

Los socialistas no querían un gremialismo obrero socialista, y han tenido que luchar durante largos años para que el gremialismo tampoco fuera antisocialista, como lo pretendían tontamente los anarquistas.

Los socialistas de la primera hora — aun antes de existir el Partido Socialista — vieron claro en el asunto, y comprendieron que un movimiento obrero manejado por un partido político podría desviarse de sus funciones propias y específicas. Y dispuestos a dar a la organización gremial proletaria su actividad útil e inteligente; dispuestos a defender las libertades elementales y fundamentales indispensables para el desarrollo de toda organización gremial, como ser la libertad de palabra, reunión, agremiación y huelga, los socialistas no querían inmiscuirse en los asuntos internos de cada gremio, en sus métodos de organización y lu-



cha. Esta fué la conducta invariable del Partido Socialista, frente a la organización gremial proletaria en la Argentina.

El 7 de abril de 1894 aparece "La Vanguardia" (periódico socialista científico; defensor de la clase obrera; director, Juan B. Justo), marcando su aparición una fecha memorable en la historia del movimiento obrero y socialista del país. Con "La Vanguardia" vino el método y la disciplina a nuestro primitivo y caótico movimiento. Ya en su primer número y en su primer artículo intitulado "Nuestro programa", entre muchas otras cosas fundamentales, "La Vanguardia" decía: "Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato". En el mismo número publicaba, en lugar visible y en tipo grande, el siguiente suelto: "A las sociedades obreras. — Las columnas de "La Vanguardia" quedan a disposición de las sociedades obreras que desean remitirnos comunicaciones o datos de todo abuso patronal. Igualmente daremos noticia de todo abuso patronal que llegue a nuestro conocimiento, con objeto de que los trabajadores conozcan particularmente a sus más crueles explotadores". Aparece asimismo la convocatoria a asambleas de las sociedades de resistencia "Unión Obreros Talabarteros" y "Sociedad Obreros Albañiles".

En el número 2 de "La Vanguardia", fecha 15 de abril de 1894, aparecen dos artículos importantes, uno sobre el "Origen del proletariado argentino", y el otro sobre "Sociedades gremiales". Aparece tam-

bién la convocatoria-manifiesto de la “Sociedad de Obreros herreros, mecánicos, fundidores y anexos”. En aquel entonces ya empieza a hacerse sentir la obra desquiciadora de los mal llamados anarquistas individualistas.

En “La Vanguardia”, año I, número 6, de mayo 12 de 1894, empieza a publicarse en la primera página y en tipo grande, el siguiente llamado permanente: “Los trabajadores socialistas deben formar parte de las sociedades gremiales que ya estén organizadas, y fundar las que no se hayan organizado todavía”. En el número siguiente aparece, con carácter también permanente, la nómina de las sociedades gremiales y sus respectivas sedes sociales. Figuraban en aquella lista las siguientes sociedades: Obreros albañiles y anexos; Curtidores; Herreros, mecánicos y anexos; Panaderos; Pintores; Talabarteros; Tapiceros y Yeseros.

Ya en aquel tiempo, y sobre el plantel existente de sociedades gremiales, se quería fundar una “Confederación de trabajadores de la República Argentina”; iniciativa prematura y que luego se repitió muchas veces con escaso éxito, pues faltaba la base: numerosos y bien organizados gremios y federaciones de oficio o de industria, federaciones locales, etc. Sin embargo, ello dió origen a un conato de “Confederación”. En “La Vanguardia”, año I, número 9, de junio 2 de 1894, aparece un artículo firmado por “Un obrero Socialista”, sobre la necesidad de crear la “Confederación”, y entre otras cosas dice:

“Sin perder su independencia, los gremios asociados pueden unificar su acción, estableciendo un pacto de solidaridad que una sus esfuerzos, siempre que se trate de combatir a la clase capitalista. Proponemos, pues, a todos nuestros compañeros, que trabajen dentro de su respectiva sociedad para que se forme sin tardanza la Federación de Trabajadores de la República Argentina”.

Esta iniciativa encontró eco entre los obreros, y el 11 de junio de 1894 se reunieron con tal objeto los delegados de los pintores, albañiles, yeseros, escultores y herreros, y se nombró una comisión de tres miembros para formular y redactar el programa y los estatutos para la futura “Confederación” y hacer los trabajos para su fundación. Los socialistas Aníbal Canavesio y Adrián Patroni formaban parte de aquella comisión. En “La Vanguardia”, año I, número 12, de junio 23 de 1894, apareció el proyecto de programa para la Federación Obrera; proyecto interesante, muchos de cuyos artículos podrían ser aplicados en la actualidad.

A mediados del año 1894 existían en la capital cuatro grupos socialistas: “Club Vorwaerts”, fundado por socialistas alemanes, “Les Egaux”, por socialistas franceses, “Fascio dei Lavoratori”, por socialistas italianos, y la “Agrupación Socialista”, — que luego se transformó en el “Centro Socialista Obrero”, — formada por socialistas españoles y argenti-

nos. Pronto estos grupos concentraron una acción común y trataron de echar las bases del futuro Partido Socialista Obrero Argentino.

Con fecha 4 de agosto de 1894, el "Centro Socialista Obrero" discurrió y aprobó en asamblea extraordinaria su carta orgánica, que fué anterior al estatuto del Partido Socialista; carta orgánica que luego sirvió con alguna variante de forma, y no de fondo, de modelo a todos los centros socialistas de la república. Entre los propósitos fijados por esta carta, figura el IV, que dice: "El Centro Socialista Obrero favorecerá por todos los medios a su alcance la organización gremial de la clase trabajadora".

Los trabajos para la creación de la Federación Obrera, no dieron, por razones obvias en aquel entonces, los resultados deseados. Algunos socialistas comprendieron lo prematuro de tal propósito y se propusieron fundar una especie de federación local o bolsa de trabajo. En este sentido apareció en "La Vanguardia", año I, número 18, el siguiente llamado:

"Algo práctico. — Un gran local obrero. Si los obreros de distintos oficios vivieran en diferentes barrios, cada gremio debería indudablemente tener un local social especial.

Pero en Buenos Aires no sucede así. Los trabajadores están desparramados indistintamente en la ciudad, sobre todo en los barrios del sud y oeste.

¿Por qué, entonces, cada sociedad gremial ha de tener, como sucede ahora, un local propio, chico y caro?

¿No sería mejor que se reunieran todas en un gran local común?

Creemos que sí, por las siguientes razones:

El local costeadó entre todas las sociedades, costaría menos a cada una de ellas que los que tienen ahora.

Podría tenerse de esa manera una buena sala de reuniones, que las diferentes sociedades utilizarían sucesivamente.

Las secretarías podrían estar en piezas separadas. Reunidas de este modo las sociedades obreras, estaría constituida de hecho la Bolsa de Trabajo.

Tener un gran local común a todas las sociedades, sería dar una gran prueba de solidaridad obrera”.

Y adelantándose a esta iniciativa, el Centro Socialista Obrero, que tenía su sede en la calle Chile 959, hace publicar en “La Vanguardia” un permanente que dice: “Ofrece su local para reuniones obreras de carácter político o gremial”. Pronto casi todas las sociedades gremiales de la capital tienen su sede social en el local del Centro Socialista Obrero. Y sabido es que el local de la calle Méjico 2070 ha servido y sirve aún para alojar gran número de sociedades gremiales, y puede decirse que prácticamente es su federación local.

Las primeras huelgas tuvieron también el apoyo decidido de los socialistas, sin inmiscuirse, empero, en su declaración y desarrollo. Norma de conducta que ha seguido después el Partido Socialista, mostrando así su profundo respeto por la autonomía de la organización gremial proletaria.

Así, la larga huelga que sostuvieron los albañiles en el año 1894, tuvo el apoyo moral y material de los socialistas. Y para confirmar este aserto transcribiremos de "La Vanguardia", año I, número 20, el siguiente llamado, que caracteriza toda la acción socialista:

"Solidaridad obrera. — Trabajadores:

Los obreros albañiles, secundados por los yeseros, se han declarado en huelga para exigir de los que amasan grandes fortunas con sus sudores, un horario de trabajo menos duro y más humano.

A nosotros no nos incumbe discutir en estos momentos si ha sido o no declarada a tiempo la huelga. Nuestros compañeros han creído que había llegado esa necesidad y se han lanzado resueltamente a la lucha, enarbolando la bandera del trabajo frente al capitalismo opresor.

Nuestro deber, ya triunfen o caigan vencidos, es declararnos solidarios con ellos y demostrar con nuestra ayuda moral y material, que la solidaridad obrera no es una palabra vana.

A este fin se abre desde hoy en las columnas de

“La Vanguardia”, una suscripción a favor de los gremios en huelga.

¡Viva la causa del trabajo!

¡Viva la solidaridad obrera!”

El 14 de octubre de 1894, 19 sociedades obreras realizan una importante manifestación pública en pro de la jornada de ocho horas apoyando un proyecto del concejal Pittaluga. Los centros socialistas se adhirieron a la manifestación y publicaron un manifiesto.

Los grupos socialistas formaron un “Comité Central Argentino del Partido Socialista Obrero Internacional”, el que con fecha 3 de abril de 1895 publicó su carta orgánica, figurando como su segundo propósito el de “Favorecer por todos los medios a su alcance la organización gremial de la clase trabajadora y difundir la verdad económica y social”.

El primer Congreso Socialista Obrero Argentino se reunió en los días 28 y 29 de junio de 1896, en la ciudad de Buenos Aires, en la sala del “Club Socialista Vorwaerts”, calle Rincón 1141, dando organización definitiva, declaración de principios, programa y estatutos al Partido Socialista en la Argentina. En sus deliberaciones participaron 19 centros socialistas y 15 sociedades gremiales, pues el primer congreso socialista tuvo esta característica única, porque fué un congreso mixto, gremial y político al mismo tiempo, y sus sesiones fueron divididas en dos partes; en la primera tomaron participación todos los delegados

y se trataron los asuntos de orden político y general, y en la segunda parte solamente delegados de las sociedades gremiales y se trataron asuntos exclusivamente relacionados con la lucha gremial. En las bases de convocatoria para el primer congreso establecidas por el Comité Ejecutivo provisorio, decía: “La fórmula de adhesión es: en el terreno de la lucha de clases que sostiene el proletariado para llegar a su emancipación, reconocer la necesidad de la acción política y de la acción gremial. La adhesión al congreso no implica la adhesión al Partido. Los delegados de las secciones económicas, a menos que a nombre de la sociedad hagan declaración de adhesión a nuestra organización política”.

El artículo 1o. de los estatutos aprobados por el primer congreso estaba redactado en la siguiente forma:

Artículo 1o. El Partido Socialista Obrero Argentino está formado por todos los grupos políticos, sociedades gremiales, círculos de estudios sociales y de propaganda, sociedades de socorros mutuos y cooperativas que hagan formal declaración de adhesión a su programa y método de acción y tengan diez o más adherentes”.

Lo completaba el artículo 3o., que decía: “Las sociedades gremiales adherentes al Partido deberán formar parte de la federación nacional del oficio, si la hay, o adherirse a ella, si llega a formarse”.



Como se puede ver, las ideas y las prácticas del primer congreso socialista, en materia de organización gremial proletaria, fueron bastante confusas. Esto tiene su explicación en la inexperiencia de muchos militantes de la primera hora y en la imitación de las prácticas de algunos partidos socialistas europeos, el belga, por ejemplo.

Pero pronto se ha reaccionado contra la confusión del primer congreso, inconveniente y peligrosa para ambos movimientos, gremial y político, de la clase obrera. Y en el tercer congreso socialista reunido en la ciudad de Buenos Aires, calle Méjico 2070, en los días 21 y 22 de julio de 1900, se volvió sobre la buena y sana doctrina, sobre el paralelismo y buen acuerdo de la organización gremial y política de la clase obrera, conservando cada uno su independencia y autonomía. Y los artículos 1o. y 3o. del estatuto del Partido se reformaron en el sentido siguiente: “Artículo 1o. El Partido Socialista Argentino está formado por todos los grupos políticos o sociedades cuyos adherentes acepten su programa y disciplina y tengan 20 o más adherentes en la capital y 15 en las provincias”.

“Artículo 3o. Los adherentes al Partido tienen el deber de apoyar y fomentar las sociedades gremiales”.

Esta forma fué definitiva, salvo alguna que otra modificación de detalle o de forma introducida por los congresos ulteriores.

De lo expuesto se desprende que desde el nacimiento del movimiento socialista en la Argentina, una de sus preocupaciones dominantes fué contribuir a una sólida e inteligente organización gremial, y para coadyuvar a esta obra ha puesto su prensa, sus locales y sus hombres. Se comprendió desde el primer momento que el Partido Socialista, organización política de la clase obrera, debía apoyarse sobre una firme organización gremial de la misma, y ésta a su vez debía apoyarse sobre un Partido Socialista que sea auténtica y genuina expresión de las necesidades y aspiraciones políticas de las clases laboriosas; conservando, empero, ambas organizaciones su más absoluta autonomía e independencia.

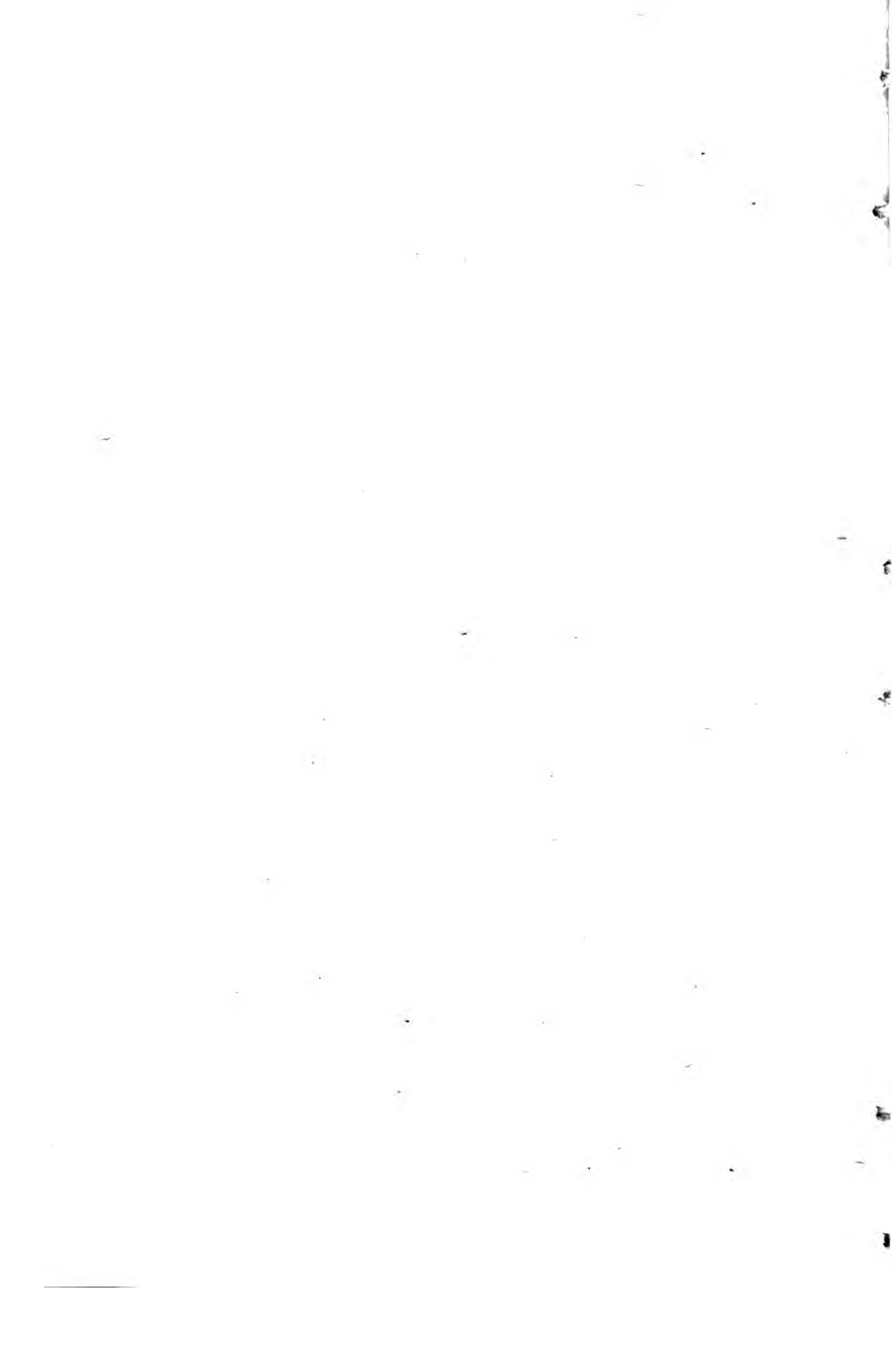
Tales fueron los comienzos de la obra. En los años sucesivos el Partido mantuvo su conducta trazada frente a todos los movimientos obreros. El tiempo le ha dado razón.

Esta clara e inteligente visión pudo haber sufrido, y sufrir aún, algunas confusiones y eclipses. Pero ellas han sido y serán pasajeras y transitorias. La solidez de un edificio depende principalmente de sus cimientos, y éstos fueron muy sólidamente echados para el movimiento gremial y socialista en la Argentina.

Podráse o convendrá modificar en el conjunto tal o cual detalle, levantar o suprimir tal o cual tabique, agregar tal o cual adorno al edificio construído; pero jamás reconstruirlo sobre bases distintas y nuevas.

Siga el Partido Socialista en su probada y eficaz táctica, su riguroso método y su voluntaria disciplina, y mantenga sus claras e inteligentes relaciones con la organización gremial proletaria, en la seguridad que contribuirá al afianzamiento recíproco de su progreso y a la solidaridad real de la clase obrera.

Abril 7 de 1917.



## LA FRAGILIDAD DE LOZA

### Carta abierta a su excelencia el señor gobernador de Córdoba.

No tengo el honor de conocer a su excelencia personalmente, ni lo lamento mucho. Políticamente voy conociéndolo, a medida que sus propios correligionarios, los radicales de Córdoba, van denunciándolo ante el pueblo de la república como a un verdadero traidor de la "causa". Ellos tendrán, de seguro, razones más que suficientes para lanzar tan grave acusación contra su excelencia el señor gobernador.

Pero, sin conocerlo personalmente, quiero cumplir un acto de gentileza para con usted. Agradecerle público y efusivamente por el honor de haber hecho — tal vez inconsciente e involuntariamente — una enorme reclame sobre mi modesto nombre de conferenciante socialista al negar a mi Partido el teatro Rivera Indarte para que desde su escenario, el diputado nacional Antonio de Tomaso y el que suscribe, hicieran uso de la palabra sobre temas de orden científico, político y social.

Sin la medida de usted, excelentísimo señor gobernador — medida que la tornadiza e ingrata opinión pública de Córdoba, y tal vez del país entero, califica de injusta y parcial, — mi conferencia sobre “Ciencia y Religión” hubiera pasado tal vez inadvertida, dadas mis modestas condiciones de conferencista y orador. Pero los caminos del Señor son inescrutables. Usted, excelentísimo señor gobernador, ferviente católico apostólico romano y fanático enemigo del socialismo, viene a servir al mismo en forma inesperada y, a mi entender, eficacísima. Y yo se lo agradezco de todo corazón. Gentileza obliga, señor gobernador.

Empero, y como justa compensación por su inesperada colaboración, deseo tranquilizar su conciencia de creyente, excelentísimo señor, porque sospecho que usted se habrá imaginado que conmigo iba a trasladarse a Córdoba el mismo demonio en persona, y que al discurrir sobre “Ciencia y Religión” diría, seguramente, herejías sin fin.

Tranquilizar la conciencia de un creyente es siempre un acto piadoso. Y lo deseo cumplir con usted, señor gobernador, como un gesto de gratitud socialista.

He aquí un brevísimo resumen de lo que hubiera dicho desde el escenario del teatro Rivera Indarte, si usted lo hubiera cedido gentilmente a mi partido:

Hablar de la ciencia a la “docta” Córdoba, diría, es un honor. En la ciudad donde la nación, con los dineros del pueblo, costea una universidad para que enseñe

las verdades científicas a su estudiosa juventud; en la ciudad de Martín Gil, quien, desde su modesta azotea escruta con su buen telescopio y con su mejor cerebro los mundos infinitos, y estudia las manchas del sol en su relación con las sequías y las lluvias, y, por lo tanto, con las cosechas y el bienestar material del pueblo de la república; en una ciudad así, hablar de ciencia es un deber y un derecho. Hubiera dicho al pueblo y a la juventud estudiosa de Córdoba, excellentísimo señor, que las verdades de la ciencia dignifican, ennoblecen y elevan al hombre; que le sirven de guía segura en el vasto laberinto de la vida; que contribuyen a mejorar su bienestar material y, por lo tanto, su bienestar ético y mental. Hubiera dicho que las verdades científicas no son humillantes para el hombre, como lo son las pretendidas verdades reveladas, porque no fueron reveladas al hombre como los dogmas, sino que son producto de su propio esfuerzo mental, labor heroica y abnegada de su inteligencia, trabajo hercúleo de la flor y nata de la especie humana.

Todo esto y mucho más — pero en el mismo tono — hubiera dicho al pueblo y a la juventud de la “docta” Córdoba, de la Córdoba de fray Trejo y Sanabria...

También hubiera hablado a la católica Córdoba discurrendo sobre “Religión”. Le hubiera dicho que los socialistas somos ampliamente tolerantes con todas las creencias auténticas y sinceras; que al fanatismo

y a la superstición no queremos combatir con la política, sino con la divulgación de las verdades de la ciencia; que en nombre de la libertad de cultos y de la tolerancia religiosa los socialistas pedimos la separación de la iglesia y el estado, para que no haya en nuestro país cultos privilegiados, y para que la iglesia católica apostólica romana no viva con los dineros del pueblo, provenientes de impuestos sobre el alimento, vestido, habitación y trabajo; impuestos pagados por católicos, masones, herejes, librepensadores, judíos, mahometanos, protestantes, socialistas, etc., etc. Si el excelentísimo señor gobernador es un católico sincero, debe ser el primero en aceptar y aplaudir estas ideas.

Hubiera hablado a la católica Córdoba del cristianismo primitivo, de su pobreza, humildad y sencillez; y le hubiera hablado... Pero ¿para qué seguir? Si el excelentísimo señor gobernador no quiere que hable... en el teatro Rivera Indarte, se entiende.

Todo esto lo diré al pueblo de Córdoba desde la plaza, si el señor gobernador me lo permite... ¿Y cómo no me va a permitir, si su excelencia manifiesta: “profesar el mayor respeto por la libre emisión de las ideas y por todo lo que importe una exteriorización de progreso en el orden intelectual, científico y artístico?”... ¡No en el teatro, se comprende, pero sí en la plaza!

Todo esto lo comprendo, señor gobernador. Lo que no comprendo son sus argumentos de orden “pa-



triótico” y “tradicional” al querer justificar su negativa de permitir hablar a dos diputados nacionales desde un local público, como lo es el teatro Rivera Indarte. Quedan muy mal estos argumentos en boca de un católico apostólico romano, como lo es su excelencia. ¿Acaso no cree el señor gobernador en la doctrina de Cristo-Jesús, aquel sublime soñador de Judea, el más internacionalista de los internacionalistas habidos y por haber? ¿Acaso no se somete usted incondicionalmente, como cuadra a un buen católico, a la infalibilidad de los papas, que fueron, son y serán súbditos italianos? ¿Acaso “católico” no significa universal? ¿Acaso todos los hombres de la tierra no son hermanos en Cristo? Su excelencia convendrá conmigo en que si hay alguna secta internacionalista, por antonomasia y no en el mejor sentido, es la secta católica apostólica romana. El “sentimiento patrio”, pues, de los católicos argentinos que obedecen al Vaticano, no puede ni debe oponerse al “sentimiento internacionalista” de los socialistas de la Argentina, que trabajan, en primer término, por el bienestar mensurable del pueblo argentino.

Me disculpará el señor gobernador de la extensión de esta carta abierta. El asunto es de resonancia, y vale la pena hablar de él con cierta amplitud, y sobre todo, desde que su excelencia misma ha querido darle resonancia y amplitud...

Me consta — porque es público y notorio — que el señor gobernador se ha incorporado al radicalismo

con el “loable” propósito de ponerse a la cabeza de una cruzada antisocialista en la república. Yo le aplaudo y felicito por ello, porque seguro estoy de que, sin quererlo ni saberlo, será el colaborador más eficaz del socialismo en la Argentina, en virtud de aquella sentencia profundamente filosófica que dice: “La libertad debe tanto a la temeridad de sus enemigos, como a la sabiduría y prudencia de sus amigos”.

Pero me permito darle un consejo, señor gobernador, que espero sabrá apreciar en todo lo que vale: combata usted las ideas con ideas, los programas con programas y los ideales con ideales, y no con pequeñeces y mezquindades indignas de hombres cultos y civilizados. Y así, la lucha política y social se dignificará y elevará, y todos ganarán con ello.

Porque siempre es bueno acordarse, señor gobernador, de lo que sabe todo el mundo, hasta el mismo Perogrullo: que de lo sublime a lo ridículo no hay sino un solo paso.

Saludo al excelentísimo señor gobernador con mi consideración más distinguida.

Octubre 28 de 1916.

## CARTA ABIERTA AL SEÑOR ENRIQUE FERRI

“—Usted, señor Ferri, empezó por hablarnos como un astrónomo o un astrólogo de las estrellas, de la luna y de los planetas; pero en seguida bajó a la tierra, a nuestra tierra y en ella se hundió en el lodo hasta el pescuezo...” Tal dije en el Odeón, al comenzar mi réplica a su conferencia y a su invitación.

Yo quería demostrar esta afirmación mía. Y a fe que no me hubieran escaseado los elementos para ello. Pero la infaltable “claque” que lo sigue y lo aplaude y que usted pretende llamar “pueblo soberano”, y la vergonzosa fuga de usted (porque no podía ser otro el motivo de su retirada, pues el pretexto de la injuria es sencillamente ridículo en boca suya que no ha hecho otra cosa sino injuriar durante toda su vida), me han impedido realizarlo en aquella oportunidad. Quiero hacerlo ahora, cumpliendo con un deber penoso exhibiendo la triste silueta moral de usted. Y lo hago, no porque abrigue la más remota esperanza en su arrepentimiento y reconocimiento de su error. Los “apóstatas” y los “traidores” jamás se arrepienten. Lo hago para que lo conozca la parte sana y sensata

del pueblo en toda su desnudez moral e intelectual, y para que desaparezca la última partícula de la leyenda del Ferri de antaño.

Debo confesar que nunca he creído en la “sinceridad” y la “autenticidad” del socialismo de usted. Más aún: nunca he creído en su “ciencia”. Toda su vida política y científica ha sido una serie no interrumpida de “pose” de “bellos y feos gestos”, de “escándalos y bochinchos” más o menos ruidosos. Demagogo por excelencia, usted no ha hecho otra cosa que cultivar el populacherismo, halagando las más bajas pasiones de la plebe ignorante e inculta. Padre intelectual del “integrismo”, ha sido usted la piedra de escádalos del Partido Socialista Italiano. Nunca se ha vinculado usted a ninguna obra tranquila, sólida y más o menos anónima. Nada hizo en favor de la cooperación libre. Nada en favor del gremialismo proletario “auténtico” y “genuino”. Como legislador, jamás elaboró usted ninguna ley constructiva, ni en el parlamento italiano desempeñó otro papel que el de provocador de escándalos para llamar sobre sí la atención de todo el mundo. La campaña “sin ton ni son” contra Bettolo le ha valido a usted la expulsión de la cámara (fué entonces cuando usted rompió un vidrio y metiendo la cabeza por el agujero gritó desaforadamente a toda la cámara: “siga la camorra”, y no como inexactamente lo afirmó usted en su última conferencia, que la rotura del vidrio ocurrió durante la campaña obstruc-

cionista del 98) y una condena de tres meses de cárcel que por lo visto le ha sido a usted perdonada por “su majestad”.

¿Dónde está su obra política real, positiva y fecunda? ¿Y cómo podemos creer en su ciencia para “locos”, “criminales” y “genios” los que trabajamos por la creciente elevación del nivel de vida de los “cuerdos”, “normales” y la “gente común”?

Liquidado como hombre político y de ciencia en Italia, usted vino a la República Argentina. Conociéndolo como lo conocíamos nosotros, poco esperábamos de su venida a este país. Pero en su primera estadía entre nosotros lo hemos “tolerado”. De adulator de las masas en Italia, se transformó usted en la Argentina, en adulator de las clases privilegiadas, en apologista de la oligarquía imperante. A raíz de las elecciones del 18 de octubre de 1908, cuando el Partido Socialista argentino fué robado vergonzosamente por el actual presidente de la república, usted justificó, declarando que aquí el socialismo “no tenía razón de ser”, frase recogida por la oligarquía para cohonestar todos sus desmanes y atropellos contra la clase obrera, gremial y políticamente organizada.

Sería largo enumerar todas las deslealtades de usted en su primera estadía en la República Argentina. Agasajado y banqueteadó por todos los caudillejos de la ciudad y de la campaña, remató usted su obra con aquella sacada de sombrero al pasar en manifestación delante de una iglesia en la ciudad de Santa

Fe, habiendo “guadagnato” unos centenares de miles de liras por sus patrañas y vulgaridades pseudo-científicas. Ufano y con los bolsillos repletos, volvió usted a Italia. Allí hizo su salto mortal monárquico que le ha valido el aplauso de las clases conservadoras de todos los países.

Ingenuamente creímos que con aquel gesto terminaría su “hazaña socialista”.

Pero usted, en su afán de “escándalo” y de “ruido”, nos había reservado nuevas sorpresas y nuevos dolores de cabeza. Su retorno a la Argentina y la reincidencia en sus anteriores deslealtades en las circunstancias especiales por que atravesamos, constituyen un delito máximo, pasible de una pena grave.

Vino usted de nuevo a halagar las vanidades y miserias de nuestros gobernantes, a aplaudir la explosión de barbarie atávica de nuestra juventud dorada, a justificar todas las arbitrariedades de la oligarquía imperante y a condenar al único movimiento inteligente y fecundo del país, cual es el movimiento socialista.

Con su última conferencia del Odeón ha rebosado usted la medida de la paciencia y de la tolerancia. Conferencia servil y abyecta que le coloca a usted en la categoría de los apóstatas.

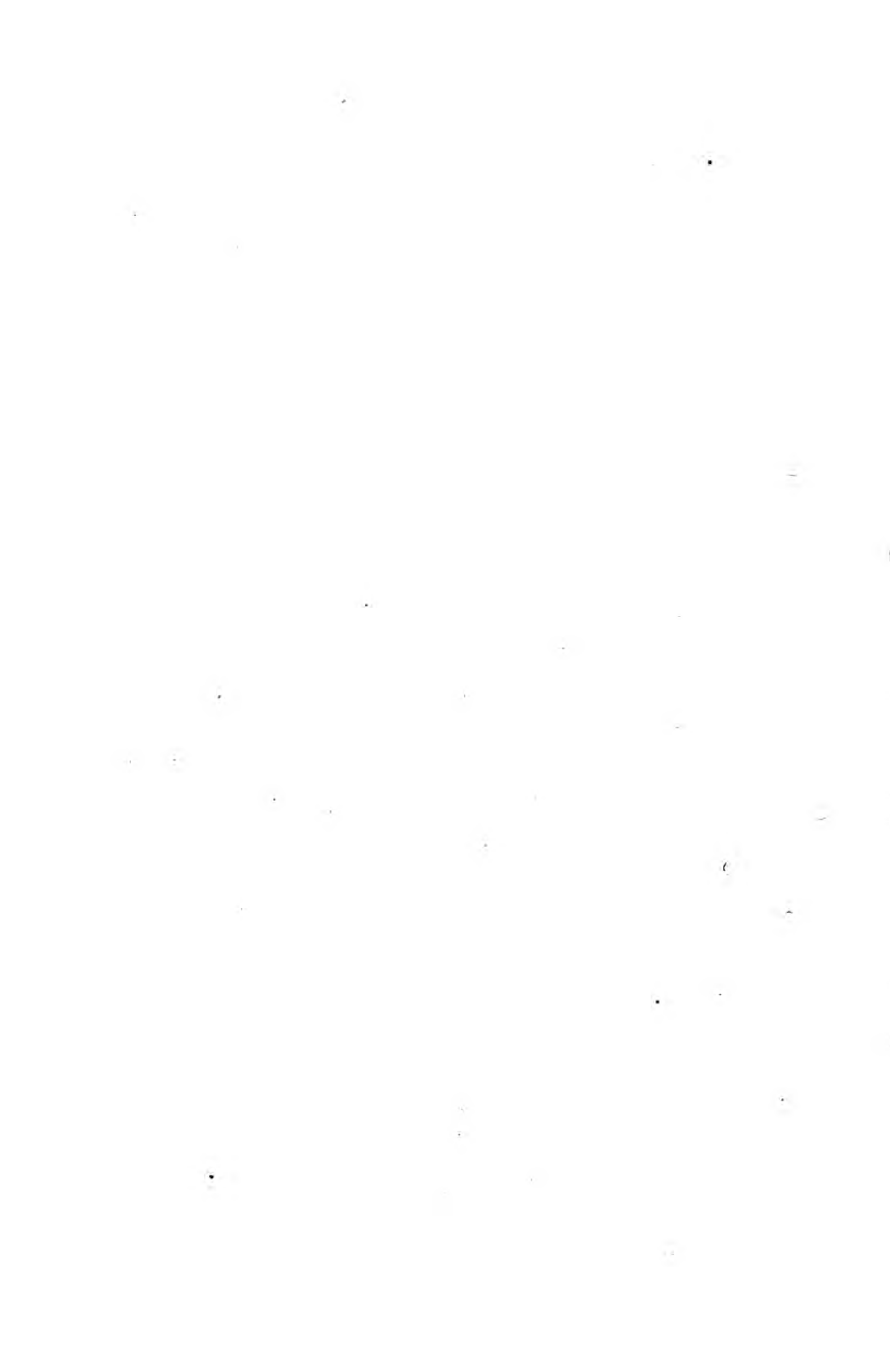
La misma burguesía argentina que lo aprovecha, paga y aplaude, en el fondo lo desprecia, por su vi-

da borrascosa y charlatanesca y por sus vulgares y mezquinas ambiciones. En el pecado está el castigo. Quien siembra vientos recoge tempestades. Y usted, que sembró tempestades, ¿qué recogerá?

“Hundido en el lodo hasta el pescuezo” no hay fuerza humana capaz de sacarlo del pantano. En él permanecerá usted.

He trazado brevemente su silueta moral e intelectual para que el pueblo laborioso de la Argentina lo marque a usted con el sello indeleble de la apostasía y la traición.

Septiembre 13 de 1910.





## LA NUEVA ETAPA

Las elecciones del 7 de Abril de 1912 marcan un nuevo e importante jalón en la marcha ascendente del socialismo en la Argentina.

No es que el veredicto de las urnas haya sido para nosotros una sorpresa inesperada ni producto de pura casualidad. Lo preveíamos con cuasi matemática exactitud. Es el fruto maduro, el lógico y natural resultado de la inmensa labor que los socialistas realizaron durante diez y ocho años de propaganda y agitación; es la deliberada y necesaria manifestación política de la conciencia de clase del pueblo obrero de la Capital Federal; es la inauguración de una nueva era, expresión fatal de las nuevas fuerzas históricas que con creciente vigor aparecen sobre el escenario de la vida política del país.

El socialismo en la Argentina, la más alta e inteligente manifestación de una verdadera democracia, ha plantado jalones a lo largo del camino de su constante ascensión, marcando etapas y fijando rumbos para sus futuras y fecundas luchas y triunfos.

Intimamente ligado y vinculado al movimiento

obrero gremial de la república, sufriendo con sus derrotas y regocijándose con sus triunfos, el Partido Socialista es la síntesis política de las necesidades, aspiraciones, deseos, ideas e ideales del proletariado argentino. Y los obreros de la capital, escarnecidos, vejados, odiados y perseguidos por oligarcas cebados en el vicio y la corrupción, en cuanto pudieron, quisieron y supieron manifestar su voluntad por medio del voto — arma fecunda de las democracias modernas, — llevaron al Parlamento a sus más genuinos y auténticos representantes.

El triunfo electoral del Partido Socialista es un fenómeno político de trascendental importancia para la incipiente vida democrática del país. Es el triunfo de la idea y del programa sobre el personalismo estrecho, ruin y mezquino; el triunfo de un partido político moderno sobre las camarillas y facciones de la política criolla; el triunfo de la civilización europea sobre la barbarie nativa; el comienzo del triunfo del socialismo sobre el régimen capitalista imperante.

Tiempo ha que el Partido Socialista hubiera triunfado en la Capital Federal. Los diputados Justo y Palacios debieron haberlo sido hace ya cuatro años — 1908 — si la voluntad omnímoda del peor de los presidentes argentinos no hubiera puesto en juego todos los resortes del fraude y de la venalidad para derrotarlos. Derrota gloriosa, pues su motivo fundamental fué la decidida y tenaz oposición del Partido Socialista a la adquisición de nuevos armamentos. Y pa-

ra coronar su obra nefasta de mal gobernante y de peor político, el presidente Figueroa Alcorta desencadenó, en el año del centenario, toda la furia reaccionaria y clerical contra el movimiento obrero y socialista del país. Fué aquello una crisis dolorosa, pero lógica y saludable en sus efectos y consecuencias. El vendaval de la reacción dañó en lo material a nuestra causa, pero la consolidó en lo moral. Todos los grandes movimientos históricos necesitaron de la persecución para consolidarse y avanzar. El año 1910 preparó el 1912. Las hordas del centenario estimularon, brutal y violentamente si se quiere, la conciencia de clase del proletariado argentino. Y del mal surgió el bien, de las tinieblas la luz; y henos en plena apoteosis de nuestra obra, en pleno florecimiento de nuestro ideal.

La nueva ley electoral, con el padrón militar, el voto obligatorio y secreto y la lista incompleta, es la causa ocasional de nuestro triunfo. Por más grandes y poderosas que sean las virtudes y los efectos de una ley, es absolutamente incapaz de crear nuevas costumbres y prácticas. La ley, por lo general, viene a sancionar a la costumbre; puede también estimularla y hasta encauzarla. Pero la costumbre debe ser anterior a la ley. El Partido Socialista puede vanagloriarse que en 16 años de práctica del voto ha introducido en la Capital Federal nuevas costumbres electorales, habiendo minado lentamente la omnipotencia de los caudillos de la corrupción, del fraude y de la venalidad. La ley vino a dar sanción a nuestra obra. Y la derro-

ta total y definitiva de los caudillos electorales es el resultado de nuestra larga y fecunda labor de democracia y educación.

En las elecciones anteriores, nuestros enemigos pretendían armonizar la importancia creciente de nuestro contingente electoral diciendo que fueron “radicales” o “cívicos” o “republicanos” que votaban la lista socialista, porque sus respectivos partidos se abstentían de concurrir a la elección. En la actual contienda nadie puede discutir la “procedencia, convicción y autenticidad socialista” de los 18.000 votos más o menos, el término medio que reunió nuestra lista; pues en la elección del 7 de Abril hubo candidatos de toda marca y pelo; los hubo para todos los gustos y, por lo tanto, cada elector votó según sus ideas o según su falta de ideas.

El crecimiento considerable de votantes socialistas, su importancia cuantitativa y cualitativa, crea una nueva situación al Partido Socialista. Es la nueva etapa que se inaugura. Su brillante y legítima victoria electoral le crea nuevas, graves y grandes responsabilidades de organización interna y de agitación externa. Muchos ojos nos contemplan ansiosos y muchos oídos nos escuchan ávidos. El “control” público se ejercerá, en más alto grado, sobre nosotros; pues somos lo único verdaderamente nuevo y trascendental en la nueva política que se inaugura. Nuestras responsabilidades crecen con nuestra importancia numérica. Y a medida que salimos de la simple afirmación teórica y

nos incorporamos a la fecunda y vigorosa agitación de la vida cotidiana, debemos adquirir conciencia clara de nuestras responsabilidades ante el proletariado que nos acompaña y ante el país entero que nos contempla.

En lo interno, debemos borrar de nuestras doctrinas todo dogmatismo estrecho, y desterrar de nuestras filas todo sectarismo pequeño y estéril. Somos un gran Partido y no una secta; nuestra doctrina es vasta, amplia y fecunda como la vida y como la ciencia, y nada tiene del dogma petrificador y anquilosante. Seremos grandes y poderosos cuando busquemos los puntos que nos unen y no aquellos que nos separan. Nuestra voluntaria e inteligente disciplina debe constituir nuestra fuerza y no nuestra debilidad. Los socialistas, individual y colectivamente, debemos ser focos de irradiación y de atracción y no de repulsión. Si de todo eso nos compenetramos, haciéndolo carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, creceremos y nos multiplicaremos como las “arenas de la playa del mar y como las estrellas del firmamento”.

En lo externo, debemos mezclarnos con la vida general y colectiva. Mezclarse y no confundirse. Deben interesarnos todos los problemas políticos y sociales. Siendo un partido de clase, de la clase más numerosa e importante, debemos identificar los intereses de esta clase con los intereses generales del país. Nada puede ni debe sernos indiferente. Debemos, en una palabra, vigorizar y disciplinar nuestra organización

interna, e intensificar y extender nuestra propaganda y agitación externa.

Empero, la totalidad de las energías y actividades socialistas no deben ser absorbidas en lo electoral y lo político, pues no son las únicas ni las más fundamentales actividades del proletariado moderno. La nueva etapa política nos impone nuevos deberes en lo gremial y lo cooperativo. Lo uno sin lo otro es trunco, incompleto. La democracia obrera, el gremialismo proletario y la cooperación libre forman el trípode sólido de todo el movimiento social contemporáneo.

Tales son las características de la nueva etapa. El jalón plantado en nuestro camino ascendente no admite retrocesos. Hemos de pensar que en lo futuro nuestros enemigos de todos los matices se unirán en común esfuerzo para combatir y oponerse a la creciente influencia del Partido Socialista, poniendo a dura prueba la solidez de nuestra organización, la flexibilidad de nuestro método, la inteligencia de nuestra acción y la bondad y la grandeza de nuestro ideal.

En torno de nuestro estandarte ha de agruparse lo más sano y consciente del pueblo laborioso y fecundo. Lo verdaderamente radical y lo sinceramente liberal caben en nuestro seno. El radicalismo criollo y el liberalismo moderado no constituyen aún entre nosotros fuerzas orgánicas ni partidos de programa. Lo primero es apenas un estado de ánimo, y lo segundo un modo de ser. El amplio criterio y la fecunda acción de los socialistas deben obrar cual imán poderoso sobre

lo más sincero y avanzado de nuestro pueblo. Y el día en que todas las fuerzas de reacción se coaliguen contra nosotros, seamos capaces de librarles batalla y vencer y triunfar.

A mayores influencias, mayores responsabilidades. Saludemos con júbilo lo primero, y preparémonos con serena tranquilidad para afrontar, en conciencia, lo segundo. Poseemos el verdadero talismán del triunfo: el ideal, la voluntad, la fe y el entusiasmo. ¡Tal la nueva etapa!

Mayo 1.º de 1912.





## LA "SOCIEDAD LUZ"

Hace cerca de veinte años, un puñado de hombres, compenetrados de la trascendental importancia que tiene para la redención del pueblo su elevación mental e intelectual, fundaron una sociedad para difundir en el seno de las masas laboriosas las verdades científicas, elementales y fundamentales, bautizándola con el nombre que encabeza estas líneas.

"Sociedad Luz": nombre simbólico por cierto. La luz es el contraste de la sombra, de la obscuridad, de las tinieblas. La luz es la vida, y la obscuridad la muerte. ¡Luz, mucha luz necesita el pueblo! Las seculares tinieblas de la ignorancia y de la superstición huirán veloces ante los raudales de luz que sobre el pueblo proyecta la ciencia. "Sociedad Luz", es, pues, de un alto y hermoso simbolismo. Sus primeros fundadores así lo entendieron. Proyectar un rayo de luz a través de la densa ignorancia de nuestro proletariado; iluminar su cerebro, rasgar el tupidó velo de su superstición: tal la tarea. Propósito noble y vasto, de incalculable alcance social, exigía de parte de sus fundadores mucha voluntad, gran amor a la causa, y más perseverancia aún.

Como todas las obras grandes y fecundas, la “Sociedad Luz” tuvo un principio modestísimo. Una docena de hombres de buena voluntad reunidos en un local socialista, cedido gratuitamente para el objeto, contando con los pequeñísimos recursos allegados por una subscripción voluntaria, diéronse un estatuto breve, sencillo y conciso, ¡he ahí el solemne acto de fundación de la sociedad! Sin contar con subvenciones oficiales, sin grandes nombres que la presagiaran, sin reclame de ningún género, modesta, fecunda y sencilla, como sus propósitos e ideales, la “Sociedad Luz” vió la luz en este nuestro medio de densas tinieblas y profunda obscuridad mental.

Manos a la obra: tal fué su divisa inicial; y manos a la obra continúa siendo su divisa actual, y continuará siéndolo, mientras haya un ignorante que ilustrar.

Dos décadas de incansable y valiente labor han robustecido su vida, han cimentado su obra, han hecho permanente y duradero lo que antes era efímero y transitorio; han arraigado su existencia con hondas y poderosas raíces, en el fecundo y fértil seno de nuestras masas laboriosas.

Hoy la “Sociedad Luz” es una institución eminentemente popular. Es del pueblo y para el pueblo. Está por encima de toda división doctrinaria y sectaria. Es un lazo de unión de todas las fuerzas mentales y éticas dispersas. Es la tercera institución popu-

lar, al lado de las instituciones económicas y políticas, siendo su complemento necesario e indispensable.

Hoy la "Sociedad Luz", verdadera universidad popular, se alza frente a la vieja, arcaica y tradicional universidad oficial, donde el saber es privilegio de clase, donde se crean y fomentan verdaderas castas sociales.

Los que instruyen al pueblo, realizan una obra magna, eminentemente revolucionaria, rompiendo viejos moldes, destruyendo errores, suprimiendo castas, aniquilando prejuicios, nivelando a todos los hombres ante el saber.

La ciencia es la única gran revolucionaria. Pero la ciencia que está al alcance de todos, la ciencia que ilustra y educa a la gran masa popular, la ciencia que se aplica a la vida, la que sirve para hacerla más llevadera, que la ennoblece y eleva, la ciencia democrática, la que nivela y une a los hombres en un lazo común de progreso, tal es la gran revolucionaria, la que transformará el actual orden de cosas.

Es de una perentoria necesidad, que el pueblo comprenda el valor real de la ciencia; que se compeñete de esta verdad elemental: que no hay emancipación posible si no se instruye y educa, que la más difícil y trascendental redención es la del espíritu, que las luchas económicas y políticas deben estar precedidas y seguidas por un constante combate intelectual; que todas las conquistas materiales, si no elevan la in-

teligencia ni ennoblecen el sentimiento, son conquistas efímeras y despreciables.

Cabe el honor y la gloria al socialismo, entre nosotros, de haber comprendido y emprendido, antes que nadie, la noble y difícil tarea de la instrucción del pueblo. La "Sociedad Luz" es su viviente testimonio. Socialistas fueron sus fundadores, socialistas militantes activos y no activos, han dictado y dictan los cursos; en locales socialistas y obreros funcionan las clases: el auditorio es genuinamente socialista y obrero; y toda la obra está íntimamente ligada al desarrollo del socialismo en nuestro país.

Actualmente la "Sociedad Luz" ha llegado a reunir en su seno a un núcleo de inteligencias claras y emancipadas, ansiosas de contribuir con su esfuerzo a la gran obra de ilustración popular. Alrededor de este núcleo se cristalizarán nuevas fuerzas y nuevas inteligencias. Cada día la sociedad extenderá su radio de acción, abarcará nuevos horizontes, estimulará nuevas energías.

Es cierto que en relación a lo que debiera y pudiera hacerse, la obra realizada es aún insignificante. Pero, todos los principios son difíciles, y venciénolos se ha dado el paso más decisivo en el camino emprendido. Máxime en nuestro medio refractario a toda iniciativa que no prometa lucro personal, que no levante fáciles pedestales para medioeridades que, ávidas, buscan riqueza, gloria y renombre.

Obra de gigantes es, para nosotros, en nuestro medio venal y corrompido, trabajar por y para la idea. La inmensa mayoría de las gentes no entienden tal cosa. En toda obra, suponen un medro personal, en toda institución, el predominio y la vanidad individual. Y si no llegan a descubrir el medro ni la vanidad personal, consideran la obra inútil, y a sus propulsores, simples ilusos si no locos peligrosos.

En tal medio, se comprende fácilmente que la idea no haya podido progresar a pasos de gigante, que toda obra útil y fecunda choque con mil obstáculos; que la hostilidad y el ridículo sean el premio de la sana e inteligente labor.

La "Sociedad Luz" ha pasado y sufrido todas estas peripecias y alternativas; primero, el ridículo y el desdén que desmoraliza y enerva; luego, el silencio que aniquila y mata; y, por fin, la fundación de otras sociedades similares, no todas con el noble propósito de enseñar y educar, sino con el inconfesable de desprestigiar e ignorar la gran obra ajena.

Pero, la perseverancia es patrimonio de los vencidos y de los fuertes. Perseverar es triunfar. Y perseveran los que poseen un gran ideal, los que están animados por un alto espíritu de altruismo y abnegación, los que toman su estímulo en la gran fuente de la vida, en el seno de la masa popular, laboriosa, sufrida y abnegada.

¡El pueblo tiene sed de ciencia, y hambre de sa-

ber! ¡Dad de beber al sediento y de comer al hambriento!

Tal fué, es y será el gran evangelio de la vida. La emancipación del pueblo es obra de instrucción y cultura. ¡Hombres de buena voluntad, de inteligencia clara y libre, cooperad a esta gran obra de redención social y humana!

Las tinieblas son profundas, la obscuridad es densa, la noche es aún larga y soberana. Apenas se vislumbra el crepúsculo sonriente. El astro rey no ha aparecido aún. Todo anuncia su salida. La brisa suave, el perfume primaveral, el gorjeo de los pájaros, el canto de redención.

¡Luz, mucha luz necesita el pueblo!

## **EL PROBLEMA RURAL**

Comenzará pronto la gran tarea anual de la cosecha. La enorme área sembrada exigirá para su recolección la movilización de un ejército de trescientos mil peones del campo. El país entra en una actividad febril. La campiña preñada de mieses espera ansiosa el alumbramiento final. Por las inmensas ubres de la tierra circula la primaveral y fecunda savia nutriendo las raíces, tallos y espigas, portadores del deseado fruto. La tierra, el sol, la lluvia y el sudor del hombre, fecundizan y engendran la simiente de la vida.

Doquiera el hercúleo brazo del labrador infatigable ha abierto amplios surcos en las entrañas de la madre tierra y arrojado la sana semilla, surgen raudales de vida y fuentes de riqueza. La república entra en su verdadera y natural actividad. La siega, la trilla, el transporte de la exportación son las fases sucesivas de las tareas de la cosecha.

Son tres o cuatro meses de un trabajo abrumador, fecundo, febril y urgente; pues de la diligencia y la rapidez de la recolección depende el éxito final de la obra. Cualquier entorpecimiento, natural o artificial,

en las distintas operaciones, amenazan de pobreza y de miseria a la nación casi entera.

Esta actividad periódica e intensa nos hace recordar que vivimos en un país cuya vida económica está íntimamente ligada a la tierra. Nuestra verdadera industria es la producción agropecuaria. La industria manufacturera es raquítica y artificial; ha nacido y vive al amparo del calor oficial, y el día que este calor le falte, muere de anemia y consunción.

Como consecuencia de tal estado de cosas, el gobierno del país está en manos de los potentados de la tierra, de los grandes terratenientes. Es una oligarquía feudal, y no industrial ni comercial.

Nuestro gran problema social no puede ser, pues, tampoco un problema urbano ni industrial. El problema obrero de la Capital Federal y de uno que otro punto del interior, es secundario y pequeño al lado del gran problema agrario, primordial y fundamental para los destinos futuros del país; problema apenas planteado y que ansioso espera a sus apóstoles y pioneers.

Sin querer negar la importancia ni la trascendencia de nuestro movimiento obrero industrial y urbano, creador de nuevas costumbres y prácticas económicas y políticas entre nosotros, afirmamos que sus esfuerzos serán limitados y su acción muchas veces esterilizada, si no interviene en la liza el proletariado rural, si no se plantea decidida y resueltamente la cuestión agraria.

Reflexiónese serenamente sobre el pavoroso pro-



blema del latifundio, piénsese bien sobre la vida económica del país, medítese con conciencia sobre la respectiva importancia de la producción rural y de la industria urbana; y veráse cuán infinitamente superior y más importante es entre nosotros el problema agrario sobre el industrial, cuán inmensamente más compleja es la cuestión rural que la de la ciudad.

Puede afirmarse con seguridad que la vida de nuestras ciudades se hace a expensas del trabajo del campo. Rinde bien el ganado, están altos los precios de la lana y los cueros, se anuncia una buena cosecha y se cotizan bien el trigo y el maíz: entonces la vida económica del país es próspera y halagüeña; el dinero abunda, la industria es más floreciente, el comercio más activo, los salarios suben y el bienestar general aumenta relativamente. Inviértanse los términos: hay peste aftosa, los productos agropecuarios se cotizan bajo, la cosecha es mala, e inmediatamente hay una depresión general en todas las transacciones comerciales e industriales, los salarios bajan, la desocupación aumenta y el malestar se hace general. Es que en nuestro país el regulador de la economía nacional es la producción agrícola y ganadera, como en los países eminentemente industriales el regulador de su vida económica es la producción manufacturera. Y es lógico que así sea. La división del trabajo es una ley universal en el mundo biológico como en el social. Los múltiples órganos de un cuerpo desempeñan diversas funciones; los individuos de una colectividad realizan tra-

bajos diferentes y las colectividades que habitan la tierra se dedican a industrias distintas. Las aptitudes personales o colectivas, las condiciones geográficas, geológicas, cósmicas y físicas, los hábitos y la tradición, determinan la capacidad productiva de tal o cual pueblo.

El intercambio internacional completa las múltiples necesidades de cada colectividad humana; como que ninguna puede bastarse a sí misma. Es pues absurdo pretender que sea industrial un país como el nuestro, que no posee carbón ni hierro, los dos elementos primordiales para toda industria manufacturera; cuando las vastas praderas y la fértil campiña de nuestro dilatado territorio nos hacen el pueblo más apto y más ventajosamente colocado para la producción agropecuaria.

Es, casi, obvio tratar de demostrar una cosa clara como el sol. Pero es bueno insistir sobre ello; pues, de su mejor conocimiento e interpretación depende el éxito de nuestra campaña, el triunfo de nuestras humanas y legítimas aspiraciones.

“Según el censo de 1895, la población rural del país era a la población urbana como 57.2 es a 42.8, incluyendo en la última la población de las aldeas de 100 a 1.000 habitantes. Aproximadamente igual es la proporción entre el número de hombres ocupados en la agricultura y la ganadería y el de los empleados en otra tareas útiles, y de éstos una gran parte, en el co-

mercio y los transportes, están al servicio indirecto de los trabajos del campo”.

Y agrega el doctor Juan B. Justo en su folleto “El Programa Socialista del Campo”, de donde tomamos estos datos: “El gran problema de la economía nacional, es el mejor aprovechamiento del suelo para la producción de alimentos y materia prima”.

Demostrada la supremacía del problema rural sobre el industrial, no hay más que poner manos a la obra, promover y organizar una intensa agitación agraria con fines prácticos e inmediatos. Iluminar al proletariado rural sobre su verdadera situación de explotado, sobre su enorme importancia en la vida económica del país, y sobre su colosal fuerza si se organiza y se apercibe a la lucha.

Todo el territorio nacional está enajenado en pocas manos. El fraccionamiento y subdivisión de la tierra es casi imposible, debido al enorme agio y la desalmada especulación. Nuestros chacareros se parecen a un campamento de beduinos o a una toldería de indios, errantes y movibles, sin arraigo ninguno al suelo que con su trabajo y sudor fecundizan.

Recórrase la campaña argentina y se verá las lamentables viviendas de los chacareros, sin una sombra ni un arbolito para interrumpir y alegrar la monotonía abrumadora del triste y uniforme paisaje.

Todo se reduce a explotar la tierra, como los terratenientes los explotan a ellos. Además ¿para qué empeñarse en edificar, plantar y mejorar la tierra,

si mañana se verán obligados a desalojar la chacra, sin indemnización alguna, y en el sitio de los trigales y maizales volverán a pastorear vacas y carneros?

Completa el cuadro de ruina y desolación, un proletariado rural abyecto e ignorante, embrutecido por el alcohol, ciego e inconsciente instrumento de la oligarquía.

La vida nacional está, pues, viciada en su origen, torcida en su fuerte principal. Vivimos en una paradoja inconcebible. Poseemos un vasto y fértil territorio. Nuestro trigo y nuestro ganado alimentan de pan y de carne a muchos pueblos de la tierra. Y sin embargo, el latifundio reina aún soberano; estamos en pleno feudalismo; nuestros chacareros no constituyen una clase inteligente y consciente, capaz de defender sus colectivos intereses; y nuestro proletariado rural vive aún en plena y completa servidumbre.

El problema es, pues, categórico. Vanos y estériles serán nuestros esfuerzos si nos limitamos a luchar contra el industrial, que es el menos parásito entre los parásitos sociales.

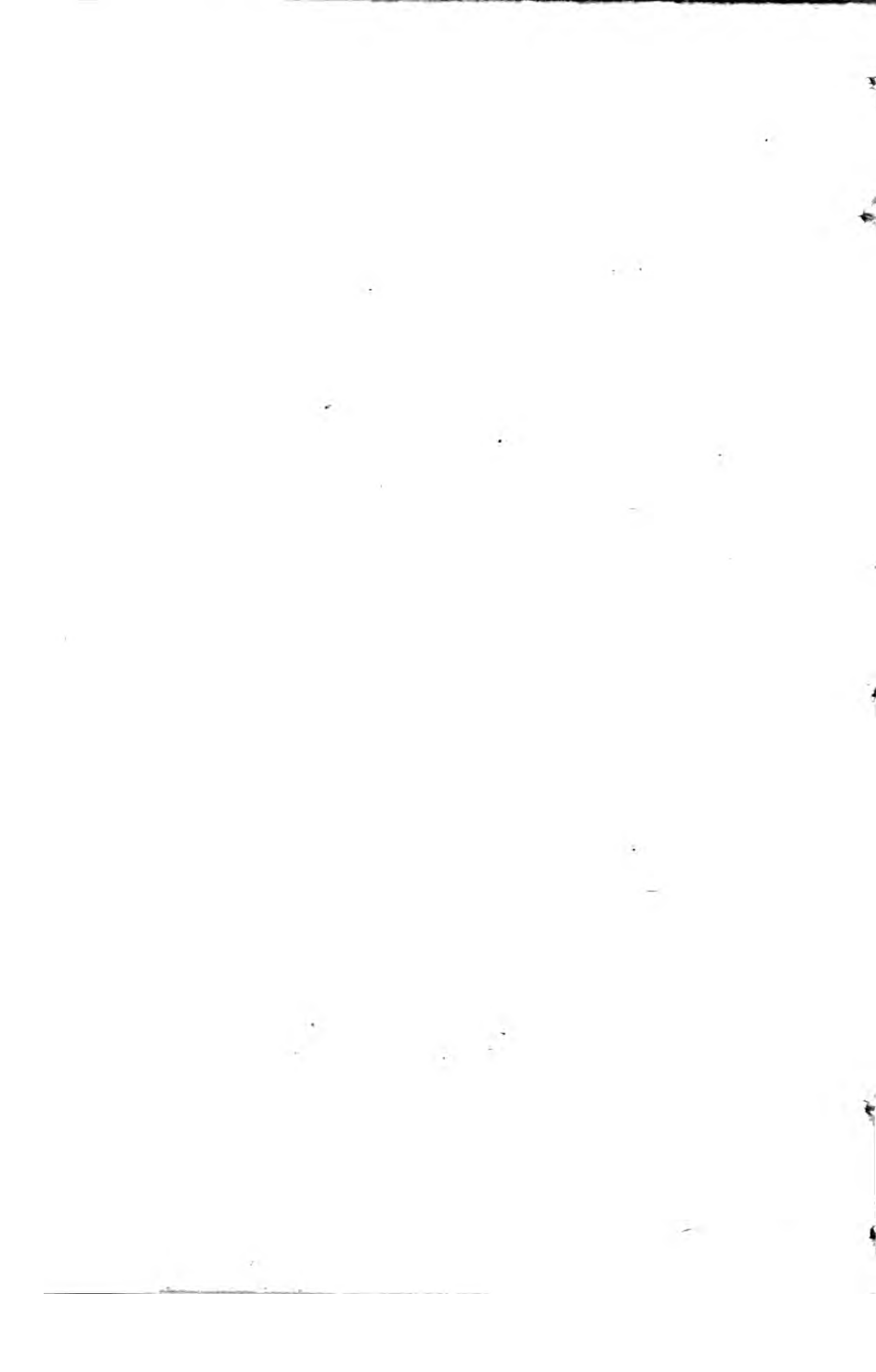
Si la ciudad vive a expensas del campo, ella debe ser su vehículo de las ideas y los pensamientos modernos. Entregar la tierra a los que la labran no es menos importante, ni menos fecundo que entregar los instrumentos de trabajo a los obreros de la industria.

¿De dónde saldrá el movimiento emancipador del proletariado rural? ¿Quién iniciará y planteará, entre

nosotros, el problema agrario? ¿Serán los obreros de la ciudad los llamados también a iluminar a sus hermanos de la campaña? Así parecen demostrarlo los hechos, los acontecimientos y la experiencia ajena.

Inútil es, pues, perder más tiempo. Manos a la obra. Los trabajadores del campo esperan el pensamiento de la ciudad.

Noviembre 11 de 1916.



## MÉTODOS DE PROPAGANDA

La difusión y el arraigo de una idea o de un ideal, dependen tanto de la dosis de "verdad" y de "necesidad" en ellos contenida, como de la forma y del método usados para su propagación.

No basta poseer la verdad para que ella se imponga; hay que saber exponerla al pueblo con sencillez y claridad. El lenguaje confuso y obscuro proviene de la confusión y obscuridad de las ideas. La sencillez y la claridad en las ideas y en la expresión, son cualidades indispensables para todo ciudadano que desea ocupar una tribuna pública y quiere asumir la grave responsabilidad de hablar al pueblo.

El que pretenda convencer al prójimo de una verdad, o de una necesidad, debe antes que nadie estar convencido él mismo de ella. De esta indispensable convicción del propagandista fluyen la espontaneidad y la sinceridad, que el pueblo en su ingenua sencillez y en su instinto de la verdad, siente inmediatamente. Para que la propaganda sea eficaz y para que las ideas se difundan y arraiguen, debe establecerse una recíproca corriente de simpatía y una comunión de sentimientos entre el auditorio y el orador, y para ello hay

que dirigirse tanto al sentimiento como a la razón del pueblo.

Para ser eficaz, la propaganda debe ser objetiva e impersonal. Hay que combatir a instituciones y no a hombres, que son efecto y no causa. Y cuando en la peroración se cita a un hombre o un nombre, debe serlo a simple efecto de un ejemplo demostrativo, o de un caso concreto, para ilustrar la tesis general que se sostiene.

Debe huirse del insulto, de la grosería, de la diatriba y de todo lo que rebaje y denigre al que habla y al que escucha. Ciertamente, público hay que gusta y aplaude la grosería y el insulto; pero, por suerte, es una fracción muy pequeña, y la misión del orador socialista debe consistir en elevar y educar a esta fracción del pueblo más que a ninguna otra fracción y, por lo tanto, jamás debe halagar sus bajas pasiones.

El sentido común del pueblo le previene contra el orador que recurre al insulto y la calumnia, y siempre piensa que lo hace porque le faltan ideas, argumentos y razones. Y es profundamente despreciable el sujeto que se trepa a una tribuna — que debe ser cátedra y no vaciadero — para mentir, proclamar errores decir sandeces o aullar groserías, insultos y calumnias. Los clericales han adoptado este método de propaganda — si es permitido llamarlo así — contra los socialistas; y es seguro que el pueblo sabrá despreciar a esta gente que jamás tuvo nada que decir contra las oligarquías corrompidas y corrupto-



ras, contra el fraude y la venalidad, contra el vicio del alcohol y la degradación del juego, contra el privilegio y la explotación, contra la servidumbre y la miseria del pueblo, y ahora se trepa sobre tribunas en calles y plazas para volcar en lenguaje soez y mentido toda su miseria mental y moral sobre la cabeza de los socialistas que osan decir la verdad al pueblo.

Nada hay que temer de esta clase de propaganda, y muy grave y muy peligroso sería imitarla. A la mentira hay que oponer la verdad, al insulto la cultura, al bajo personalismo la propaganda objetiva de las ideas e ideales. El público — en su mayoría, — juez imparcial, sabrá comparar y apreciar las dos formas de propaganda; la socialista: objetiva, culta, elevada, llena de verdad y sinceridad; y la antisocialista: inculta, mentida, calumniosa, personalista, llena de hiel y de veneno, por falta de ideas y de pensamientos.

No hay que confundir la ironía con la grosería, la burla con el insulto: son cosas distintas y opuestas.

La propaganda oral — sujetándose a las reglas antedichas — es, sin duda, un poderoso medio de difusión de ideas, un gran vehículo de sentimientos y pensamientos. La voz humana tiene una enorme fuerza cuando proclama la verdad y la belleza. Empero, su poder es más sugestivo que convincente, y, por ende, más pasajero que duradero. En los grandes e intensos movimientos sociales, en los álgidos momentos colectivos, nada puede substituir a la palabra hablada, a la viva voz, que sugestiona, subyuga y decide. En par-

lamentos y mítines ella es omnipotente y soberana.

Sin embargo en la lucha cotidiana por la verdad y por la idea, cuando hay que convencer y no suggestionar, la palabra hablada — y, por lo tanto, la tribuna de la calle y de la plaza — tiene sus limitaciones y desventajas, sobre todo cuando de ella se hace abuso. El público que concurre a las conferencias callejeras, por más numeroso que sea, es reducido en relación a la población activa total. Y generalmente no se renueva, pues es el mismo público que concurre siempre. Con frecuencia los oradores improvisan, y por lo tanto, no ahondan ningún problema, que, por otra parte, sería casi imposible hacerlo en una esquina, entre el rodar de los vehículos, las campanas de los tranvías y el rumor sordo y confuso de la calle. Tal clase de propaganda, si se la realiza con conciencia, apenas sirve para despertar curiosidad y atraer vagas simpatías. Es excelente en los comienzos de un movimiento social, pero a la larga ella se hace monótona y poco eficaz, sobre todo si no se renuevan y ahondan los pensamientos y las ideas.

La educación democrática, en el sentido de la consciente deliberación o discusión colectiva, tampoco se realiza en esta clase de reuniones. Ella se hace en las asambleas de los centros socialistas y sociedades gremiales, donde existen y se aplican reglas de discusión y procedimientos de votación. La deliberación de la calle — si ello se hace — se parece más a un procedimiento demagógico que democrático, y se convierte

con gran frecuencia, en movimiento populachero, más que popular.

Por todos estos motivos y razones, no conviene exagerar el método de la propaganda callejera, para que ella no se desprestigie ni denigre. Y, sobre todo, los que hablan en la calle y en la plaza, deben saber que se dirigen a un público que es juez severo — a veces excesivamente severo, — y, por lo tanto, no pueden ir a decirle “cualquier cosa” para salir del paso, como sucede muchas veces, sino exponer, con gran claridad y sencillez, ideas elementales, y por lo mismo fundamentales.

Un método de propaganda que no se ha usado entre nosotros como es debido, es el escrito. En general, nuestro pueblo lee muy poco, y se hace poco o casi nada en el sentido de que lea más. El diario, la revista, el periódico, el libro y el folleto que se venden en la librería o el quiosco no llegan al grueso público, a la masa popular; no porque no sepa leer — en la capital federal, sobre los ciudadanos inscriptos en el padrón electoral, el 4 o/o no sabe leer, — ni porque no tengan algunos centavos para comprar un folleto o un libro, sino por falta de hábitos de lectura, por inercia y por rutina. El pueblo no lee porque no tiene la costumbre de leer, y urge crear esta costumbre.

Uno de los medios de crear este hábito indispensable, y para difundir y arraigar toda idea o ideal, es el reparto gratuito de folletos de propaganda. Un folleto escrito con método, donde se expongan con cla-

ridad y sencillez algunas grandes verdades científicas, económicas, políticas o sociales, y distribuído profusamente entre el pueblo, tendrá una eficacia mucho más duradera y honda que muchas agitaciones superficiales y pasajeras de la calle y de la plaza.

El folleto no es producto de una improvisación. En sus rústicas y modestas páginas se encierran, con frecuencia, el sentimiento y el pensamiento de los mejores corazones y de los más vigorosos cerebros. Humildísimos folletitos — por su tamaño y aspecto — han contribuído a revolucionar la mente del pueblo: ejemplo, el “Manifiesto Comunista”, de Carlos Marx. Y los que escriben para el pueblo, como los que le hablan con conciencia, saben lo que ello significa como responsabilidad social e histórica.

El modesto folleto es el vehículo por excelencia de las ideas e ideales de la buena nueva.

¡No lo desdeñéis, gente infatuada con los grandes volúmenes de la pesada, obscura e indigesta ciencia oficial!

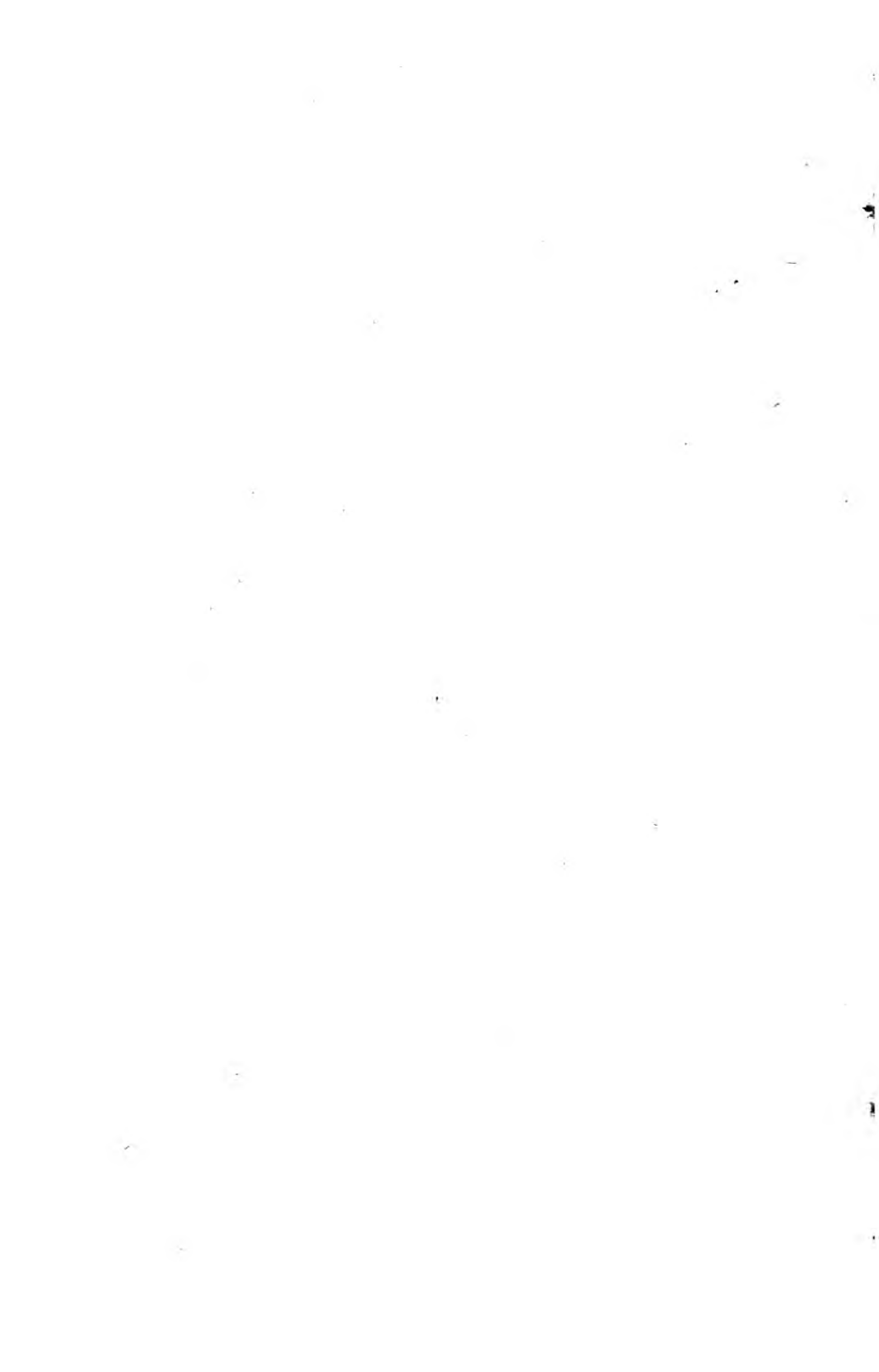
¡Cuántos humildísimos folletitos, ignorados o desdeñados en su tiempo, han sobrevivido a los libros que más fama han adquirido en su época! ¡Distribuyamos gratis folletos, en la seguridad de realizar la mejor propaganda, la más honda, duradera y eficaz!

El ciudadano que en el taller, en la calle, en el tranvía o en el conventillo recibe un folleto, generalmente no lo tira: lo guarda. Y en los momentos de ocio o de reposo, con seguridad, lo lee. A veces lo lee

en rueda de compañeros o en el seno de su familia. La lectura es ya un ejercicio mental activo e importante. Pero luego viene el obligado comentario y la inevitable discusión. Las ideas se disecan y se analizan, lo que despierta la crítica y el contralor mental del pueblo. Y si el folleto contiene verdad y belleza, enseña, educa y eleva la mente de las masas populares.

Y el folleto puede y debe alcanzar a aquella fracción de pueblo, la más numerosa, que jamás o muy pocas veces concurre a una conferencia pública. El folleto es, pues, un instrumento de difusión y arraigo de ideas muy superior a la conferencia de la plaza, superficial y de efecto pasajero.

Es éste el método de propaganda que hay que intensificar y difundir. Sin abandonar la calle y la plaza — reservándolas especialmente para los momentos de grandes agitaciones colectivas, — difundamos el folleto metódicamente, en tiempos de tranquilidad y de paz: distribuyámoslo gratis al pueblo con la seguridad de que realizaremos la más grande y eficaz obra de propaganda socialista, y la más sana y honda labor ética y mental.



## JEAN JAURÉS

### REMINISCENCIAS PERSONALES

Charles Rappaport me condujo a casa de Jules Guesde al segundo día de mi llegada a París, en el mes de junio de 1911. Era una mañana gris y lluviosa, tan típica y común en la ciudad-luz. Atravesamos en ómnibus las calles fangosas y estrechas de la capital del mundo, y llegamos a un barrio apartado y popular donde vivía el diputado socialista. Subimos, sin ascensor, al quinto piso de una gran casa de vecindad y golpeamos en la puerta del departamento 35, abriéndola Guesde en persona, pues ya sabía por Rappaport de mi visita, y nos esperaba. Confieso que la figura apostólica del viejo marxista francés me impresionó. Alto, flaco, de rostro pálido, de lengua barba blanca y de melena enmarañada, con su voz aflautada, áspera y cascada por los años y la fatiga, con su gesto imperioso y con sus maneras algo bruscas, me hizo evocar las figuras de aquellos terribles profetas de Israel anunciando el fin del mundo... Le entregué una tarjeta de presentación de Plejanoff, a quien había conocido en Ginebra. El rostro de Guesde se iluminó al leerla. — Mi excelente amigo Jorge, el de la vieja guardia marxista, me recomienda a usted, joven so-

cialista de la joven América; bienvenido sea! Conversamos largamente. Declaro que traté de escuchar más y hablar menos. Apenas insinué mis puntos de vista sobre el socialismo y los propósitos que me guiaban al visitar los principales países europeos, Guesde, con tono dogmático e imperativo y con ruda franqueza, me habló sobre el socialismo francés, alemán, inglés, belga, etc. Condenó el “reformismo”, se burló de la eficacia de la “cooperación libre”, denunció como una traición al proletariado la “colaboración de clase”. También condenó la obra destructiva del “sindicalismo” francés. Al insinuarle yo la necesidad de las grandes reformas sociales, se puso furioso y me replicó en tono que no admitía réplica: — Veo que usted ya está contaminado del espíritu reformista que se va infiltrando en el socialismo internacional. Escúcheme, joven: el militarismo, el alcoholismo y todos los males de la actual sociedad desaparecerán con la desaparición del régimen capitalista, que concluirá con la conquista de los poderes públicos por el Partido Socialista y la dictadura del proletariado. Creí prudente, como huésped y extranjero, no contradecir este concepto dogmático y ortodoxo del socialismo. Ví en el viejo Guesde la vieja tradición blanquista y revolucionaria del 48 y 71 que se batía heroicamente en retirada ante el avance de la fecunda acción socialista de las generaciones nuevas. Antes de despedirme, pedí a Guesde una tarjeta de presentación para Jaurés. Me la dió con cierto gesto displicente, y agregó: —



Jaurés es, sin duda, un gran talento, pero, en el fondo, no es socialista, sino un demócrata avanzado... Su talento es el mayor peligro para el socialismo... ¿Pensó Guesde inmunizarme con tales palabras, de la influencia del espíritu de Jaurés?...

Aquella misma tarde fuí a la cámara de diputados e hice pasar con un ordenanza a Jaurés mi tarjeta de presentación. Al rato el más grande tribuno de Francia vino a estrecharme la mano con una cordialidad y sencillez que me impresionaron profundamente. Sin embargo, pude notar en su rostro, cierto asombro ante la tarjeta de Guesde. ¿Me creería Jaurés ortodoxo y dogmático? Me preguntó por los camaradas argentinos. Fué días antes de su viaje a ésta. Y como estuviera muy ocupado en los debates de la sesión de aquella tarde, me invitó le visitara en su casa a las 10 de la mañana del día siguiente.

Tuve la dicha de oír a Jaurés por primera vez aquella misma tarde en la tribuna del parlamento. Desde la barra pude contemplarlo en lo físico y lo mental. La impresión que me produjo aquel moderno profeta del pueblo, aquel poeta del socialismo y de la revolución social, fué profunda e imborrable. Bajo, cuasi rechoncho, de anchas espaldas y cuello de toro, de ojos azules y pequeños, que brillaban con intensa e inextinguible luz de bondad, energía e inteligencia, de amplia frente y cara ancha rodeada de una barba áspera y ruda reñida con el peine y el cepillo, de puños vigorosos y de gesto y ademán imponentes, descuida-

do en el vestir y tosco en el andar, parecía una figura tallada a hachazos en un bloque de granito. Su físico era una mezcla de campesino, de obrero y de maestro normal. Pero apenas empezaba a hablar, su figura se transformaba y se agigantaba, llenando rápidamente la tribuna, el escenario, el salón y el espacio entero, dominando y subyugando con su verba cálida, inflamada y potente al auditorio más rebelde y hostil. Jaurés, en la tribuna, era omnipotente; parecía Júpiter tronador en el Olimpo dictando su ley a los mortales...

Jamás oí oratoria más clara, más sencilla, más lógica, más conducente al fin que se proponía, más clásica y bella, más vigorosa y enérgica, más poética y profética, más real y actual, más sincera y convincente, que la estupenda oratoria de Jaurés. Su voz era la voz de la humanidad doliente y heroica a través del pasado, presente y porvenir. Nadie como él expresaba, resumía y sintetizaba los sufrimientos, necesidades, deseos, sentimientos, ideas e ideales del moderno proletariado. Tenía una exacta noción de "hoy" y de "aquí" para realizar una obra eterna y universal.

Yo le oí después, muchas veces, absorto en la tribuna del parlamento y luego lo escuché encantado en la tribuna popular. Lo ví cual cíclope frente a los enemigos del socialismo y cual sereno educador frente a sus adversarios en el seno de su propio partido. Lo ví siempre grande, heroico, generoso, sincero; volcando todo su sentimiento y diciendo todo su pensamiento. Militaba en su partido para servir mejor a su país,

a su “dulce y bella” Francia, como lo decía con gran frecuencia, a quien amaba por encima de todas las cosas; la amaba por su grande y gloriosa tradición revolucionaria, por su generoso impulso idealista; la amaba porque la creía capaz de realizar y satisfacer las modernas reivindicaciones del pueblo. Y a través de su “bella y dulce” Francia amaba a todos los pueblos, a todas las razas de la tierra, a la humanidad entera. Como todos los verdaderos y grandes obreros del progreso colectivo, quiso hacer el bien, antes que en ninguna parte, en su propia casa, en su propia ciudad, en su propia provincia, en su propia nación, para irradiarla luego a todos los hombres y pueblos. De ahí su concepto clarísimo y fecundo sobre nacionalismo e internacionalismo, que tantos disgustos y dolores de cabeza le han producido en la Francia de aquel momento, turbulenta y paradójal, cuyos sindicalistas, con Hervé a la cabeza, propagaban el antipatriotismo y antimilitarismo, para ser luego los primeros en cargar el fusil e ir a pelear a la frontera para defender el suelo patrio contra el bárbaro invasor...

A la mañana siguiente fuí a su casa. Me recibió con el afecto y cordialidad de un viejo conocido y amigo. Me habló de su próximo viaje a América. Yo le informé sobre nuestro Partido. El me escuchó con gran atención. Me hizo algunas preguntas. Le dije que iba a escribir un artículo a “La Vanguardia” sobre su viaje a la Argentina. Jaurés me pidió, y me comprometió, no escribiera nada. Cumplí mi prome-

sa. El se fué a la Argentina y yo me quedé en Europa. Fresco ha de estar el recuerdo en la memoria de todos los camaradas, de sus brillantes y fecundas conferencias del Odeón. A su retorno de América lo volví a ver y tratar muchas veces en el parlamento y en la conferencia popular, y, por última vez, en el congreso del Partido Socialista francés, donde he presenciado el espectáculo más inaudito. Tratábase de un asunto de organización interna del Partido que apasionaba a muchos delegados. Habló Guesde; luego pidió la palabra Jaurés; y cuán grande fué mi asombro al ver estallar un escándalo mayúsculo, una batahola infernal. Los adversarios de Jaurés, que eran minoría, no quisieron dejarlo hablar. Y lo consiguieron. Temieron la lógica de su cálida palabra y le impidieron que hablara. Y así ví con dolor y asombro a una asamblea socialista no querer oír a su paladín más esforzado y abnegado, al orador más grande de Francia y, quizá — o sin quizá, — del mundo entero. ¡Paradojas de la democracia, o de la demagogía! Jaurés bajó de la tribuna y salió del local; yo lo acompañé. Fui su único acompañante, y él me dijo: *Mais ils sont fous* (pero ellos están locos).

Empero, Jaurés jamás se arredraba ante los más grandes obstáculos internos o externos. Vencido o vencedor, continuaba imperturbable su tarea. Y era un trabajador insigne, colosal. Escribía todos los días en "L'Humanité". Escribía libros, daba conferencias, trabajaba en las comisiones internas de la cámara, y

su obra parlamentaria fué realmente magna. Y cuanto más trabajaba aquel gran forjador de la democracia y del socialismo, más tormenta desencadenaba a su derredor. Los clericales, los monárquicos, los reaccionarios, los chauvinistas y hasta los republicanos y a veces los radicales, lo denunciaban como el más peligroso internacionalista y el peor enemigo de Francia. Lo combatían con las armas más ruines y desleales. La calumnia, la diatriba y la mentira se volcaban sobre Jaurés todos los días, y en muchos diarios de Francia. Hubo canalla que acusaba a Jaurés como vendido al oro alemán, porque este apóstol de la paz, en su clarovidencia profética, vislumbraba y temía la actual gran tragedia y hacía esfuerzos hercúleos para evitar la catástrofe, tratando de acercar a Alemania y Francia. Hasta en el santuario de su hogar llegó a cebarse la calumnia y la mentira de los cobardes. Pero Jaurés jamás contestaba, en este terreno, a sus enemigos. Los despreciaba y seguía trabajando y luchando.

Tampoco en el seno de su propio partido, Jaurés conoció la tranquilidad. El dogmatismo y la ortodoxia, que es una modalidad de muchas mentes, que se infiltra en todas las colectividades humanas, lo combatían sin cesar, denunciándolo como “reformista”, “patriota”, “nacionalista”, etc., etc. Para los patriotereros profesionales, Jaurés era el internacionalista execrado, y para los titulados socialistas revolucionarios era un nacionalista peligroso. Y porque Jaurés combatía la locura antipatriótica de los Hervé, que querían “plan

tar la bandera tricolor en el estercolero”, éstos acusaron a Jaurés de “antisocialismo” y de renegado del internacionalismo.

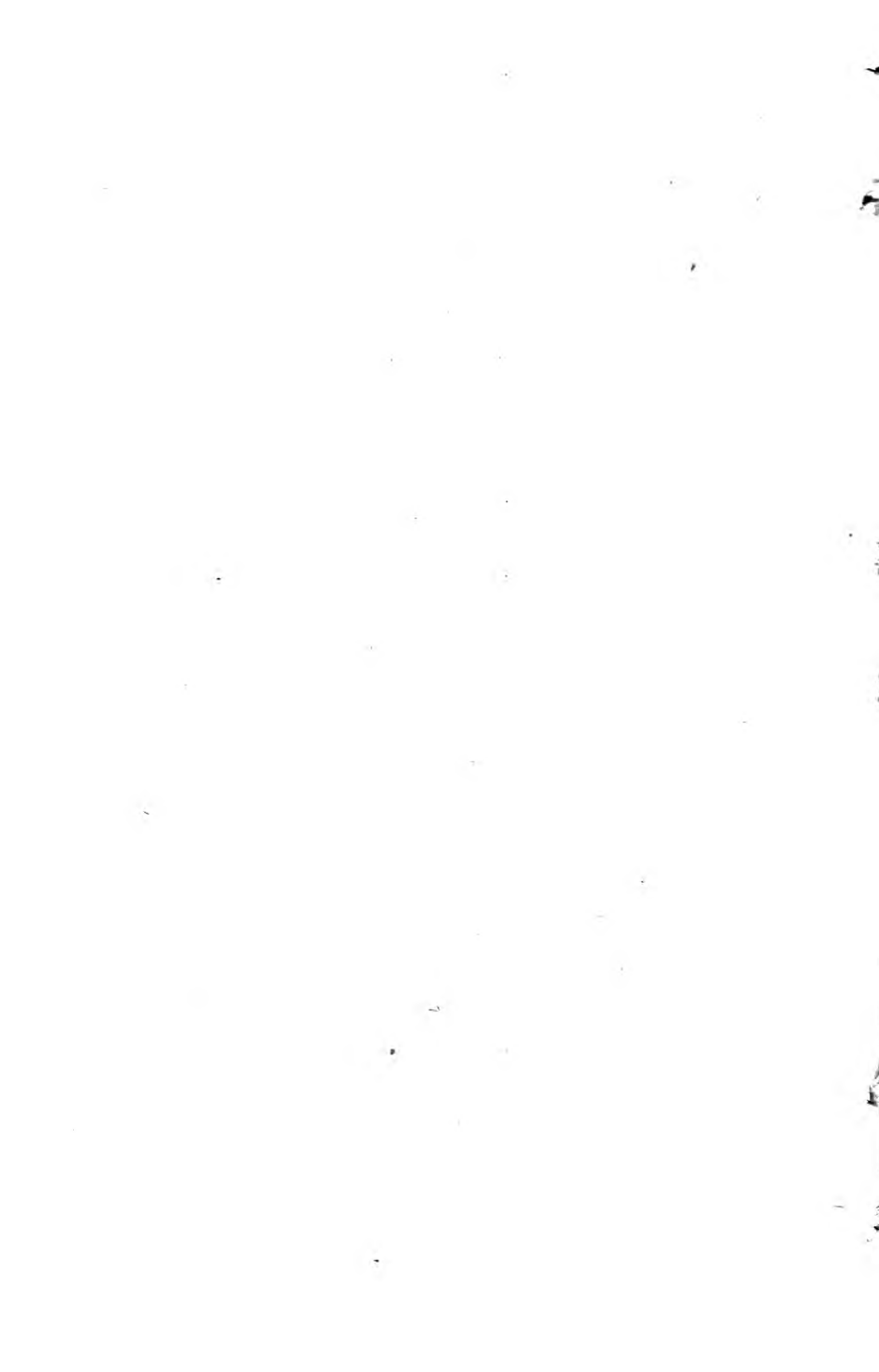
Y, así, el apóstol y mártir del socialismo contemporáneo fué acusado simultáneamente por los patriotas y chauvinistas como el más peligroso antipatriota y el peor enemigo de la Francia, y por los ortodoxos y dogmáticos del socialismo, como el más patriota y nacionalista de los socialistas de Francia.

¡Triste destino de los grandes luchadores, de los grandes genios, de los grandes creadores, de no ser comprendidos en su país y su tiempo, y cuya vida trágica está rodeada de una aureola de martirio en el estandarte sangriento de la historia en marcha!...

.....

En los umbrales de la tragedia del mundo, el militarismo no pudo desencadenar su loca carrera de destrucción, sin antes pasar por encima del cadáver del más ciclópeo paladín de la paz, del más sincero amigo del pueblo, del más demócrata y del más valiente y luminoso socialista. Un asesino, loco o sicario, mató, en una noche nefanda, a Jaurés, en el preciso instante en que Marte desataba el vendaval de la devastación... ¡Muerte simbólica y gloriosa! La guerra, que tanto temía y combatía Jaurés, estalló con la velocidad del rayo; Guesde y los suyos se hicieron ministros de la república “burguesa” para “colaborar” con todos los partidos antisocialistas en la salvación de Francia; y Hervé y los suyos cargaron patrióticamente el fusil y

se fueron a la frontera a defender el suelo patrio contra la invasión del bárbaro enemigo!... ¡Jaurés ha muerto; el socialismo internacional está de luto, y la guerra, la maldita guerra, trastornó todo! ¿Hacia qué lejanos e ignotos horizontes marcha ahora la humanidad? ¿Aprenderán los hombres algo nuevo de esta tremenda lección de cosas?...

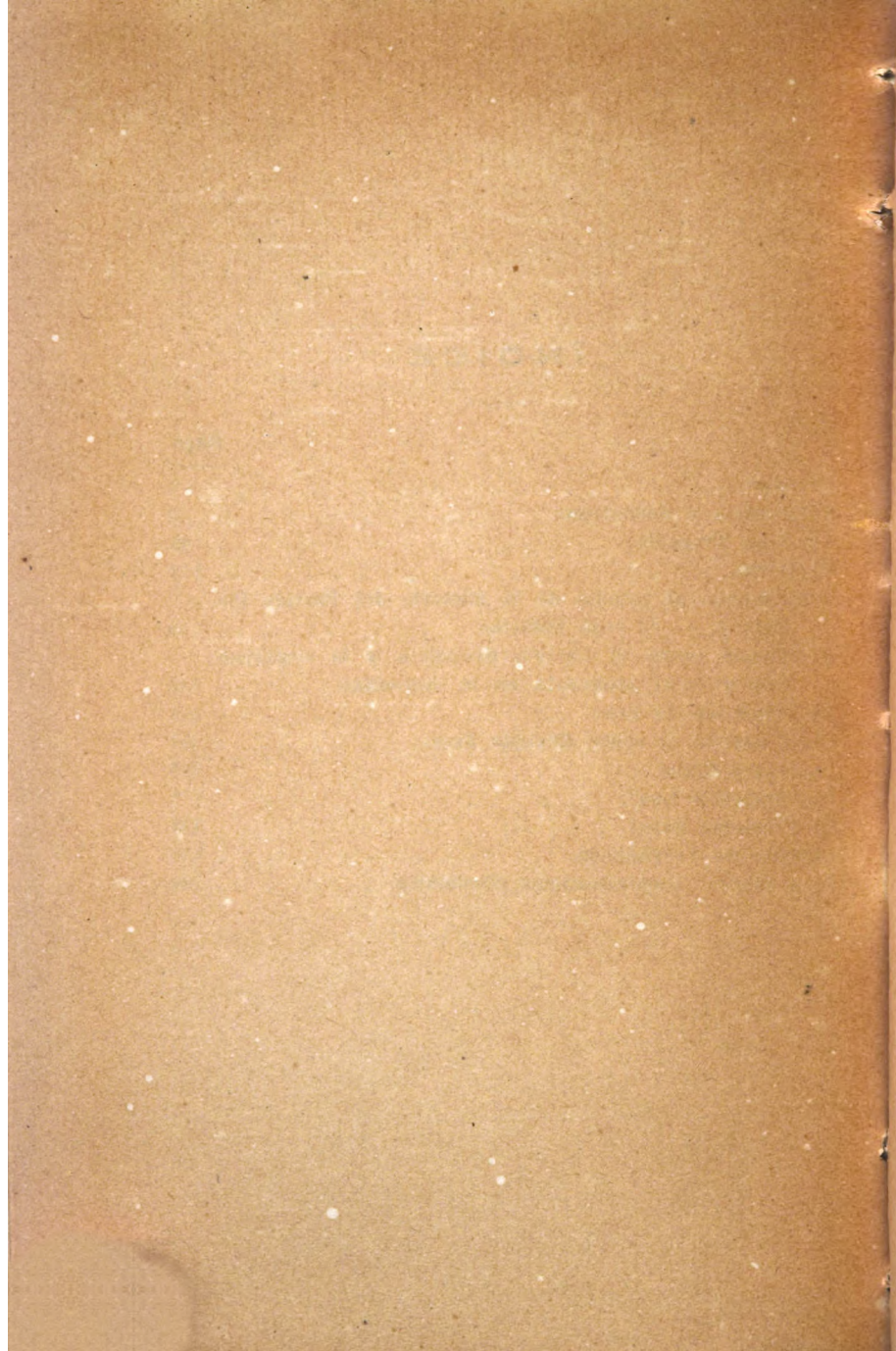




## ÍNDICE

---

	<b>Págs.</b>
Proemio. . . . .	3
Democracia y Socialismo. . . . .	9
La Gran Tragedia. . . . .	45
El Duelo. . . . .	113
Contribución al estudio de la Historia del Partido Socialista. — El caso Palacios. . . . .	119
Relaciones entre el Partido Socialista y la organización gremial proletaria en la Argentina. . . . .	135
La fragilidad de Loza. . . . .	151
Carta abierta al señor Enrique Ferri. . . . .	157
La Nueva Etapa. . . . .	163
La "Sociedad Luz". . . . .	171
El Problema Rural. . . . .	177
Métodos de Propaganda. . . . .	185
Jean Jaurés. Reminiscencias personales. . . . .	193





## Del mismo autor

---

Cartas Europeas.

Historia del 1.º de Mayo en la  
Argentina.

Emilio Zola. Su vida y su obra.  
Jornada legal de trabajo y Se-  
mana Inglesa.

La conquista del gobierno co-  
munal.

Nuestro régimen fiscal.

Inmigración y Latifundio.

Ideas e Ideales.

¡Guerra al Analfabetismo!





PAIR  
Princeton University Library



32101 069164638



